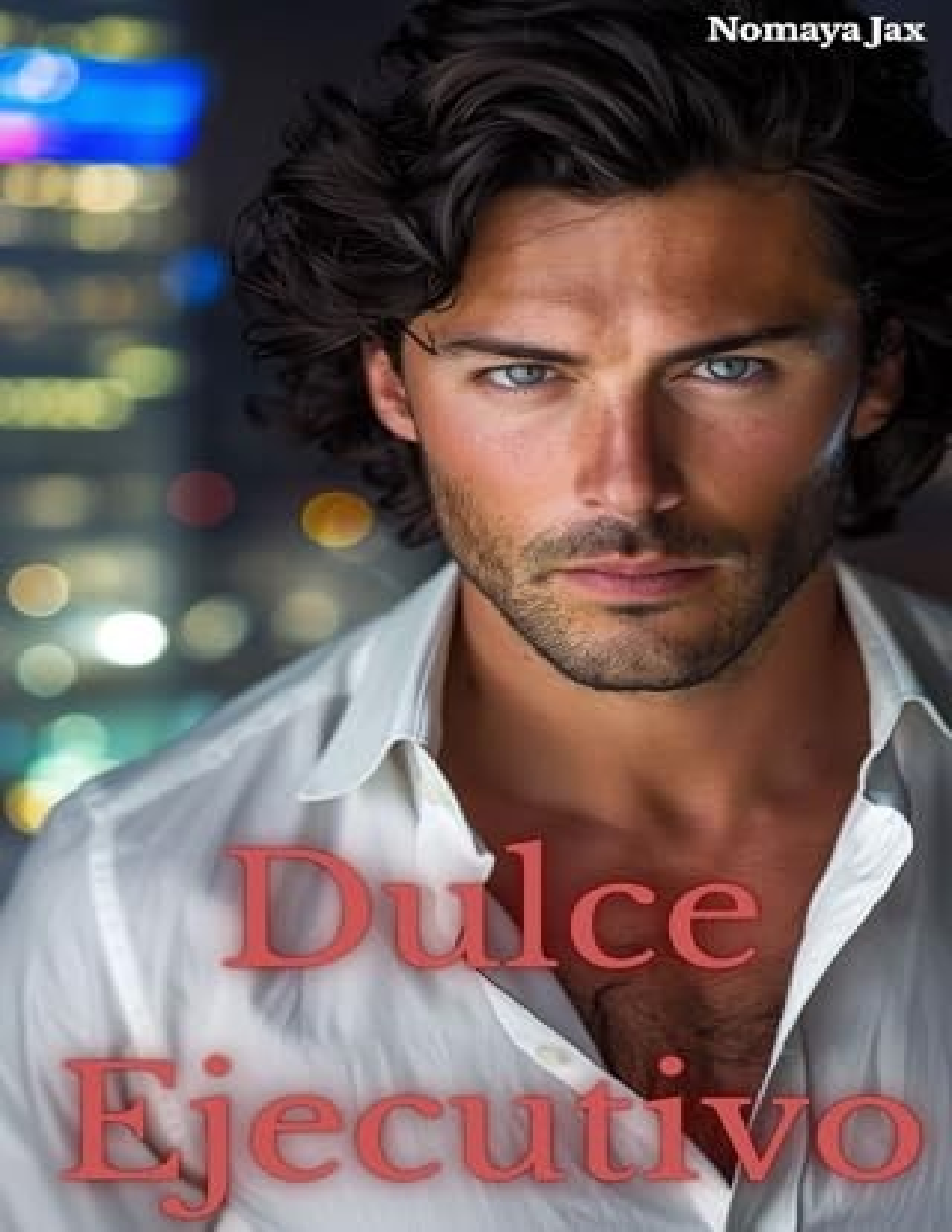

Nomaya Jax
Dulce
Ejecutivo

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Executive Sweet
Autor: Nomaya Jax
Fecha de publicación original: Mayo, 2025

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

Dulzura Ejecutiva

Un romance con el jefe multimillonario

Nomaya Jax

Copyright ©2025 de Nomaya Jax. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato sin la autorización escrita de la editorial o la autora, salvo en los casos previstos por la legislación estadounidense de propiedad intelectual.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra protegida por derechos de autor es ilegal. La vulneración penal de los derechos de autor, incluso sin ánimo de lucro, está sujeta a investigación por parte del FBI y puede conllevar penas de hasta cinco años de prisión y multas de 250 000 $.

Nomaya Jax ha hecho valer su derecho a ser reconocida como autora de esta obra de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios; cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contenido

Executive Sweet
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15

16. Epílogo

Executive Sweet



Entro en la oficina de Nathaniel Creed buscando trabajo, sin imaginar que el CEO más poderoso de la ciudad me miraría como si

quisiera devorarme.

Cuando me ofrece la oportunidad de organizar la gala de su fundación, sé que debería mantenerlo todo en un plano estrictamente profesional—mi carrera depende de ello. Pero su forma de tocarme, cómo susurra mi nombre cuando estamos a solas, hace que sea imposible resistir la atracción que hay entre nosotros.

El problema es que su junta directiva cree que no soy más que otra cazafortunas, y su ex, resentida, está decidida a destruirnos a los dos.

Ahora tengo que demostrar que me he ganado mi lugar en su mundo con talento, no con seducción, mientras intento no perderme en un hombre capaz de catapultar mi carrera... o destruirla por completo.

Hay riesgos que merecen la pena—pero cuando te juegas tanto, un paso en falso puede costarte todo.

1

Mina

Hoy es el día en que triunfo o fracaso. Todo mi futuro depende de los próximos treinta minutos.

Compruebo mi reflejo en las relucientes puertas del ascensor de la Torre Creed. Largo cabello negro recogido en una coleta elegante, ojos esmeralda realzados con el maquillaje justo para parecer arreglada pero no excesiva, y mi conjunto más caro de falda de tubo y americana: azul marino con una blusa blanca impecable. Profesional. Competente. Disimulando que el corazón me late como si quisiera salírseme del pecho.

Las puertas del ascensor se abren y entro. Pulso el botón de la planta cuarenta. Se me encoge el estómago cuando el ascensor sale disparado hacia arriba, y no es solo por la velocidad del ascenso.

—Puedes hacerlo, Mina —me susurro mientras aprieto con más fuerza mi carpeta de cuero. Dentro llevo copias impresas de mis eventos más exitosos, referencias y una propuesta detallada de cómo gestionaría la Gala de la Fundación Creed. La oferta para el

puesto de Directora de Eventos en Creed Enterprises apareció hace dos semanas, y apenas he dormido desde que envié mi solicitud.

El móvil me vibra con un mensaje de Eliza.

«Copas esta noche. ¡Sin excusas!».

Sonrío y le respondo con un emoji de pulgar arriba antes de guardar el móvil. Eliza es mi mejor amiga desde la universidad, la hermana que nunca tuve. No entiende por qué me someto al estrés de una entrevista en una gran corporación cuando me va bien como autónoma, pero aun así me apoya.

La verdad es que necesito este trabajo. No solo por el sueldo fijo o el prestigio, sino por los contactos. Trabajar en Creed Enterprises uno o dos años me daría la cartera de clientes y las referencias para lanzar por fin Monroe Events, la empresa con la que sueño desde que organizaba bailes en el instituto.

El ascensor emite un pitido y salgo a una recepción que rezuma dinero. El espacio es amplio y luminoso, con arte auténtico en las paredes: no reproducciones, sino originales. Una enorme lámpara de araña de cristal proyecta destellos irisados sobre el suelo de mármol blanco. Tras un mostrador curvo hay una mujer con un elegante corte bob y gafas.

—Mina Monroe, vengo a ver al señor Creed —digo, sorprendida de lo firme que me sale la voz.

La mujer consulta la pantalla de su ordenador.

—Llega pronto. Tome asiento. Alguien vendrá a buscarla.

Me siento en una de las sillas de cuero blanco, cruzo los tobillos y repaso mis notas una última vez. Todo lo que sé sobre Nathaniel Creed me viene a la cabeza.

Treinta y cuatro años. Multimillonario hecho a sí mismo. Levantó Creed Enterprises de la nada hasta convertirla en un imperio tecnológico e inmobiliario en poco más de una década. Fama de jefe difícil. Hace poco salió de un escándalo con su exprometida, que supuestamente vendió secretos de la empresa.

La gala benéfica para la que me entrevistan es su intento de reconstruir la imagen de la empresa: un evento de alto nivel a beneficio de la educación de jóvenes tutelados. Una noche, quinientos invitados de élite, un objetivo de recaudación de un millón de dólares.

—¿Señorita Monroe?

Una voz grave interrumpe mis pensamientos.

Levanto la vista y contengo el aliento.

El hombre que tengo delante no es el asistente que esperaba. Aunque no hubiera visto su cara en las revistas de negocios que llevo semanas estudiando, sabría exactamente quién es. Nathaniel Creed en persona, y las fotos no le hacen justicia.

Es alto —al menos metro ochenta y ocho— con hombros anchos que se afinan hacia una cintura esbelta. Su cabello oscuro tiene ese aire despeinado que sugiere que se ha pasado los dedos por él varias veces hoy. Pero son sus ojos los que me pillan desprevenida: un azul glacial tan intenso que resulta casi inquietante, como asomarse a aguas árticas.

Me levanto de un salto y le tiendo la mano.

—Sí, soy yo. Es un placer conocerle, señor Creed. No esperaba reunirme con usted en persona.

Su mano envuelve la mía. Cálida. Firme. Un ligero callo en la palma que me sorprende.

—Entrevisto personalmente a todos los candidatos para el equipo directivo —dice mientras me suelta la mano—. Sígame.

Se da la vuelta sin esperar respuesta y me apresuro a seguir el ritmo de sus largas zancadas. Atravesamos una serie de pasillos, todo cristal y vistas impresionantes de la ciudad, hasta llegar a un despacho en esquina.

El espacio es inesperado. Había imaginado algo elegante e impersonal, pero esta habitación resulta casi... acogedora. Una pared está forrada de libros: libros de verdad, no simples lomos decorativos. En una esquina hay un sofá de cuero desgastado. El enorme escritorio es de hermosa madera antigua, no el cristal y cromo que esperaba.

—Siéntese —dice, señalando una de las sillas frente a su escritorio.

Me siento y coloco la carpeta sobre el regazo mientras lo observo rodear el escritorio para sentarse. Hay algo casi depredador en su forma de moverse: fluida y resuelta.

—Su currículum es impresionante —dice, sin rodeos—. Pero tengo dudas sobre su nivel de experiencia.

Me había preparado para esto.

—He gestionado personalmente eventos con presupuestos de más de tres millones de dólares, señor Creed. La inauguración del Hotel Wellington tuvo más de setecientos invitados, incluidos el alcalde y dos senadores. Entiendo que este puesto requiere más experiencia de la que mi edad sugiere, pero puedo asegurarle que lo que me falta en años lo compenso con dedicación e innovación.

Un destello de sorpresa le cruza el rostro.

—Háble me de la propuesta de su carpeta —dice, señalando con la cabeza hacia ella.

Durante los siguientes quince minutos, le expongo mi visión para la Gala de la Fundación Creed. He hecho los deberes: he investigado los eventos anteriores de su empresa, he estudiado la misión de la fundación, he creado un concepto que destacaría los logros de antiguos jóvenes tutelados que recibieron becas educativas.

Mientras hablo, su expresión no revela nada, pero sus ojos no se apartan de mi rostro. Es desconcertante y emocionante a la vez.

—¿Y el presupuesto? —pregunta cuando termino.

—Puedo trabajar con lo que ha asignado, pero si considerara añadir cincuenta mil para los elementos interactivos que he propuesto, el impacto en redes sociales triplicaría su alcance.

Arquea ligeramente una ceja.

—La mayoría de los candidatos me dicen que pueden hacer milagros con cualquier presupuesto que les dé.

—La mayoría de los candidatos mienten —respondo, y enseguida me pregunto si me he pasado.

Pero entonces sucede algo inesperado. Nathaniel Creed sonríe: apenas una leve curvatura de los labios que aparece y se desvanece en un segundo.

—¿Por qué quiere trabajar en Creed Enterprises, señorita Monroe? Su negocio como autónoma parece irle bien.

La pregunta me pilla desprevenida. Pienso en darle la respuesta preparada, sobre oportunidades de crecimiento y desarrollo profesional. Pero en lugar de eso, me sale la verdad.

—Quiero montar mi propia empresa de organización de eventos algún día. No solo trabajar como autónoma, sino una agencia de servicios integrales. Trabajar aquí me daría acceso a clientes que de otro modo no podría conseguir —le sostengo la mirada—. Pienso aprender todo lo que pueda en este puesto, destacar en él y, sí, acabar marchándome para crear mi propio negocio. Pero mientras esté aquí, tendrá mi dedicación absoluta.

Se reclina en su silla y esos ojos azules me estudian con un interés nuevo. —La mayoría de la gente intenta convencerme de que quiere trabajar aquí para siempre.

—De nuevo, la mayoría de la gente miente —digo, y me encojo ligeramente de hombros.

Se ríe con ganas, una risa profunda y cálida que me hace apretar los muslos.

—Una pregunta más, señorita Monroe. Mi última directora de eventos... digamos que tuvo problemas para mantener los límites profesionales. Este puesto requiere trabajar codo con codo conmigo, a menudo por las noches y los fines de semana. ¿Sería eso un problema para usted?

El subtexto está claro. El escándalo con su exprometida, que también trabajaba para él, lo ha vuelto cauteloso. Enderezo la espalda.

—Nunca he tenido problemas para separar mi vida personal de la profesional, señor Creed. Estoy aquí por un trabajo, no para buscar pareja.

Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía, y veo un destello de diversión en sus ojos.

Se levanta de golpe. —Gracias por su tiempo, señorita Monroe. Mi directora de recursos humanos se pondrá en contacto con usted antes de que acabe el día.

Yo también me levanto, confundida por el despido repentino. ¿Habré metido la pata? Alargo la mano hacia mi portafolio y rozo la suya. Una descarga eléctrica nos atraviesa y me echo hacia atrás de golpe, a punto de tirar los papeles.

Se queda paralizado un instante, y sé que él también lo ha sentido. Esos ojos azul hielo se oscurecen ligeramente y su mandíbula se tensa.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Creed —logro decir mientras recupero la compostura.

Me acompaña hasta la puerta y siento su mirada clavada en mí mientras me alejo. Mantengo la espalda recta, los pasos medidos, y lucho contra el impulso de volverme.

Solo cuando estoy a salvo en el ascensor me permito soltar el aire. Lo que acaba de pasar en esa oficina ha sido intenso e inesperado. Ese extraño momento de conexión cuando nuestras manos se rozaron...

Aparto el pensamiento. No importa. Lo que importa es si consigo este trabajo. Necesito este puesto para mi carrera, para mis planes de futuro. No puedo permitirme distraerme con unos ojos azul hielo y una sonrisa que me revuelve el estómago.

Las puertas del ascensor se abren y salgo. El móvil me vibra casi al instante.

Número desconocido: *«El trabajo es suyo si lo quiere. Salario inicial: 95.000 $ más beneficios. Necesito su respuesta hoy. - N. Creed»*

Me quedo mirando el mensaje con el corazón desbocado. Ha sido rápido. Demasiado rápido. ¿De verdad lo he impresionado tanto? ¿O hay algo más en juego?

No importa. Esta es mi oportunidad, mi trampolín hacia todo aquello por lo que he trabajado.

Tecleo mi respuesta con dedos temblorosos: *«Acepto. ¿Cuándo empiezo?»*

Su respuesta llega segundos después: *«Mañana. 8 de la mañana. Mi oficina».*

Me aprieto el móvil contra el pecho mientras me invade una mezcla de triunfo y aprensión. He conseguido el trabajo. Debería estar eufórica, sin más. Entonces, ¿por qué siento que acabo de meterme en algo mucho más complicado que una simple oportunidad profesional?

2

Nathaniel

Observo a Mina Monroe alejarse hasta que las puertas del ascensor se cierran tras ella. Solo entonces me permito exhalar, mientras flexiono la mano donde sus dedos rozaron los míos. Esa chispa inesperada de contacto perdura en mi piel como una marca.

—Mierda —murmuro entre dientes mientras vuelvo a mi oficina.

James, mi director de operaciones y mi amigo más antiguo, está apoyado contra mi escritorio cuando entro.

—¿Y bien? ¿Has encontrado a alguien que no te haga querer tirarte por la ventana después de una semana?

Paso junto a él y me dejo caer en mi silla.

—Quizás. Se llama Mina Monroe.

—¿La autónoma? Fui yo quien marcó su solicitud —James alza una ceja—. Sabes que reviso personalmente todas las solicitudes para

puestos ejecutivos. Creo que podría tener poca experiencia.

—No lo es —abro su archivo en el ordenador—. Le falta experiencia corporativa, pero sabe lo que hace.

James me estudia el rostro con demasiada atención.

—¿Está buena?

Le dirijo una mirada inexpresiva.

—No empieces.

—Solo pregunto —dice, y levanta las manos en señal de rendición fingida—. Después de lo de Victoria, no puedes culparme por asegurarme.

La mención de mi exprometida me hace apretar la mandíbula. Victoria Winters: mi antigua asistente ejecutiva, luego mi amante, luego espía corporativa. La mujer que casi hundió mi empresa y que, sin duda, hundió mi confianza en las relaciones de oficina.

—La señorita Monroe fue directa sobre sus ambiciones —digo—. Quiere montar su propia empresa algún día. Planea usar este trabajo como trampolín.

—¿Y eso te atrae? —James parece escéptico.

Me encojo de hombros.

—Mejor ambición honesta que lealtad falsa. Al menos ella no me hará perder el tiempo fingiendo.

Lo que no digo es que algo en Mina Monroe captó mi atención en cuanto se levantó en la zona de recepción. No es solo que sea impresionante, que lo es, con esos bonitos ojos verdes y esos labios carnosos que no para de morderse cuando piensa. Es cómo se comportaba, segura pero sin arrogancia. Cómo hablaba de su trabajo con pasión. Cómo me sostuvo la mirada cuando la mayoría de la gente aparta la vista.

Ya le he enviado un mensaje con la oferta de trabajo. He pasado completamente de Recursos Humanos. James me daría la lata por eso si lo supiera.

El teléfono vibra. Ha aceptado.

—La he contratado —anuncio, interrumpiendo lo que James estaba diciendo sobre el contrato Wilson.

Parpadea.

—¿Ahora mismo? ¿Sin consultarme a mí ni a Recursos Humanos?

—Que yo sepa, es mi nombre el que aparece en el edificio —guardo el teléfono—. Empieza mañana.

—Nate... —James se frota la frente—. Sabes que apoyo tus decisiones, pero después de todo lo de Victoria...

—Esto no es eso —espeto—. La gala de la fundación es dentro de ocho semanas. Necesito a alguien competente para gestionarla, y ella es la mejor candidata.

James me observa durante un largo momento y luego suspira.

—De acuerdo. Pero quizás podrías mantener cierta distancia profesional esta vez, ¿no? La junta todavía está cabreada por el último escándalo.

—Sé cómo comportarme, James —me vuelvo hacia el ordenador, dando por terminada la conversación.

Cuando se marcha, me descubro mirando de nuevo la foto de la solicitud de Mina. Una foto profesional que no captura la chispa en sus ojos cuando algo le apasiona. Que no muestra cómo se le transforma el rostro entero cuando sonríe.

Cierro el archivo con más fuerza de la necesaria. James tiene razón en preocuparse. No me he fijado en ninguna mujer desde la traición de Victoria, hace once meses. He estado centrado en reconstruir lo que su espionaje destruyó: la reputación de mi empresa, mis relaciones profesionales, mi maldito orgullo.

Esta gala forma parte de esa reconstrucción. Un evento benéfico para la educación de jóvenes tutelados, algo personal para mí, que crecí en el sistema, y estratégico para reparar la imagen pública de Creed Enterprises. No puedo permitirme distracciones.

Y Mina Monroe es definitivamente una distracción.

Paso el resto del día enterrado en reuniones y contratos, pero ella sigue colándose en mis pensamientos. Cómo no retrocedió cuando cuestioné su experiencia.

A las siete, la oficina se ha vaciado y yo sigo en mi escritorio revisando proyecciones trimestrales. Suena el teléfono. James, seguramente, para seguir con su sermón sobre los procedimientos de contratación.

Pero es mi hermana, Emma.

—Sigues en la oficina —dice, sin molestarse en saludar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre estás en la oficina —casi puedo verla poniendo los ojos en blanco—. Vendrás a cenar el domingo, ¿verdad? Zoe no para de preguntar por su tío Nate.

Mi sobrina es mi debilidad y Emma lo sabe.

—Allí estaré.

—Bien. ¿Ya has contratado a alguien para dirigir los eventos? La gala está cerca.

—Acabo de hacerlo. Empieza mañana —me recuesto en la silla.

—¿Ella? —Emma se interesa de inmediato—. ¿Está cualificada? ¿Es profesional? ¿Está soltera?

Resoplo.

—No empieces.

—Alguien tiene que preocuparse por tu vida amorosa, Nate, ya que tú estás decidido a ignorarla.

—Voy a colgar.

Emma se ríe.

—Vale, vale. Nos vemos el domingo. ¿Y Nate? Intenta salir de la oficina antes de medianoche, ¿de acuerdo?

Después de colgar, me quedo mirando el horizonte que se oscurece. Emma lleva intentando emparejarme con alguien, con quien sea, desde el desastre de Victoria. Odiaba a Victoria desde el principio; decía que daba «vibras de cazafortunas». Debería haberle hecho caso.

Miro el reloj. Las 19:30. Debería irme a casa, quizás pasar por el gimnasio del edificio, pedir algo de cena. En lugar de eso, abro la propuesta que me dejó Mina. Su visión para la gala es realmente impresionante. Quiere destacar historias de éxito de antiguos jóvenes tutelados, crear elementos interactivos que impliquen a los donantes más allá de limitarse a firmar cheques.

Es bueno. Mejor que bueno. La clase de evento que podría marcar una diferencia real, no solo para la imagen de la empresa, sino para la propia fundación.

Me vibra el teléfono. Un mensaje. Es ella. *«¿Hay algo específico que deba preparar para mañana?»*

Directa y al grano. Sonrío sin darme cuenta mientras tecleo: *«Trae tu propuesta. Empezaremos por ahí»*.

Aparecen tres puntos, desaparecen, vuelven a aparecer. Finalmente: *«Estoy deseando empezar. Buenas noches, señor Creed»*.

Formal. Profesional. Exactamente como debe ser. ¿Por qué entonces me quedo mirando esas palabras como si escondieran algún

significado? ¿Por qué me pregunto qué estará haciendo ahora mismo?

—Céntrate de una puta vez, Creed —murmuro, y me aparto del escritorio.

Agarro la chaqueta y salgo. Saludo con un gesto al guardia de seguridad nocturno. En el ascensor privado que baja al garaje, todavía percibo un rastro de su perfume, algo sutil y cálido. O quizás esté perdiendo la cabeza.

El trayecto hasta mi ático dura quince minutos con el tráfico vespertino. El edificio es una de mis promociones: treinta pisos de apartamentos de lujo con vistas al río. Mi piso ocupa toda la planta superior. Ventanales del suelo al techo, mobiliario minimalista, arte caro que dejé elegir a mi diseñadora de interiores. Parece más una suite de hotel de lujo que un hogar, lo cual me va bien. Total, rara vez estoy aquí.

Dejo las llaves en la encimera y voy directo al mueble bar. Me sirvo un bourbon. El líquido quema agradablemente al tragarlo y ahuyenta pensamientos de ojos verdes y límites profesionales.

El teléfono vuelve a vibrar. Durante un instante, pienso —¿espero?— que podría ser ella. Pero es una notificación del sistema de seguridad. Alguien ha accedido a la planta ejecutiva de la oficina.

Abro las cámaras de seguridad en el móvil. Es solo el equipo de limpieza. Estoy a punto de cerrar la aplicación cuando me fijo en la hora de las imágenes anteriores. Mina, saliendo de mi despacho. No debería hacerlo, pero reproduzco el vídeo.

Ahí está, caminando con esa seguridad, la espalda bien erguida. Pero ahora veo lo que me perdí antes: cómo se detiene al llegar al ascensor, se lleva la mano al pecho, respira hondo. Ese momento de vulnerabilidad me atraviesa como una oleada de calor.

Cierro la aplicación de golpe. Esto es exactamente lo que no puedo hacer. No puedo sentirme atraído por una empleada. No otra vez. No después de Victoria. No con la junta directiva vigilando cada movimiento mío, a la espera de otro escándalo.

Me sirvo otra copa y salgo al balcón. El aire nocturno me refresca la cara. A cuarenta pisos de altura, las luces de la ciudad se extienden bajo mis pies como estrellas caídas. Desde aquí, todo parece pequeño, los problemas manejables. Por eso vivo tan alto: perspectiva.

Mañana, Mina Monroe volverá a estar en mi despacho. Mañana seré estrictamente profesional. Seré su mentor, respetaré su ambición, la mantendré a distancia. Recordaré las lecciones que Victoria me enseñó por las malas.

No mezclar negocios y placer. Sin excepciones.

Apuro el vaso; el ardor del alcohol no es nada comparado con el recuerdo de la mano de Mina rozando la mía. Ocho semanas hasta la gala. Ocho semanas trabajando codo con codo, y luego podré asignarla a la rotación ejecutiva normal, reducir el contacto.

Solo tengo que mantener las distancias hasta entonces. Sencillo.

Entonces, ¿por qué se me encoge algo en el pecho solo de pensarlo? ¿Por qué sigo viendo esos ojos verdes, penetrantes, desafiándome?

—Ocho semanas —murmuro a la noche vacía—. Solo ocho putas semanas.

Entro y me voy quitando la corbata. Una ducha fría, eso es lo que necesito. Algo que me quite esta extraña inquietud que me corre bajo la piel. Algo que me haga olvidar cómo le cambiaba la voz cuando se entusiasmaba con sus ideas. Algo que borre la imagen de ella mordiéndose ese labio inferior carnoso mientras se concentraba.

Bajo el chorro, apoyo la frente contra los azulejos y me maldigo por imbécil. He construido un imperio de la nada. Sobreviví al sistema de acogida, a vivir en la calle, a la traición. He desmantelado empresas y las he reconstruido mejor. Me he enfrentado a consejos de administración llenos de hombres que me triplicaban la edad.

Debería ser capaz de lidiar con una organizadora de eventos ambiciosa sin perder la puta cabeza.

Pero cuando salgo de la ducha y me enrollo una toalla a la cintura, sé que ya estoy metido en un lío.

3

Mina

—¿Aceptaste un trabajo corporativo? —Eliza me mira por encima de su copa de martini como si hubiera anunciado que voy a unirme a una secta—. ¿Tú? ¿La señorita «Nunca trabajaré para un imbécil corporativo»?

Doy un sorbo a mi vino y me encojo de hombros. —Me ofrecen noventa y cinco mil dólares al año, más beneficios. Y el Mandamás tiene contactos en todas las empresas importantes de la ciudad.

Estamos en nuestro bar favorito, un local con aire urbano escondido detrás de una librería. La luz es tenue, las copas son generosas y el reservado donde estamos sentadas tiene la intimidad suficiente para hablar con franqueza.

—¿Noventa y cinco? —Eliza silba bajito—. Vale, ahora lo pillo. Pero aun así... ¿Creed Enterprises? ¿No dicen que trabajar para Nathaniel Creed es una pesadilla?

Al oír su nombre, me vuelve el recuerdo de esos intensos ojos azules. La sensación de su mano contra la mía. Doy otro sorbo al

vino.

—Es... intenso —admito—. Pero el reto me vendrá bien. Y solo será un año o dos, hasta que pueda lanzar Monroe Events como Dios manda.

Eliza me escudriña la cara con demasiada atención. —Dios mío. Está bueno, ¿verdad?

—No es eso...

—¡Lo está! Se te nota en la cara. —Se inclina hacia delante con una sonrisa—. Detalles. ¿Es tan guapo como en las fotos?

Pongo los ojos en blanco, pero noto que el calor me sube por el cuello. —Da igual qué aspecto tenga. Es mi jefe.

—O sea, que está como un tren. Entendido. —Eliza arquea las cejas con picardía—. Romance de oficina en 3... 2...

—Para ya. Eso no va a pasar. —Intento sonar firme, pero esos ojos azules me vuelven a la mente—. Hubo un escándalo tremendo con su última prometida. Era su asistente o algo así, y vendió secretos de la empresa. Seguro que ha jurado no volver a liarse con nadie del trabajo.

—Mmm. Fruta prohibida. Mejor todavía.

Le tiro la servilleta. —Hablo en serio, Liz. Este trabajo es mi pasaporte a todo lo que llevo años persiguiendo. No pienso echarlo a perder porque mi jefe resulte ser... —Me quedo callada, incapaz de encontrar una palabra que no suene infantil o desesperada.

—¿Un bombón de campeonato? —sugiere Eliza, tan servicial ella.

Me río sin poder evitarlo. —Eres terrible.

—Soy sincera. —Le hace una seña al camarero para pedir otra ronda —. Solo ten cuidado, ¿vale? Los hombres así —ricos, poderosos, guapos— están acostumbrados a conseguir lo que quieren.

—Créeme, Nathaniel Creed no va a fijarse en mí. —Pero mientras lo digo, recuerdo el momento en que nuestras manos se rozaron. Cómo se le oscurecieron los ojos. La tensión repentina que surgió entre nosotros.

Aunque probablemente fueron imaginaciones mías. O quizá reacciona así con todas las mujeres, gajes del oficio de multimillonario playboy.

—¿Y cuándo empiezas en ese trabajo de ensueño? —pregunta Eliza mientras coge el nuevo martini que le trae el camarero.

—Mañana. A las ocho.

—¿Un sábado? Mala señal.

Me encojo de hombros. —La gala benéfica es dentro de ocho semanas. Hay mucho que hacer.

—Pues entonces más te vale irte a casa y elegir tu modelito más sexy. —Eliza levanta la copa—. Por Mina Monroe, futura directora ejecutiva de Monroe Events, actual empleada del Imbécil Corporativo.

Choco mi copa con la suya. —Por eso brindo.

Dos horas y demasiadas copas después, estoy plantada frente al armario de mi pequeño apartamento, intentando decidir qué ponerme para mi primer día. Saco una falda de tubo negra, la miro y la vuelvo a colgar. Demasiado básica. Necesito causar impacto, demostrar que estoy a la altura del piso ejecutivo.

Al final me decido por un vestido de tubo verde oscuro que resalta mis ojos, con un blazer negro entallado para darle un toque profesional. Tacones negros, cómodos para aguantar todo el día pero lo bastante altos para darme seguridad. Los pequeños pendientes de diamantes que mi madre me regaló cuando me gradué.

Profesional. Elegante. Pero sin dejar de ser yo.

Pongo el despertador a las seis, con tiempo de sobra para arreglarme y llegar temprano. Después me meto en la cama, agotada por la montaña rusa emocional del día. Pero el sueño no llega.

Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Nathaniel Creed. Esa sonrisa apenas perceptible. Esos ojos intensos clavados en mí. Vuelvo a sentir la descarga de cuando nuestras manos se rozaron.

Son solo los nervios del trabajo nuevo. Nada más, me digo.

Pero cuando por fin me duermo, mis sueños se llenan de ojos azul hielo y manos fuertes.



A la mañana siguiente, estoy en el ascensor de la Torre Creed a las 7:45, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas. He traído todo lo que puedo necesitar: el portátil, el portafolio, copias extra de la propuesta, un cuaderno para tomar notas. Estoy preparada para cualquier cosa. Excepto, quizás, para volver a verlo.

El ascensor se abre directamente a la zona de recepción ejecutiva, desierta en una mañana de sábado. Dudo sin saber adónde ir, cuando una voz grave resuena desde el fondo del pasillo.

—Señorita Monroe. Por aquí.

Nathaniel Creed aparece en el umbral de una puerta, vestido con vaqueros oscuros y una camisa azul claro con las mangas remangadas hasta los codos. La ropa informal, en lugar de restarle presencia, lo hace más intimidante. Resalta la anchura de sus hombros, la fuerza fibrosa de sus antebrazos.

Me siento un poco demasiado arreglada, pero quizás de eso se trata. Él no necesita demostrar que pertenece aquí. Yo sí.

Lo sigo por el pasillo, hiperconsciente del repiqueteo de mis tacones contra el suelo de mármol. No me lleva a su despacho, sino a una amplia sala de conferencias con ventanas que dan a la ciudad. La mesa alargada ya está cubierta de papeles, y en una pizarra de la pared hay notas escritas con letra firme y decidida.

—He estado revisando su propuesta —dice mientras señala los papeles—. Es una base sólida, pero quiero hacerle algunos cambios.

Me siento a la mesa, extrañamente decepcionada de que esta mañana vaya directo al grano. ¿Qué esperaba? ¿Coqueteo? ¿Conversación intrascendente? Es mi jefe, y tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué tipo de revisiones? —pregunto mientras saco mi cuaderno.

—El enfoque es demasiado amplio. Quiero centrarlo en oportunidades educativas específicamente para adolescentes que salen del sistema de acogida. Ahí es donde hay más necesidad, y donde puedo aprovechar mi conexión personal.

Parpadeo, sorprendida por esta nueva información. —¿Estuvo en el sistema de acogida?

Su expresión se vuelve hermética. —Sí. Desde los ocho años hasta que salí a los dieciocho.

—No vi eso en ninguno de los materiales de la empresa ni en la prensa.

—Porque no está en ellos —su voz tiene un ligero tono cortante—. No uso mi pasado como herramienta de marketing.

Asiento mientras tomo nota. —¿Pero está dispuesto a mencionarlo en la gala?

—Sutilmente. No pretendo convertir mi infancia en el plato fuerte de la velada.

Lo observo un momento, con ojos nuevos. El hecho de que sea un hombre hecho a sí mismo cobra otro significado ahora. Empezar

literalmente sin nada. Sin conexiones familiares. Sin red de seguridad.

—¿Y si destacamos los casos de éxito de la fundación? —sugiero—. Jóvenes que salieron del sistema de acogida, recibieron becas educativas y dónde están ahora. Podríamos crear una exposición digital interactiva, quizás con testimonios en vídeo.

Su expresión se suaviza ligeramente. —Eso podría funcionar. Conozco personalmente a varios beneficiarios de becas que podrían participar.

Durante las dos horas siguientes, remodelamos el concepto de la gala. Trabajar con Nathaniel resulta sorprendentemente fácil: es directo, concentrado, abierto a mis ideas y a la vez claro sobre lo que quiere. La conversación fluye con naturalidad, las ideas van encadenándose. Casi me olvido de quién es, absorta en el proceso creativo.

Hasta que se inclina sobre mi hombro para ver algo que estoy esbozando, y su colonia —sutil, amaderada con un toque de especias— me envuelve. Hasta que su brazo roza el mío al coger un documento, y esa misma corriente eléctrica me recorre. Hasta que levanto la vista y encuentro esos ojos azules observándome con una intensidad que me deja la boca seca.

—Tienes buenos instintos —dice durante una pausa, reclinándose en su silla—. La mayoría de los organizadores de eventos con los que he trabajado solo quieren crear algo bonito que quede bien en las redes sociales.

—Lo bonito no recauda dinero —respondo—. La conexión emocional sí. La gente necesita sentir algo cuando está en un evento:

inspiración, emoción, sentirse parte de algo significativo. Eso es lo que afloja los bolsillos.

Me observa un momento y luego dice: —No eres lo que esperaba, Mina.

Es la primera vez que usa mi nombre de pila, y una calidez se extiende por mi pecho al oírlo en sus labios.

—¿Qué esperaba? —pregunto, y al instante me arrepiento. Demasiado personal.

Pero él responde: —Alguien más... preocupada por impresionarme. Menos centrada en el trabajo real.

Me río suavemente. —Si hago bien el trabajo, eso debería impresionarlo. Cualquier otra cosa es solo ruido.

Un destello de lo que parece aprobación cruza sus ojos. —¿Tienes hambre? —pregunta de repente.

La pregunta me pilla desprevenida. —Yo... sí, la verdad.

Se pone de pie. —Continuemos durante el almuerzo. Hay un buen restaurante de sushi a la vuelta de la esquina.

No es una petición, pero tampoco parece una orden. Más bien da por hecho que diré que sí. Y así es: recojo mis notas y lo sigo.

El restaurante es pequeño y discreto por fuera, pero cuando entramos, el maître saluda a Nathaniel por su nombre y nos conduce a un reservado en la parte de atrás. El espacio es íntimo: solo una

mesa para cuatro, separada del comedor principal por paneles de papel de arroz.

—¿Viene aquí a menudo? —pregunto mientras nos sentamos.

—Al menos una vez a la semana. El mejor otoro de la ciudad.

No aparecen menús. En su lugar, empiezan a llegar platos: delicadas lonchas de pescado, pequeños cuencos de sopa de miso, bocados perfectos de nigiri. Nathaniel pide sake y me mira con gesto interrogante. Asiento, aunque beber con mi jefe en mi primer día probablemente no sea lo más sensato.

El sake llega tibio en pequeñas tazas de cerámica. Mientras comemos, la conversación pasa de la gala a temas más generales: tendencias del sector que he estado siguiendo, sus opiniones sobre varios locales de la ciudad. Parece casi un almuerzo normal. Casi una cita.

Solo que no lo es. Esto es trabajo. Él es mi jefe. Tengo que recordarlo.

—Háblame de tu trayectoria —dice mientras me sirve otra taza de sake—. En tu currículum pone que estudiaste empresariales pero no terminaste la carrera.

Me tenso ligeramente. Esta siempre es una parte incómoda de mi historia. —Tenía una beca en la NYU. En tercero, mi madre enfermó: cáncer de mama. Me tomé un semestre libre para ayudarla durante el tratamiento, pero luego se acabó el dinero. No pude permitirme volver.

Su mirada se suaviza. —Siento lo de tu madre. ¿Está...?

—Está bien ahora. Cinco años libre de cáncer —sonrío; el alivio de ese hecho nunca pierde fuerza—. Después de que se recuperó, necesitaba trabajar. Acabé en la organización de eventos por casualidad: ayudé a una amiga a organizar una subasta benéfica, descubrí que me apasionaba. Fui construyendo mi cartera de clientes a partir de ahí.

—Y ahora quieres tu propia empresa.

—Con el tiempo. Tengo las habilidades, pero no los contactos de alto nivel que necesito para hacerla sostenible —le sostengo la mirada—. Ahí es donde entra Creed Enterprises.

No parece ofendido por mi franqueza. —Estrategia inteligente. No todo el mundo piensa a largo plazo así.

El cumplido me reconforta más de lo que debería. Doy otro sorbo de sake para disimular mi reacción.

—¿Y usted? —pregunto para desviar la conversación de mí—. ¿Cómo pasó del sistema de acogida a... esto? —Hago un gesto vago hacia el reservado, la riqueza y el poder implícitos.

Algo oscuro cruza su rostro, tan fugaz que casi no lo capto. —¿La versión resumida? Se me daban bien los ordenadores. Empecé a arreglarlos para la gente a los dieciséis. Ahorré lo suficiente para comprar y revender algunos estropeados. Con el tiempo empecé a montar sistemas personalizados. Convertí eso en una pequeña empresa de soporte técnico. Hice algunas inversiones inteligentes en el sector inmobiliario. Me expandí a partir de ahí.

Lo dice con tanta naturalidad, como si levantar una empresa de mil millones de la nada fuera algo que cualquiera pudiera lograr con un

poco de esfuerzo.

—Es... impresionante —digo, sabiendo que la palabra se queda corta.

Se encoge de hombros.

—Trabajé duro y tuve suerte. Y era demasiado terco para fracasar.

Por la forma en que lo dice, con ese toque de acero en la voz, puedo imaginar al Nathaniel adolescente: decidido, ambicioso, negándose a convertirse en otra estadística. Algo se retuerce en mi pecho, un sentimiento peligrosamente cercano a la admiración.

Territorio peligroso.

—Deberíamos volver —digo, mirando el reloj—. Todavía tengo que llamar a los locales para consultar disponibilidad.

Asiente y hace una señal para pedir la cuenta. Cuando llega, ni siquiera la mira; se limita a entregar una tarjeta de crédito. Me pregunto por un momento cómo será no tener que preocuparse nunca por el dinero. No mirar los precios en la carta ni calcular las propinas con cuidado. Es un mundo tan diferente del mío que bien podría ser otro planeta.

Mientras volvemos a la oficina a pie, con el sol primaveral calentándonos la cara, le lanzo miradas furtivas a su perfil. La mandíbula fuerte. El ligero surco entre las cejas mientras mira algo en el móvil. Cómo los demás peatones se apartan instintivamente de su camino, percibiendo el aura de autoridad que lo rodea.

Este hombre es mi jefe. Nada más. Tengo que recordarlo.

Pero cuando volvemos a entrar en el ascensor de la Torre Creed, de pie más cerca de lo estrictamente necesario en el ascensor vacío, no puedo evitar preguntarme si él también lo siente: esta extraña tensión vibrante entre nosotros. Esta atracción que me hace consciente de cada movimiento, cada respiración.

Las puertas del ascensor se cierran y cometo el error de mirarlo. Sus ojos ya están clavados en mí, oscuros e indescifrables. Por un instante de locura, creo que podría decir algo, hacer algo. El aire entre nosotros está cargado, peligroso.

Entonces suena el timbre del ascensor, las puertas se abren y el momento se rompe.

—Terminemos la propuesta revisada —dice, volviendo al tono profesional mientras salimos al pasillo—. Quiero tener el concepto cerrado el lunes para empezar a contactar con patrocinadores.

—Por supuesto —respondo con voz firme, a pesar del caos en mi cabeza—. Me pongo con ello enseguida.

Ocho semanas hasta la gala, me digo mientras lo sigo de vuelta a la sala de conferencias. Solo ocho semanas trabajando codo con codo con Nathaniel Creed, y luego todo volverá a un ritmo profesional normal.

Puedo aguantar ocho semanas. Tengo que hacerlo. Todo mi futuro depende de ello.

4

Mina

—Dime que ese no es tu jefe —Eliza abre los ojos como platos mientras mira la pantalla de su móvil.

Es miércoles por la noche, llevo tres días en mi nuevo trabajo, y estamos en mi apartamento con comida a domicilio y vino. Me inclino para ver qué me enseña. Es un artículo de uno de esos sitios de cotilleos empresariales: «El titán tecnológico Creed y una misteriosa morena vistos en Akira». Hay una foto borrosa de Nathaniel y de mí saliendo del restaurante de sushi el sábado.

—Fue un almuerzo de trabajo —digo mientras pincho el pad thai—. Estábamos hablando de la gala.

—Ajá —Eliza baja por la pantalla—. Aquí dice que nunca lleva empleados a Akira. Es donde seduce a inversores y —arquea las cejas con dramatismo— tiene citas.

—Bueno, esto no fue una cita —le quito el móvil y leo el resto del artículo. Es casi todo especulación, pero acertaron en una cosa:

Nathaniel rara vez lleva empleados a su comedor privado en Akira. **Genial.**

—¿Alguien en el trabajo ha dicho algo? —pregunta Eliza mientras me llena la copa de vino con generosidad.

—No, pero eso no significa que no lo estén pensando —doy un trago largo—. Dios, esto es justo lo que no necesitaba. Me he esforzado muchísimo para que me tomen en serio.

Los últimos tres días han sido un torbellino de reuniones, visitas a locales y noches trabajando hasta tarde en la gala. Nathaniel y yo hemos cogido un ritmo sorprendentemente eficaz. Su visión, mi ejecución. Nos retamos de maneras que impulsan el proyecto en vez de crear fricción.

Pero también hay... algo más. Una corriente que fluye bajo nuestras interacciones profesionales. Una mirada que se alarga aquí. Un roce que dura un segundo de más allí. Cómo parece cambiar el aire cuando estamos solos.

No me lo he imaginado. De eso ya estoy segura.

—¿Cómo es trabajar con él? —pregunta Eliza.

—Intenso. Exigente. Pero no irrazonable —enrollo los fideos en el tenedor—. Es... no es lo que esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—Creció en hogares de acogida, ¿lo sabías? Él y su hermana, aunque a ella la adoptaron y a él no. Nunca habla de ello en público,

pero toda la gala es en beneficio de la educación de jóvenes en acogida. Es algo personal para él.

—Oh, así que tiene corazón bajo toda esa frialdad empresarial. Eso es bastante sexy, la verdad.

Le lanzo una servilleta. —No se trata de que sea sexy. Se trata de... no sé. Es más complejo de lo que pensaba. No es otro rico más que nació en cuna de oro.

—Pero es sexy —insiste Eliza con una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco. —Sí, vale, es sexy. Objetivamente hablando.

—Y te atrae.

—Eso es irrelevante.

—Lo que significa que sí —Eliza me señala con el tenedor—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada. Voy a hacer mi trabajo, organizar una gala increíble y usar los contactos que haga para lanzar Monroe Events. Ese es el plan. Siempre ha sido el plan.

Eliza me observa un momento. —Los planes cambian, Mina.

—Este no —me levanto y recojo los envases vacíos—. He trabajado demasiado para tirarlo todo por... lo que sea esto.

Me vibra el móvil. Sé quién es sin mirar. Solo una persona me escribe a las nueve de la noche por trabajo.

«Reunión con el encargado del local adelantada a las 8. Te recojo a las 7:30. - NC»

Eliza mira por encima de mi hombro. —¿Te va a recoger? ¿O sea, en tu apartamento?

—No es lo que piensas. El local está en la otra punta de la ciudad y...

—Mina —Eliza me pone las manos en los hombros—. Sabes que te apoyo pase lo que pase. Pero si vas a seguir diciéndote que aquí no pasa nada, al menos sé sincera conmigo.

La miro a los ojos y luego aparto la vista. —Vale. Hay... algo. Una atracción. Pero no puede ir a ninguna parte, Liz. Es mi jefe. Todavía estoy en período de prueba. Y después de lo que pasó con su ex...

—Lo entiendo. Es complicado. Solo... ten cuidado, ¿vale? —me aprieta los hombros—. Y ponte mañana ese vestido azul. El que te hace un culo increíble.

Me río. —Intento ser profesional.

—Profesional no tiene por qué ser aburrido —mira el reloj—. Debería irme. Mañana tengo reunión temprano —me abraza en la puerta—. Mándame un mensaje si tu jefe intenta seducirte en su cochazo.

—Eso no va a pasar —le grito mientras se aleja.

Pero mientras me preparo para acostarme, no puedo evitar preguntarme qué coche conduce Nathaniel. Qué música escucha. Si volverá a oler a esa colonia embriagadora.

Pensamientos peligrosos. Pensamientos que no caben en una relación profesional.



A las 7:30 en punto de la mañana siguiente, me vibra el móvil.

«Fuera».

Solo una palabra. Ni siquiera sus iniciales. Cojo el bolso y me miro en el espejo una vez más. Sí, me he puesto el vestido azul, pero solo porque es apropiado para la reunión con el encargado del local. No porque Eliza lo sugiriera. Desde luego no porque me pregunte si Nathaniel se fijará.

Salgo del edificio y veo un elegante Range Rover negro con el motor en marcha junto al bordillo. La ventanilla baja y aparece Nathaniel al volante. Sin chófer. Solo él.

—Buenos días —digo mientras me acomodo en el asiento del copiloto. El interior huele a cuero y a su colonia.

—Buenos días —dice, entrando en el tráfico con suavidad—. ¿Revisaste los problemas de distribución que comentamos?

Directo al grano, entonces. Saco la tableta.

—Sí. He marcado algunas alternativas que encajarían mejor con la circulación que buscamos.

Pasamos el trayecto hablando de los desafíos del lugar, pero no puedo dejar de ser consciente de él a mi lado. Cómo sus manos sujetan el volante. Cómo se le tensan los músculos del antebrazo al cambiar de marcha. El leve surco entre sus cejas cuando piensa.

—¿Qué? —pregunta, pillándome mirándolo.

—Nada —digo enseguida—. Es que... no esperaba que condujeras tú mismo.

Se le tuerce la comisura de la boca.

—¿Pensabas que tenía chófer?

—Puede. ¿No lo tienen la mayoría de los directores ejecutivos?

—Prefiero conducir yo cuando puedo —dice, cambiando de carril con soltura—. Es de los pocos momentos en que me siento en control.

La confesión me sorprende. Es más personal de lo que solemos compartir.

—¿El resto del tiempo no te sientes en control? —pregunto con cautela.

Me mira de reojo y vuelve la vista a la carretera.

—Dirigir una empresa del tamaño de Creed Enterprises... a veces parece que es la empresa la que te dirige a ti.

Asiento. Entiendo más de lo que él cree.

—Por eso necesitas que esta gala salga perfecta.

—Sí —dice, con un deje de sorpresa porque lo entienda—. No es solo por las relaciones públicas. Es hacer algo que importe. Algo que controlo de principio a fin.

—Con mi ayuda —añado, esbozando una sonrisa.

—Con tu ayuda —coincide, y hay una calidez en su voz que antes no estaba.

Nos detenemos frente al lugar: un hotel histórico con un gran salón de baile, perfecto para la gala. La encargada del local, Denise, nos recibe en la entrada.

Durante la hora siguiente, recorremos el espacio hablando de opciones de distribución y requisitos técnicos. Nathaniel resulta impresionante en acción: decidido, con las ideas claras, pero dispuesto a adaptarse cuando Denise o yo señalamos algún problema.

Estamos en un pasillo de servicio, hablando de la instalación eléctrica para las pantallas interactivas, cuando Denise se disculpa para atender una llamada. De pronto, nos quedamos Nathaniel y yo solos en el estrecho pasillo, más cerca de lo necesario.

—Has estado muy callada esta mañana —dice, escrutándome el rostro—. ¿Todo bien?

—Bien —digo sin mirarlo—. Concentrada en que la distribución quede bien.

—Mina —cómo pronuncia mi nombre me obliga a levantar la vista—. Si algo te preocupa, necesito saberlo. Tenemos que trabajar bien juntos.

Dudo, pero decido ir al grano.

—Vi el artículo. El de nosotros en Akira.

Su expresión se ilumina con comprensión.

—Ah. Eso lo explica.

—Me preocupa qué imagen da. Ante tu personal. Ante la junta.

Da un paso hacia mí y acabo con la espalda contra la pared.

—¿Sabes lo que pienso, Mina?

Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra teniéndolo tan cerca.

—Pienso que los dos somos adultos que hacemos bien nuestro trabajo. Pienso que lo que opinen los demás no importa mientras la gala sea un éxito —su voz se vuelve más grave—. Y pienso que llevas ese vestido porque sabías que me gustaría.

El calor me sube a la cara.

—Eso es... yo no...

—¿No? —me sostiene la mirada con un brillo desafiante.

Antes de que pueda responder, la voz de Denise resuena por el pasillo.

—¿Señor Creed? ¿Señorita Monroe?

Nathaniel retrocede y su expresión vuelve a ser profesional sin el menor esfuerzo.

—Aquí, Denise.

El momento se rompe, pero la tensión persiste mientras terminamos la visita. Ya en el coche, Nathaniel va callado, concentrado en la carretera. Tengo la clara sensación de haber cruzado una línea invisible. O quizá la cruzó él. Sea como sea, ahora estamos en otro territorio.

—Sobre lo que ha pasado antes... —empiezo con cautela.

—No. No debí hacer ese comentario —dice sin mirarme—. Hablemos de los paquetes de patrocinio. He estado revisando los niveles que propusiste.

Mensaje recibido. El momento ha pasado, no hay que mencionarlo. Quizá sea lo mejor.

Pasamos el resto del trayecto hablando de los beneficios para los patrocinadores y la visibilidad que obtendrán. Cuando llegamos a la oficina, casi me he convencido de que lo del pasillo me lo imaginé.

Casi.

Al entrar en el ascensor del aparcamiento, Nathaniel pulsa el botón del piso ejecutivo. Solo estamos nosotros dos en ese espacio cerrado. La tensión ha vuelto.

Miro al frente, contando los pisos mientras subimos. Nathaniel está a mi lado, tan cerca que nuestros brazos casi se rozan. Ninguno de los dos habla.

Piso 15... 16... 17...

De repente, el ascensor da una sacudida violenta. Pierdo el equilibrio y me tambaleo hacia delante justo cuando Nathaniel alarga la mano para sujetarme. Chocamos: mis manos acaban en su pecho, su brazo me rodea la cintura. Las luces parpadean y se estabilizan. Estamos parados entre dos pisos.

Nuestros rostros quedan a centímetros, sus ojos azules muy abiertos por la sorpresa, su respiración entrecortada. Debería apartarme, pero parece que no puedo moverme.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca.

Asiento, pero no me aparto. El corazón me late tan fuerte que seguro que lo oye.

Nathaniel alarga el brazo por encima de mí para pulsar el botón de emergencia, sin dejar de sujetarme.

—Mantenimiento, soy Creed. Estamos atrapados en el ascensor tres.

Una voz entrecortada responde:

—Lo siento, señor Creed. Estamos con un problema eléctrico. Calculo que en unos quince minutos volverá a funcionar.

—Intenten darse prisa. Tengo reuniones esta tarde —dice antes de soltar el botón.

Se vuelve hacia mí y me doy cuenta de lo pequeño que parece de pronto el ascensor. Su brazo sigue rodeándome la cintura, mis manos siguen apoyadas en su pecho. Su calor traspasa la camisa y me calienta las palmas.

—Deberíamos... —empiezo, pero olvido lo que iba a decir cuando su mirada baja hasta mi boca.

—Mina —dice en voz baja, una advertencia y una pregunta a la vez.

No sé quién se mueve primero —quizá los dos— pero de repente nuestros labios se rozan, vacilantes, inquisitivos. Un roce suave que me envía una descarga eléctrica por la columna.

Por un instante, los dos nos quedamos inmóviles, sorprendidos por la línea que acabamos de cruzar. Entonces el beso se intensifica y su mano sube hasta rodearme el cuello.

Debería parar. Lo sé. Pero su boca es cálida e insistente, y llevo pensando en esto desde aquella primera entrevista. Le devuelvo el beso mientras mis dedos se aferran a la tela de su camisa.

No es nada como lo imaginé. Ni calculado ni controlado, sino intenso y sincero. Su lengua recorre mi labio inferior, pidiendo paso, y me abro a él. Un gemido suave se me escapa cuando nuestras lenguas se encuentran.

Pero entonces, tan rápido como empezó, Nathaniel se aparta, con la respiración agitada. Sus ojos están oscuros, turbados.

—Lo siento —dice. Baja las manos y se aleja todo lo que el reducido espacio le permite—. Eso no debería haber pasado.

El rechazo escuece, aunque sé que tiene razón.

—No, no debería.

Se pasa una mano por el pelo, desbaratando su peinado impecable.

—Mina, esto no es... Después de Victoria, juré que no... Esto es justo lo que me prometí que no pasaría.

Me cruzo de brazos, de pronto helada sin su contacto.

—Lo entiendo. Fue un error.

—No fue un error —se apresura a decir, y suspira—. Mal momento. Circunstancias equivocadas. Pero no un error.

El ascensor da otra sacudida y los dos nos agarramos a la barandilla. Las luces parpadean mientras la cabina reanuda el ascenso.

Me aliso el pelo con manos temblorosas, intentando recomponerme. Nathaniel se ajusta la corbata; aún respira de forma entrecortada.

—Hablaremos de esto —dice mientras el ascensor se acerca a la planta ejecutiva—. Más tarde. En privado.

—No hay nada de qué hablar —respondo, aunque mi pulso desbocado diga lo contrario—. Fue un desliz. No volverá a pasar.

Las puertas del ascensor se abren a la planta ejecutiva. Salgo a toda prisa, necesito escapar de esa atmósfera cargada.

—Mina, espera... —me llama, pero ya estoy a mitad del pasillo, con el repiqueteo de mis tacones resonando contra el suelo de mármol.

Me refugio en el baño de mujeres y me encierro en un cubículo para intentar recuperar la compostura. Tengo los labios hinchados, el pulso acelerado, y un latido de deseo palpitándome entre los muslos.

¿Qué he hecho?

Me llevo las manos frías a las mejillas ardiendo e intento pensar con claridad. Solo fue un beso. Un momento de debilidad. No tiene por qué echarlo todo a perder.

Pero mientras me miro en el espejo, me retoco el pintalabios y me aliso el pelo, sé que me estoy engañando. Ese beso ha revelado algo que llevo negándome a admitir desde que entré por primera vez en el despacho de Nathaniel: hay una conexión entre nosotros que va más allá de la atracción física.

Y a juzgar por el conflicto en sus ojos cuando se apartó, él también lo siente.

Yergo los hombros y salgo del baño. Tengo un trabajo que hacer. Un futuro que asegurar. No puedo dejar que un beso —por increíble que haya sido— lo cambie todo.

Pero mientras camino hacia la sala de reuniones donde sé que Nathaniel me espera, me pregunto si ya es demasiado tarde.

5

Nathaniel

—Te vi con el móvil en la gala benéfica del sábado por la noche —dice James, apoyado en el marco de la puerta de mi despacho—. Debía de ser importante para arriesgarte a la ira de la señora Wellington por no prestar atención a su discurso.

No levanto la vista del ordenador. —Cosas del trabajo.

—Ajá. —James no parece convencido—. Estabas sonriendo. Nunca sonríes por el trabajo.

—¿Necesitabas algo? —pregunto, cambiando de tema.

—Solo quería saber cómo van los patrocinios de la gala. La junta lleva días preguntando.

Le entrego la carpeta que preparó Mina. —Todos los detalles están ahí. Ya hemos conseguido los tres principales patrocinadores.

James coge la carpeta pero no se va. Me está estudiando con esa mirada que odio, la que dice que sabe que estoy ocultando algo.

—¿Qué tal con Mina? —pregunta como quien no quiere la cosa.

Demasiado casual. Me tenso, preguntándome si sospecha algo. —Bien. Es buena en su trabajo.

—¿Solo buena en su trabajo? ¿No hay nada más?

Por fin levanto la vista y le sostengo la mirada. —¿Qué insinúas, James?

Se encoge de hombros. —Nada. Solo he notado que vosotros dos tenéis cierta... energía.

—No empieces —le advierto.

—No estoy empezando nada. Solo es una observación. —Golpea la carpeta contra la palma de la mano—. Te acuerdas de lo que pasó la última vez, ¿no? Con Victoria.

Se me tensa la mandíbula. —Eso no viene a cuento.

—Ajá. —Una sonrisa se dibuja lentamente en el rostro de James—. O sea que sí hay algo.

Maldición. Es demasiado listo para su propio bien.

—No hay nada —insisto, demasiado tarde—. Es una empleada. Eso es todo.

—Si tú lo dices. —James se aparta del marco de la puerta—. Solo ten cuidado, Nate. La junta por fin empieza a confiar en ti otra vez. No les des motivos para dudar de tu criterio.

Cuando se marcha, me recuesto en la silla y me froto la cara. James me conoce demasiado bien. Me lee como nadie.

Y tiene razón en preocuparse. Lo que pasó con Mina en ese ascensor fue... inesperado. Perdí el control por un momento, algo que me juré que no volvería a pasar después de lo de Victoria. Todavía me inquieta lo rápido que se vino abajo mi determinación cuando tuve a Mina entre mis brazos.

Llevo días intentando olvidar ese beso, intentando mantener la distancia profesional. Pero cada vez que la veo —inclinada sobre el ordenador, apartándose el pelo detrás de la oreja, mordiéndose el labio mientras se concentra— recuerdo la sensación de tenerla pegada a mí, el suave sonido que escapó de sus labios cuando nos besamos.

Suena el intercomunicador. —Señor Creed, su cita de las once está aquí. La señorita Monroe y el director de catering.

—Que pasen —respondo mientras me ajusto la corbata e intento recomponerme.

Mina entra primera, impecable con un vestido azul marino entallado y el pelo recogido en una elegante coleta. Parece serena, salvo por el ligero rubor que le tiñe las mejillas cuando cruzamos la mirada. La sigue el director de catering, un hombre de mediana edad llamado Peter que se lanza de inmediato a presentar el menú de la gala.

Intento concentrarme en lo que dice —algo sobre ingredientes de proximidad y maridajes de vino—, pero mi atención no deja de desviarse hacia Mina. Hacia cómo se sienta con la espalda recta. Hacia el bolígrafo que hace girar entre los dedos mientras toma notas. Hacia el amago de sonrisa que le asoma a los labios cuando Peter describe un plato que le gusta especialmente.

—¿Qué opina, señor Creed? —pregunta Peter, y me doy cuenta de que lleva varios segundos callado, esperando mi respuesta.

—Creo que... —miro a Mina y la pillo observándome con complicidad. Sabe perfectamente que no estaba prestando atención —. Creo que el criterio de la señorita Monroe en esto es mejor que el mío. Lo que ella recomiende, seguro que será excelente.

Peter sonríe ampliamente. —¡Excelente! Haré que preparen los contratos esta tarde.

Cuando se marcha, Mina se queda sentada frente a mí, con una ceja enarcada. —No has escuchado ni una palabra de lo que ha dicho, ¿verdad?

—Algo sobre verduras ecológicas y vino —admito.

Se ríe bajito. —Casi. El menú va a ser increíble. Confía en mí.

—Confío —digo.

Se levanta y recoge sus notas. —Debería irme. Tengo una reunión con el equipo de diseño gráfico en quince minutos.

Asiento. Quiero decir algo más, pero sé que es mejor no hacerlo. Cuando llega a la puerta, carraspeo.

—Mina.

Se gira con expresión cautelosa.

—Sobre lo que pasó en el ascensor...

—Está olvidado —dice, aunque su mirada dice lo contrario—. Tenemos trabajo que hacer, ¿recuerdas?

Asiento, aceptando el límite profesional que está marcando. Es lo correcto, aunque una parte de mí quiera protestar.

—Por supuesto. Mañana repasamos el menú.

Asiente y sale, dejando tras de sí el sutil aroma de su perfume.

Me recuesto en la silla y suelto el aire lentamente. Esto se está complicando, y complicaciones es justo lo que no necesito ahora mismo. Necesito concentrarme en la gala, en reconstruir la reputación de la empresa, en mantener la confianza de la junta.

No puedo permitirme otra situación como la de Victoria.



—¡Tío Nate! ¡Mírame! —grita Zoe, en equilibrio precario en el borde de los columpios.

Me tenso cuando se tambalea un poco. —¡Te estoy mirando, pequeña! ¡Ten cuidado!

Intrépida como siempre, salta y aterriza en el mantillo con una sonrisa triunfal que deja ver el hueco de su diente de leche. Me invade el alivio cuando se levanta de un salto, ilesa.

—¿Has visto lo alto que he saltado? —viene hacia mí dando saltitos, con la coleta balanceándose.

—Te he visto. Eres prácticamente una superheroína —le revuelvo el pelo, asombrado de cómo puede hacerme sentir terror y orgullo a la vez.

Es sábado por la tarde en el parque Riverside, y estoy cumpliendo mi promesa semanal a Zoe. Se suponía que Emma vendría con nosotros, pero la madre de Rob se cayó ayer, así que han ido a verla al norte del estado, dejándome de tío en solitario. No es que me importe.

—¡Empújame en los columpios! —me agarra de la mano y tira de mí hacia ellos con una fuerza sorprendente para una niña de cinco años.

Le sigo, dejando que me guíe por el parque infantil. El sol primaveral se filtra entre los árboles y me calienta los hombros a través de la camiseta de algodón. Hoy me he vestido informal a propósito: vaqueros, camisa casual, zapatillas. Nada de trajes de diseño ni corbatas ejecutivas. Aquí a nadie le importa que sea Nathaniel Creed. Para Zoe, solo soy el tío Nate, y la sencillez de esa identidad es como tomar aire después de estar demasiado tiempo bajo el agua.

—¡Más alto, tío Nate! —chilla Zoe mientras la empujo en el columpio —. ¡Quiero tocar las nubes!

—Un poco más y te pones en órbita —me río mientras le doy otro empujón. Su risa me llega clara, pura y sencilla.

Dejo que mi mente divague mientras me acomodo al ritmo de empujarla. Ha sido una semana infernal. La planificación de la gala va a toda máquina, las reuniones del consejo se alargan, y luego está Mina. Siempre Mina, rondando mis pensamientos cuando debería estar concentrado en proyecciones trimestrales o propuestas de adquisición.

Ese beso en el ascensor me persigue. La suavidad de sus labios. El pequeño gemido que soltó cuando nuestras lenguas se encontraron. Cómo me miró después de que me apartara: confundida, deseosa, y algo más que no supe identificar del todo. Desde entonces he guardado las distancias, manteniendo un profesionalismo estricto. Es la decisión correcta. La única decisión, después de lo que pasó con Victoria.

Pero eso no me impide pensar en ella. Preguntarme qué habría pasado si no me hubiera apartado.

—¡Tío Nate, me estás empujando demasiado alto! —la voz de Zoe me devuelve al presente. He estado empujando en piloto automático y la he mandado más alto de lo normal.

—Perdona, princesa —freno el columpio y dejo que vaya perdiendo impulso poco a poco—. Me he quedado pensando en las musarañas.

—¿Estabas pensando en el trabajo? —arruga la nariz con asco—. Mamá dice que piensas demasiado en el trabajo.

—Tu madre habla mucho —digo, lo que me gana una risita de Zoe—. No, no estaba pensando en el trabajo. No exactamente.

—¿Entonces en qué? —salta del columpio con soltura, como si lo hubiera hecho mil veces.

—Cosas de mayores —esquivo la pregunta, porque no pienso hablar de mis sentimientos complicados por mi directora de eventos con mi sobrina de cinco años—. Oye, ¿tienes hambre? Podríamos ir a por un helado.

Se le iluminan los ojos, la distracción ha funcionado.

—¡Sí! ¿Puedo pedir sorbete de arcoíris?

—Claro que sí —le cojo la manita y caminamos hacia el puesto de helados en el borde del parque.

La cola es corta, solo hay un par de familias delante de nosotros. Zoe pega la cara al cristal del mostrador, observando las cubetas de colores con intensa concentración a pesar de saber perfectamente lo que va a pedir. Recorro el parque con la mirada, distraído, disfrutando de la normalidad de las familias que aprovechan el buen tiempo primaveral. Nadie mirando hojas de cálculo. Nadie hablando de cuota de mercado. Solo gente viviendo su vida.

—Sorbete de arcoíris para la princesa —le digo al dependiente cuando nos toca—. Y un café para mí.

Nos llevamos los helados a un banco con vistas al estanque de los patos. En cuestión de segundos, Zoe tiene rayas de arcoíris en las mejillas. Le paso una servilleta, que ignora olímpicamente.

—Mamá dice que estás organizando una fiesta muy grande —comenta.

—Así es. Una gala benéfica para ayudar a niños sin familia a ir a la universidad.

—¿Como tú no tenías familia?

Su franqueza inocente me pilla desprevenido. Emma siempre ha sido honesta con Zoe sobre nuestro pasado, adaptándolo a su edad. Zoe sabe que perdimos a nuestros padres, sabe que yo crecí en casas de acogida mientras Emma fue adoptada por los Anderson. Los Anderson solo querían una hija, concretamente una niña pequeña que les parecía «perfecta para ellos», no un chaval problemático de diez años con problemas de ira. Nunca prohibieron que Emma y yo nos viéramos, pero incluso ahora sigo sintiéndome un extraño cuando estoy con su familia adoptiva, la pieza que no termina de encajar en su retrato familiar.

—Así es —digo, procurando que no me tiemble la voz—. Quiero ayudar a niños como yo lo fui.

Asiente, procesándolo con esa seriedad que solo los niños son capaces de mostrar tanto ante las grandes preguntas de la vida como ante la elección de sabor de las chuches.

—Eso está bien. ¿Tu nueva amiga te está ayudando con la fiesta?

—¿Qué nueva amiga? —pregunto, aunque me huelo a quién se refiere.

—Mamá dijo que has contratado a una señora nueva para ayudarte con la fiesta. Y que sonríes cuando hablas de ella.

Nota mental: matar a Emma más tarde.

—Se llama Mina —admito—. Y sí, me está ayudando con la gala. Se le da muy bien organizar eventos.

—¿Es simpática?

—Muy simpática.

—¿Es guapa?

Casi me atraganto con el helado.

—Es... profesional. Y buena en su trabajo.

Zoe me lanza una mirada que dice que sabe que estoy esquivando la pregunta. Es demasiado lista para lo que le conviene.

—¿Puedo ayudar con la fiesta? —pregunta, cambiando de tema para mi alivio—. Se me da bien decorar. Hice todos los carteles para la venta de pasteles de mi clase.

—Es una fiesta de adultos, pequeña. Cosas aburridas.

—Todo lo divertido es para los mayores —suspira con dramatismo—. No es justo.

Me río y le limpio el helado de arcoíris de la barbilla.

—Te digo una cosa. A lo mejor puedes ayudarme a elegir algunas decoraciones. ¿Te gustaría?

Se le ilumina la cara como si acabara de ofrecerle un poni.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Hablaré con Mina. A ver qué le parece —lo digo antes de darme cuenta de lo que estoy sugiriendo: traer a mi sobrina a la oficina, presentársela a Mina, mezclar aún más lo personal con lo profesional, que ya de por sí tengo bastante revuelto.

—¡Bien! —Zoe me abraza y me mancha la camisa de helado. No me importa. A diferencia de los trajes a medida que cuelgan en mi armario, esta camiseta puede ir a la lavadora.

Después de terminar el helado, pasamos otra hora en el parque. Zoe da de comer a los patos, monta dos veces en el carrusel y se desfonda con esa energía inagotable de la infancia. Hacia las cuatro, ya se frota los ojos y ha perdido su brío habitual.

—¿Lista para volver a casa, princesa? —pregunto.

Asiente medio dormida. —¿Podemos cenar pizza?

—Creo que tu madre dejó asado en la nevera —le recuerdo mientras vamos hacia el coche.

—La pizza es mejor —insiste mientras se sube al asiento elevador en la parte trasera de mi Range Rover.

La abrocho bien y compruebo dos veces, como siempre. —Veremos qué instrucciones dejó tu madre.

El trayecto hasta casa de Emma dura unos veinte minutos. Zoe duerme en el asiento trasero, agotada después de la tarde. Conduzco entre el tráfico del sábado, me detengo en los semáforos con una paciencia que no tengo entre semana. El Nathaniel del fin

de semana es otra persona, distinta del Nathaniel director ejecutivo. Menos ambicioso. Menos rígido. Más humano.

Emma y Rob viven en una bonita casa colonial en las afueras, con su valla blanca y todo. Es el tipo de hogar que nunca tuve de niño, pero que siempre imaginé que debían tener las familias.

Aparco en la entrada y apago el motor. Me quedo un momento ahí sentado, mirando la casa con su alegre puerta amarilla y sus parterres bien cuidados. Emma se ha construido una vida preciosa aquí. A veces me pregunto si yo habré construido algo real, más allá de mi empresa.

—¿Tío Nate? —la voz somnolienta de Zoe me llega desde el asiento de atrás—. ¿Ya hemos llegado?

—Ya hemos llegado —confirmo, y salgo a ayudarla a bajar del asiento.

Dentro, la casa está en silencio. Emma y Rob no volverán hasta mañana. La canguro, la señora Smith, la vecina de al lado, no llegará hasta dentro de una hora. Caliento el asado que Emma dejó en la nevera y pongo la mesa para la cena de Zoe.

—¿Podemos ver una peli? —pregunta mientras picotea la comida.

—Una peli y luego a la cama. Tu madre dejó instrucciones muy estrictas.

Nos acomodamos en el sofá con «Vaiana» en la tele enorme. Zoe se acurruca a mi lado. A mitad de la película, ya está dormida, con la respiración acompasada.

La llevo en brazos a su dormitorio, rosa y morado, con estrellas fluorescentes en el techo. Apenas se mueve cuando la arropo y le aparto el pelo de la frente.

—Buenas noches, princesa —susurro, y le enciendo la lamparita.

La señora Smith llega unos minutos después, puntual como siempre. Le cuento cómo ha ido la tarde con Zoe, le entrego las detalladas instrucciones de Emma y me marcho. Noto cómo empieza ese cambio familiar cuando dejo el calor del hogar y vuelvo a mi existencia solitaria.

El trayecto hasta mi ático dura treinta minutos; el tráfico va menguando. Ya ha oscurecido y la ciudad cobra vida con la energía del sábado noche. Entro en el garaje subterráneo de mi edificio y saludo con un gesto al guardia de seguridad.

El ascensor privado me sube cuarenta pisos hasta mi ático. Como siempre, entrar aquí es como entrar en un hotel de lujo en lugar de en un hogar. Elegante, moderno, impecablemente diseñado y completamente impersonal. Ha pasado el servicio de limpieza: todo brilla, ni una cosa fuera de lugar. Justo como me gusta. O al menos, como me he convencido de que me gusta.

Me sirvo un bourbon y salgo al balcón. La ciudad se extiende ante mí, las luces titilan en la oscuridad. Desde aquí arriba, todo parece pequeño, manejable. Por eso elegí este lugar: perspectiva.

El móvil me vibra en el bolsillo. Seguro que es Emma, que quiere saber de Zoe. Lo saco y me sorprende ver el nombre de James.

—Un poco tarde para llamadas de trabajo —contesto.

—¿Has mirado el correo en la última hora? —la voz de James suena tensa.

—He estado con Zoe todo el día. ¿Qué pasa?

—La Fundación Henderson ha retirado su patrocinio de la gala. La mujer del director ejecutivo ha decidido que prefiere patrocinar la gala del Museo Metropolitano.

—Mierda —los Henderson eran nuestro segundo patrocinador más importante—. ¿Cuándo ha sido esto?

—Su coordinadora envió un correo hace una hora. Por lo visto, tienen que dar una respuesta al Met mañana por la mañana, así que necesitan que les liberemos del compromiso esta noche.

Me froto el puente de la nariz; la paz del día con Zoe se esfuma. —No podemos dejar que se vayan así como así. Eso deja un agujero enorme en el presupuesto.

—Lo sé. Pero estoy en los Hamptons, en la boda de mi hermana. Poco puedo hacer desde aquí.

Me lo pienso un momento, sopeso las opciones. —Yo me encargo. Disfruta de la boda.

Después de colgar, reviso el correo y encuentro el mensaje de la Fundación Henderson. El tono es de disculpa, pero firme: han decidido redirigir sus donaciones benéficas. A menos que podamos ofrecerles algo que el Met no pueda, se retiran.

Me quedo mirando el correo mientras la rabia me va subiendo. Esta gala no es solo un evento corporativo, es personal. Una oportunidad

de cambiar de verdad la vida de niños que crecieron como yo. Y lo están tratando como un movimiento de ajedrez social.

Antes de pensármelo demasiado, busco el contacto de Mina y la llamo.

Contesta al tercer tono. —¿Señor Creed? ¿Va todo bien?

—Los Henderson han retirado su patrocinio. Lo van a destinar a la gala del Met.

—¿Qué? ¿Cuándo ha sido eso?

—Hace una hora. Necesitan que les liberemos del compromiso esta noche porque van a dar una respuesta al Met mañana por la mañana.

Se queda callada un momento, asimilándolo. —De acuerdo. Tenemos que hacerles cambiar de opinión o encontrar un patrocinador de reemplazo de inmediato.

—Exacto. Necesito tu ayuda. ¿Puedes venir? —las palabras quedan flotando entre nosotros, cargadas de posibles significados. Añado enseguida—: Para trazar un plan. Tengo aquí todos los materiales de los patrocinadores.

Otra pausa. —Mándame la dirección. Estaré ahí en treinta minutos.

Después de colgar, me doy cuenta de lo que he hecho. He invitado a Mina a mi casa un sábado por la noche. Los límites entre lo profesional y lo personal, ya difusos, están a punto de desaparecer por completo.

Paso los siguientes veinte minutos dando vueltas por el salón, alternando entre revisar la propuesta de Henderson y cuestionar mi juicio. Es exactamente el tipo de situación que juré evitar después de Victoria: estar a solas con una empleada fuera de la oficina, especialmente una que me atrae.

Pero esto es una emergencia. El éxito de la gala está en juego. Necesitamos encontrar una solución esta noche. Son las justificaciones que me repito mientras recoloco objetos y compruebo mi aspecto en el espejo del pasillo.

El telefonillo suena exactamente veintiocho minutos después de nuestra llamada. —Señor Creed, la señorita Monroe está aquí para verle —anuncia el portero.

—Que suba —respondo, sin que mi voz delate la tensión que me recorre.

Espero junto a la puerta, escuchando el suave zumbido del ascensor mientras sube. Un pitido anuncia su llegada, y luego alguien llama a mi puerta.

Respiro hondo y abro.

Mina está en el pasillo, algo jadeante, como si hubiera venido corriendo. Viste informal: vaqueros oscuros que se ciñen a sus curvas, un jersey verde suave que realza sus ojos y botines que le añaden un par de centímetros. El pelo le cae en ondas sueltas sobre los hombros, en lugar de los recogidos elegantes que suele llevar al trabajo.

Está preciosa.

Me pongo duro al instante; mi cuerpo responde a ella a pesar de todas mis advertencias mentales. El atuendo informal debería ser bastante inocente, pero hay algo en verla así —natural, sin poses— que resulta más excitante que cualquier conjunto deliberadamente sexy.

—Gracias por venir —logro decir, retrocediendo para dejarla entrar—. Te agradezco que hayas venido tan rápido.

—Por supuesto —entra y echa un vistazo a mi ático con curiosidad apenas disimulada—. Los Henderson son demasiado valiosos como para perderlos sin luchar.

Cierro la puerta tras ella, captando el sutil aroma de su perfume: algo ligero y cítrico, diferente del que usa en la oficina. Más íntimo, de algún modo.

Se vuelve hacia mí con determinación profesional en la mirada, a pesar de su aspecto informal. —Entonces, ¿cuál es el plan?

Mi mente se queda en blanco y de repente no estoy seguro de tener uno. Solo puedo pensar en cómo se sintieron sus labios suaves sobre los míos en aquel ascensor.

6

Mina

Estoy en el ático de Nathaniel Creed, intentando no parecer impresionada. El espacio es exactamente lo que esperaría de él: elegante, moderno e impecablemente diseñado, con enormes ventanales que muestran una vista impresionante de la ciudad. Como el hombre mismo, es deslumbrante pero mantiene las distancias.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto, forzándome a centrarme en el motivo profesional de mi visita.

Nathaniel me mira fijamente un momento de más, y el calor me sube por el cuello. De pronto me doy cuenta de que llevo mi ropa de fin de semana: vaqueros y un jersey verde que me puse corriendo tras su llamada urgente. Nada que ver con la imagen impecable de Directora de Eventos que proyecto en la oficina.

—Déjame enseñarte a qué nos enfrentamos —dice finalmente, y me lleva a una mesa de comedor ya cubierta de papeles. Hay un portátil abierto con el correo de la Fundación Henderson en pantalla.

Leo el mensaje por encima y se me revuelve el orgullo profesional.

—¿La gala del Museo Metropolitano? ¿En serio? Nuestro programa educativo tiene diez veces más impacto que su estúpida subasta de arte.

—Política —dice Nathaniel, escupiendo la palabra—. La esposa de Henderson está en la junta del Met. Por lo visto, decidió que su «capital social» rendiría más allí.

Me aguanto las ganas de poner los ojos en blanco.

—¿Puedo? —Señalo el portátil.

Asiente y me siento, recorriendo el hilo de correos. La temperatura de la habitación parece subir cuando se inclina sobre mi hombro, tan cerca que noto el calor de su cuerpo, que huelo esa colonia embriagadora que me persigue desde nuestro primer encuentro.

Concéntrate, Mina.

—Están usando la exclusividad del Met como baza —digo, pensando en voz alta—. Pero lo que de verdad les importa es la visibilidad y el reconocimiento.

Nathaniel se aleja para servir dos copas de vino tinto.

—Continúa.

Acepto la copa que me ofrece y nuestros dedos se rozan. El contacto me recorre el brazo como una descarga eléctrica, pero me obligo a ignorarla.

—¿Y si les ofrecemos que pongan su nombre en exclusiva a uno de los elementos estrella de la gala? —sugiero—. La exposición interactiva con historias de éxito... podríamos llamarla el Muro del Legado de la Fundación Henderson.

Nathaniel da un sorbo al vino.

—Es brillante. Que sientan que reciben un trato especial sin tocar el presupuesto.

—Exacto. Se lo presentamos como una oportunidad que les ofrecemos a ellos primero, antes de contactar con otros patrocinadores —saco el portátil del bolso y abro un documento—. Redactaré una propuesta destacando que así tendrán más protagonismo que siendo uno más entre los patrocinadores del Met.

—¿Crees que aceptarán?

—¿Sinceramente? Sí. A los ricos les encanta ver su nombre en todas partes, sobre todo si es en exclusiva.

Se le escapa una media sonrisa.

—¿Hablas por experiencia?

—Cinco años organizando eventos para ricos y poderosos. Créeme, el ego es un motivador muy potente —doy un sorbo al vino y el sabor intenso me calienta por dentro—. Está buenísimo.

—Château Margaux —dice, ya concentrado en el archivo de Henderson.

Cómo no.

Trabajamos codo con codo durante la hora siguiente, puliendo la propuesta. Me sorprende lo bien que colaboramos, cómo la tensión entre nosotros se transforma en energía productiva. Nathaniel es muy agudo: capta las ideas antes de que termine de formularlas. Entiendo por qué ha levantado una empresa tan exitosa: su mente funciona a otra velocidad.

—Se te da bien esto —dice mientras doy los últimos retoques a la propuesta.

—Por eso me contrataste.

—Te contraté porque no me soltaste gilipolleces en la entrevista —se recuesta en la silla y me observa por encima de la copa—. La mayoría de la gente me dice lo que cree que quiero oír.

—¿Y qué tal les funciona? —pregunto con una leve sonrisa.

—Ni de lejos tan bien como a ti —sus ojos azules se clavan en los míos, y ahí está otra vez: esa atracción entre nosotros.

Aparto la mirada primero y mando la propuesta a su impresora inalámbrica.

—Deberíamos llamar a Henderson esta noche. No darle tiempo a comprometerse con el Met.

Nathaniel consulta el reloj, discreto pero sin duda carísimo.

—Son casi las diez. ¿Demasiado tarde para llamar?

—¿Para un patrocinio de un millón de dólares? Nunca es demasiado tarde.

Sonríe, una sonrisa de verdad que le transforma el rostro de intimidante a devastadoramente guapo.

—Por eso te llamé a ti en vez de ocuparme yo solo.

—¿Porque no tengo vergüenza a la hora de conseguir lo que quiero en el trabajo?

—Porque entiendes a la gente. Lo que la motiva —coge el teléfono —. Lo pongo en altavoz.

Tres tonos y responde una voz ronca.

—¿Creed? Es sábado por la noche. Más te vale que sea importante.

—Hola a ti también, Richard —dice Nathaniel con calma—. Estoy con Mina Monroe, nuestra Directora de Eventos. Hemos revisado tu correo sobre redirigir el patrocinio.

—Mira, Creed, Marianne está empeñada con lo del Met. Ya sabes cómo son las mujeres.

Cruzo la mirada con Nathaniel y vocalizo «ego» sin emitir sonido, luego le hago un gesto para que siga.

—Precisamente por eso llamamos, Richard. Hemos preparado algo especial que queríamos ofrecerte primero a ti. El Muro del Legado va a ser la pieza central de la gala, y pensamos en ti para que lleve vuestro nombre en exclusiva.

—¿En exclusiva? El Met va a poner nuestro nombre en un cóctel —Henderson suena intrigado, aunque intenta disimularlo.

—Esto es mucho más importante —intervengo—. El Muro del Legado de la Fundación Henderson mostrará exposiciones interactivas con historias de éxito: jóvenes de acogida que han recibido becas educativas. Es un reconocimiento permanente del impacto de su fundación, no una simple mención de una noche.

—¿Permanente? ¿Qué quieres decir?

—Los archivos digitales de la exposición quedarán alojados en la web de la fundación y se incluirán en todos los materiales de prensa —explico—. Además, estamos preparando cobertura mediática centrada en los patrocinadores clave. Su filantropía merece algo más que una nota al pie en una subasta de arte, ¿no cree?

Hay una pausa.

—Envíeme los detalles. Lo comentaré con Marianne.

—Tendrá la propuesta en su bandeja de entrada en cinco minutos —dice Nathaniel—. Pero necesitamos su respuesta esta noche. Hay otros interesados en los derechos de patrocinio si prefiere seguir con el Met.

Crear sensación de urgencia: técnica de ventas clásica. Estoy impresionada.

—¿Esta noche? Son casi…

—Richard —interrumpe Nathaniel, con voz cálida pero firme—. Esto es personal para mí. Usted conoce mi historia. Estos chicos

necesitan defensores como usted, que entiendan el valor de la educación. El Met siempre tendrá donantes. Estos chicos solo nos tienen a nosotros.

Otra pausa, más larga esta vez.

—Envíe la propuesta.

La llamada termina y Nathaniel me mira con algo parecido a admiración.

—Ha sido perfecto.

—Hacemos buen equipo —digo, intentando ignorar cómo se me acelera el pulso cuando me mira así.

—Así es —coincide, y el aire entre nosotros cambia, se carga de algo que va más allá del éxito profesional.

Rompo el momento poniéndome de pie.

—Enviaré la propuesta ahora.

Me hormiguean las yemas de los dedos mientras escribo, muy consciente de que Nathaniel se mueve por el apartamento a mis espaldas. Después de enviar el correo, me acerco a las ventanas y contemplo la ciudad que se extiende abajo.

—Qué vista tan bonita —digo, más que nada para llenar el silencio.

—Ayuda a tener perspectiva —se acerca a la ventana y se coloca tan cerca que nuestros brazos casi se rozan—. Desde aquí arriba, todo

parece manejable.

—¿Por eso vive tan alto? ¿Para sentirse en control?

Me mira, sorprendido.

—Eso es… perspicaz.

—Es mi trabajo leer a las personas —digo, aunque ambos sabemos que esta conversación no tiene nada que ver con el trabajo.

—¿Qué más lees en mí, Mina? —su voz se vuelve más grave, íntima, y siento un revoloteo en el estómago.

La parte profesional de mi cerebro grita advertencias: es mi jefe, esto es territorio peligroso. Pero aquí, bajo esta luz tenue, con la ciudad resplandeciente a nuestros pies, esas preocupaciones parecen lejanas.

—Veo a alguien que construyó un imperio para demostrarle algo al mundo —digo en voz baja—. Alguien que se rodea de cosas hermosas pero las mantiene a distancia. Alguien que teme dejar que la gente se acerque demasiado.

Se le tensa la mandíbula.

—Eso suena a psicoanálisis, no a planificación de eventos.

—Usted preguntó.

Nos quedamos en silencio, con las luces de la ciudad titilantes bajo nosotros. La tensión entre los dos es palpable.

—Sobre lo que pasó en el ascensor —comienza.

—No necesitamos hablar de ello —le recuerdo.

—Creo que sí —se gira para mirarme de frente—. He intentado fingir que no pasó, y tú también. Pero no funciona, ¿verdad?

Se me seca la garganta.

—No.

—Juré que no volvería a hacer esto después de Victoria. Mezclar los negocios y… asuntos personales.

—Lo entiendo —digo, aunque la decepción me invade—. No es profesional.

—No es solo eso —sus ojos buscan los míos—. La junta me está vigilando de cerca después del escándalo. Y tú… tienes ambiciones profesionales que podrían complicarse por… esto.

—¿Esto? —repito. Necesito que defina la electricidad que hay entre nosotros.

—Esta atracción —su voz es más áspera ahora—. La he sentido desde que entraste en mi oficina ese primer día. ¿Tú no?

—Sí —admito, la confesión apenas audible.

Su teléfono suena y destroza el momento. Mira la pantalla.

—Es Henderson.

Respiro hondo y me obligo a volver al modo profesional.

—Conteste.

Nathaniel pone la llamada en altavoz.

—Richard, ha sido rápido.

—Aceptamos —dice Henderson sin preámbulos—. A Marianne le encanta el concepto del Muro del Legado. Dice que tiene más sustancia que lo del Met. Envíe el contrato revisado el lunes.

El alivio me invade.

—Son noticias maravillosas, señor Henderson —digo—. Estamos encantados de seguir contando con su apoyo.

—Bueno, Creed, su nueva directora de eventos es persuasiva. Tengo ganas de ver lo que preparan ustedes dos.

Cuando termina la llamada, Nathaniel y yo intercambiamos una mirada triunfal. Sin pensar, le echo los brazos al cuello para celebrar. Se pone rígido un momento, pero enseguida me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia su pecho firme.

El abrazo debería ser inocente, una celebración profesional, pero ambos nos quedamos inmóviles, de pronto conscientes de lo bien que encajan nuestros cuerpos. Debería apartarme. Sé que debería. Pero su calor me envuelve, tengo las manos apoyadas en los músculos firmes de su espalda y no consigo obligarme a moverme.

—Mina —susurra, mi nombre una pregunta y una advertencia.

Lo miro, y lo que ve en mis ojos hace que pierda el control. Su boca se estrella contra la mía, hambrienta y exigente como no lo fue nuestro beso en el ascensor. Esto no es tentativo ni vacilante: es posesivo, decisivo.

Le devuelvo el beso con igual fervor y me abro a él de inmediato. Una de sus manos se enreda en mi pelo mientras la otra presiona mi espalda baja y elimina cualquier espacio entre nosotros. Siento cada plano duro de su cuerpo contra el mío, incluida la prueba inequívoca de cuánto me desea.

Parte de mí sabe que esto es un error. Un error que podría destruir mi carrera. Pero con su lengua contra la mía y sus manos sujetándome como si temiera que fuera a desaparecer, no consigo que me importe.

Rompe el beso para deslizar los labios por mi cuello y jadeo ante la sensación.

—No deberíamos —consigo decir, aunque mis manos ya se deslizan bajo su camisa en busca de piel.

—Lo sé —asiente, pero sus dientes rozan mi lóbulo y un escalofrío me recorre la espalda—. Dime que no me deseas, Mina.

Pero no puedo. O no quiero. Atraigo su boca de vuelta a la mía y vuelco en el beso toda la atracción contenida de las últimas semanas. Sus manos se vuelven más atrevidas, se deslizan bajo mi jersey y recorren la piel desnuda de mi espalda.

Vamos demasiado rápido, ambos arrastrados por la corriente que nos ha estado atrayendo desde aquel primer encuentro. Mañana tendremos que afrontar las consecuencias, descubrir qué significa

esto para nuestra relación profesional. Pero esta noche, en este momento, lo único que importa es la sensación de las manos de Nathaniel sobre mi piel y la promesa de adónde podrían ir después.

Se aparta ligeramente, con la respiración entrecortada, los ojos oscuros de deseo.

—¿La habitación?

Es una sola palabra, pero es un umbral. Una línea que, una vez cruzada, no tiene vuelta atrás. Esto podría complicar mi carrera, mis ambiciones, mis planes tan meticulosamente diseñados.

Pero cuando miro a Nathaniel —que en este momento no es mi jefe, sino un hombre que me ve, me desafía, me desea— sé cuál es mi respuesta.

—Sí.

7

Nathaniel

He tomado muchas decisiones calculadas en mi vida. He construido un imperio gracias a mi capacidad para evaluar riesgos y recompensas. Pero guiar a Mina hacia mi dormitorio no es algo calculado: es puro instinto, impulsado por una necesidad que llevo combatiendo desde que pisó mi oficina por primera vez.

Su mano parece pequeña en la mía, pero su agarre es firme. No hay vacilación en sus pasos mientras me sigue por el pasillo en penumbra. La seguridad en sus ojos verdes cuando dijo «sí» casi acabó conmigo ahí mismo.

Abro la puerta de mi dormitorio, un espacio en el que nadie ha entrado en casi un año. No desde Victoria. El recuerdo de mi ex cruza mi mente un instante, pero se desvanece en cuanto Mina entra. No tiene nada que ver con Victoria. No se parece en nada a ella.

La luz de la luna se filtra por los ventanales que van del suelo al techo, bañando a Mina en un resplandor plateado mientras se gira

para mirarme. Por un momento, nos miramos sin más, con el peso de nuestra decisión flotando en el aire.

—Todavía podemos parar —digo, aunque me mataría alejarme ahora.

Por toda respuesta, agarra el dobladillo de su jersey y se lo quita de un solo movimiento. Se queda frente a mí en sujetador de encaje negro, la piel reluciente bajo la luz de la luna, el cabello oscuro derramándose sobre sus hombros.

—No quiero parar —dice, y el último hilo de mi autocontrol se quiebra.

Cruzo la distancia entre nosotros en dos zancadas y atrapo su boca con la mía mientras mis manos exploran la piel recién descubierta. Es suave y cálida, responde a cada caricia. Sus dedos desabotonan mi camisa con rapidez y apartan la tela de mis hombros con una urgencia que iguala la mía.

Cuando sus palmas se posan en mi pecho desnudo, tengo que reprimir un gemido. Ha pasado demasiado tiempo desde que alguien me tocó así, con deseo, no con cálculo. Los ojos de Mina son claros, sus intenciones transparentes. Pase lo que pase entre nosotros, sé que no busca mi dinero ni mi poder. Solo eso ya es embriagador.

La guío hacia atrás hasta que sus piernas chocan con el borde de mi cama. Se deja caer en ella y me mira con esos ojos verdes que llevan semanas atormentándome. Me tomo un momento para contemplarla de verdad: la curva de su cintura, la redondez de sus pechos sobre el encaje negro, el rubor que se extiende por su pecho.

—Eres preciosa —le digo, porque es verdad y porque necesito que sepa que la veo, que la veo de verdad.

Alarga la mano hacia mí y tira de mí hasta que quedo suspendido sobre ella.

—Gracias —susurra contra mis labios, antes de besarme con intensidad.

Trazo besos por su cuello, sobre su clavícula, más abajo aún hasta alcanzar el borde de su sujetador. Alzo la mirada para pedir permiso, que ella concede con un asentimiento, y desabrocho el cierre para exponer sus pechos a mi mirada hambrienta.

—Nathaniel —jadea mientras mi boca se cierra sobre un pezón erguido. Su espalda se arquea y se aprieta con más fuerza contra mí.

Sus manos recorren mi espalda, mis hombros, hasta llegar a la cintura de mis vaqueros. Cuando sus dedos rozan mi erección a través de la tela, tengo que detenerme: la sensación es casi demasiado intensa.

—¿Demasiado? —pregunta, con una sonrisa asomando en sus labios.

—Justo lo necesario —la corrijo, y atrapo esa sonrisa con otro beso.

Nos quitamos el resto de la ropa con impaciencia creciente. Cuando ambos estamos desnudos, me detengo el tiempo justo para grabar su imagen en mi memoria.

Está desparramada en mi cama como si fuera suya, las piernas ligeramente abiertas, los ojos clavados en los míos. Un puto sueño con la piel sonrojada, los labios hinchados y un cuerpo que suplica que lo toquen.

Me coloco entre sus muslos sin decir palabra. El calor de su coño contra mi estómago mientras voy bajando a besos es casi suficiente para destrozarme, pero no me detengo. Quiero saborearla.

Le agarro los muslos y la abro. Bajo la cara hasta que mi boca queda sobre ella. Está húmeda, caliente y dulce: el tipo de sabor que te golpea el cerebro como una droga. Paso la lengua por su hendidura, lenta y firme, luego presiono con más fuerza y la trabajo con largas pasadas. Su respiración se entrecorta y se arquea hacia mí, ya sin control.

Le succiono el clítoris y giro la lengua alrededor hasta que gime, sonidos crudos y agudos que van directos a mi polla. No cedo. La como como si fuera lo único que he querido en la vida. Sucio, concentrado, implacable.

Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, su coño me agarra: apretado, empapado, contrayéndose como si no quisiera soltarme. Los curvo en lo más hondo y doy con el punto que la hace gritar. Y grita, fuerte, sin vergüenza, con los muslos cerrados alrededor de mi cabeza mientras se restriega contra mi cara.

Se corre con fuerza, temblando y empapada, cabalgando cada ola mientras la sostengo ahí y sigo saboreándola como si fuera mía. Y lo es. Ahora mismo, en esta cama, con mi boca sobre ella y su dulce coño goteando para mí, joder que lo es.

—Nathaniel, por favor —suplica al fin, tirando de mis hombros—. Te necesito. Ahora.

Subo de nuevo por su cuerpo y me coloco en su entrada. Nuestros ojos se encuentran mientras empujo dentro; ambos jadeamos ante la sensación. Está apretada y perfecta alrededor de mí, y sus piernas me rodean la cintura para atraerme más adentro.

—Dios, Mina —jadeo contra su cuello, luchando por mantener el control mientras su calor me envuelve por completo.

Empiezo a moverme, despacio al principio, saboreando cada embestida y cada retirada. Sus manos se aferran a mi espalda; las uñas se me clavan ligeramente cuando doy con un punto que la hace gemir. El sonido es adictivo: quiero escucharlo una y otra vez.

Encontramos nuestro ritmo enseguida, como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos para este baile. Observo su cara mientras el placer se acumula y memorizo cada expresión, cada jadeo.

—Más rápido —me insta, y obedezco, acelero el ritmo. El control del que me enorgullezco se me escapa, pero no me importa. Con Mina, no necesito ser el CEO sereno, el estratega calculador. Puedo ser simplemente un hombre que desea a una mujer que también lo desea.

Siento que empieza a apretarse alrededor de mí. Cambio el ángulo ligeramente, penetro más hondo, y mi recompensa es un grito de placer.

—Eso es —la animo, cada vez más cerca del borde—. Déjate llevar, Mina.

Su orgasmo, cuando llega, es hermoso de contemplar. Su cabeza cae hacia atrás, los labios entreabiertos, el cuerpo en tensión mientras olas de placer la recorren. Verla y sentirla deshacerse desencadena

mi propio clímax, una liberación ardiente que me arranca un gemido de lo más profundo del pecho.

Durante varios momentos, yacemos enredados, recuperando el aliento. La realidad debería irrumpir de golpe —preocupaciones sobre lo que esto significa para nuestra relación laboral, las posibles consecuencias—, pero lo único que siento es una profunda sensación de que esto está bien.

Finalmente, salgo de ella a regañadientes y la atraigo hacia mí. Ella se acerca sin resistencia, apoyando la cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo, ninguno de los dos habla todavía, ambos asimilando lo que acaba de suceder.

—Bueno —dice finalmente, dibujando círculos en mi pecho con la yema del dedo—. Joder. Ni siquiera sé qué decir.

—Yo tampoco —admito, sin encontrar las palabras adecuadas.

Se incorpora apoyándose en un codo para mirarme, con expresión repentinamente seria.

—¿Y ahora qué?

Es la pregunta que he estado evitando, la que nos obliga a volver al mundo real donde yo soy su jefe y ella mi empleada, donde hay miembros del consejo e implicaciones empresariales y normas profesionales que tener en cuenta.

—No lo sé —admito—. Esto complica las cosas.

—Menudo eufemismo —dice con una leve sonrisa que no le alcanza los ojos.

Me incorporo y me apoyo en el cabecero.

—Iba en serio antes. Me juré que no volvería a liarme con una empleada después de lo de Victoria.

—Y sin embargo, aquí estamos —dice, señalando nuestros cuerpos desnudos.

—Aquí estamos —asiento—. No me arrepiento, Mina. ¿Tú sí?

Se lo piensa, y eso me gusta. Mina no da respuestas fáciles solo para complacerme; es una de las cosas que admiro de ella.

—No —dice al fin—. Pero sí me preocupa lo que significa para mi trabajo. Para la gala. Para mi futuro en Creed Enterprises.

—En lo profesional, nada cambia —digo con firmeza—. Sigues siendo la directora de Eventos. Sigues siendo excelente en tu trabajo. Esto no afecta a eso.

—¿Seguro? —se incorpora también, llevándose la sábana consigo—. ¿No crees que la gente notará que hay algo distinto entre nosotros? ¿No crees que hablarán?

Tiene razón, por supuesto. La gente lo notará. Hablarán. El consejo cuestionará mi criterio.

—Podríamos mantenerlo en secreto —sugiero, aunque sé, incluso mientras lo digo, que no es una solución real.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta la gala? ¿Y después qué? —se pasa una mano por el pelo revuelto—. Tengo planes, Nathaniel. Metas. No

puedo permitirme que me vean como la novia del jefe en lugar de como una profesional competente.

La palabra «novia» flota entre nosotros. ¿Es eso lo que sería?

—¿Qué quieres, Mina? —pregunto sin rodeos—. Porque si quieres fingir que esto nunca pasó, salir por esa puerta y volver a ser estrictamente profesionales el lunes, podemos intentarlo.

Su expresión titubea.

—¿Es eso lo que tú quieres?

—No —admito, tomándole la mano—. Lo que quiero es seguir con esto, estar contigo, mientras trabajamos juntos. Quiero ver adónde nos lleva sin sacrificar ni la relación profesional que hemos construido ni... lo que sea que esté surgiendo entre nosotros.

—Eso es pedir mucho.

—Lo sé —le llevo la mano a los labios y le beso la palma—. Pero creo que ambos somos capaces de separar las cosas. Ser profesionales en el trabajo, ser... esto... fuera de él.

Se queda callada un buen rato, pensándolo.

—Necesitaríamos reglas.

Claro que lo enfocaría de forma estratégica. Es una de las cosas que admiro de ella.

—¿Como cuáles?

—Profesionalidad absoluta en el trabajo. Nadie puede saberlo: ni tu hermana ni James, ni mi amiga Eliza, ni un alma hasta que sepamos qué es esto —va contando con los dedos—. Ningún trato preferencial. Evalúas mi trabajo con objetividad, y yo no uso esto para sacar ventaja.

—De acuerdo —no esperaría menos de ella.

—Y somos exclusivos —añade, con un leve deje de vulnerabilidad en la voz—. Si vamos a arriesgar nuestras reputaciones profesionales, no es por algo pasajero.

—Absolutamente exclusivos —acepto de inmediato; solo pensar en ella con otro ya me resulta intolerable.

Me escudriña el rostro, al parecer satisfecha con lo que ve.

—Vale. Lo intentamos. Con cuidado. Con discreción.

El alivio me inunda.

—Lo intentamos —repito, atrayéndola de nuevo hacia mis brazos.

Se deja llevar y se acomoda de nuevo contra mi pecho.

—Probablemente estamos locos —murmura.

—Probablemente —asiento, besándole la coronilla—. Pero no me había sentido tan... vivo... en mucho tiempo.

Me abraza con más fuerza en silenciosa conformidad. Nos quedamos así, con las luces de la ciudad titilando tras las ventanas, ambos

conscientes de que acabamos de cambiarlo todo y ambos decidiendo aplazar cualquier otra conversación en favor de este momento de paz.

Al cabo de un rato, su respiración se vuelve más pausada, y me doy cuenta de que se está quedando dormida. Debería despertarla, sugerirle que se vaya a casa para guardar las apariencias. Pero la parte egoísta de mí quiere que se quede, quiere despertar con ella en mis brazos.

Así que la dejo dormir, observando cómo se le relajan los rasgos, memorizando cómo sus pestañas oscuras le acarician las mejillas. Mañana tendremos que volver a ser estratégicos. Tendremos que sopesar implicaciones, apariencias y límites profesionales.

Pero esta noche me permito este único capricho: Mina Monroe, en mi cama, en mis brazos, exactamente donde la he querido desde que entró por primera vez en mi despacho y puso en entredicho todas mis ideas preconcebidas con esa mirada verde tan directa.

Pase lo que pase, sean cuales sean las complicaciones que acabamos de crear, no puedo arrepentirme.

8

Mina

Me despierto en un entorno desconocido: un dormitorio más grande que todo mi apartamento, con la luz del sol entrando a raudales por unas ventanas que ofrecen una vista panorámica de la ciudad. Por un momento estoy desorientada, pero entonces los acontecimientos de anoche vuelven a mi mente de golpe al notar el peso de un brazo alrededor de mi cintura, el calor de un cuerpo contra mi espalda.

Me quedo mirando el techo, repasando cada momento. Dios, fue increíble. Pero también imprudente. ¿Y ahora qué? ¿Qué he hecho?

Nathaniel. Mi jefe. El hombre con el que acabo de pasar la noche.

Oh, Dios.

Permanezco completamente inmóvil, escuchando su respiración profunda y acompasada. Todavía está dormido, lo que me da tiempo para procesar la magnitud de lo que hemos hecho. Los límites profesionales que siempre he mantenido, hechos añicos en una noche de sexo increíble y alucinante.

Sin arrepentimientos, me recuerdo. Acordamos eso. Pero a la dura luz de la mañana, las preocupaciones que aparté anoche cobran más peso. ¿Y si alguien de la oficina me vio venir aquí? ¿Y si esto cambia cómo me ve Nathaniel en lo profesional? ¿Y si la junta directiva se entera?

¿Y si esto arruina todo por lo que he trabajado?

—Puedo oírte darle vueltas a todo —murmura Nathaniel con voz ronca de sueño contra mi oído, mientras su brazo se aprieta alrededor de mí—. Buenos días.

Me giro para mirarlo, sorprendida por lo diferente que se ve con el pelo revuelto por el sueño, la barba incipiente que le oscurece la mandíbula. Más humano. Menos el intimidante CEO.

—Buenos días —respondo, de repente tímida a pesar de nuestra intimidad de anoche—. ¿Qué hora es?

Echa un vistazo al reloj de la mesita de noche.

—Poco después de las siete.

—En domingo —aclaro, con alivio—. Al menos no tengo que correr a la oficina y enfrentarme a los compañeros con la ropa de ayer.

—No tienes que estar en ningún sitio, ¿verdad? —confirma, mientras su mano traza círculos perezosos en mi hombro desnudo.

—No —me permito relajarme un poco y me hundo en el cómodo colchón—. ¿Tú?

—Cena en casa de mi hermana esta noche. Por lo demás, tengo el día libre —sus ojos azules se encuentran con los míos, con una pregunta clara en ellos.

«Quiere que me quede».

Parte de mí —la parte cautelosa, la que prioriza mi carrera— sabe que debería irme ahora, poner algo de distancia, procesar lo que pasó. Pero otra parte, la que todavía vibra con el recuerdo de sus caricias, quiere quedarse aquí en esta burbuja donde solo somos un hombre y una mujer que se atraen, no jefe y empleada.

—Probablemente debería irme a casa en algún momento —digo, sin comprometerme.

Su expresión se cierra ligeramente.

—Por supuesto. Cuando quieras.

Alargo la mano y le toco la cara, notando la barba áspera bajo mis dedos.

—No he dicho ahora.

Su sonrisa regresa e ilumina sus rasgos de una manera que rara vez veo en la oficina. Se inclina hacia delante y posa sus labios sobre los míos en un beso más suave que los de anoche, pero igual de intenso.

—¿Desayuno? —ofrece cuando nos separamos—. Hago una tortilla decente.

La imagen de Nathaniel Creed preparando el desayuno en su cocina resulta extrañamente atractiva.

—Me gustaría.

Me besa una vez más antes de salir de la cama, completamente cómodo con su desnudez. Me permito apreciar la vista: hombros anchos, cintura estrecha, muslos musculosos y un trasero perfecto que anoche me moría por agarrar. Saca un par de bóxers y una camiseta de un cajón de la cómoda, se los pone y luego me mira.

—El baño está por ahí si quieres ducharte —dice, señalando una puerta en la pared del fondo—. Debería haber cepillos de dientes de repuesto en el cajón.

—Gracias.

Espero a que salga de la habitación antes de levantarme, ahora mucho más consciente de mi desnudez que en el calor de la pasión.

El baño es lujoso, como era de esperar: todo mármol y cristal, con una ducha en la que cabrían cuatro personas. Hago mis necesidades, encuentro un cepillo de dientes nuevo como prometió y decido aceptar su oferta de ducharme.

El agua caliente es una delicia, y me permito unos minutos simplemente de pie bajo el chorro, asimilándolo todo. He cruzado una línea que nunca pensé que cruzaría: acostarme con mi jefe. Pero Nathaniel no es un jefe cualquiera, y esto no parece una aventura de oficina típica.

Hay algo entre nosotros que trasciende la atracción física. Una conexión que no he sentido con nadie. La forma en que nos

desafiamos, en que desarrollamos las ideas del otro, en que nos empujamos a ser mejores... es embriagadora de una manera que va más allá de su físico y su dinero.

Pero ¿vale la pena arriesgar mi carrera? ¿Mis planes de futuro? Las preguntas dan vueltas mientras me lavo el pelo con su champú caro.

Limpia y algo más serena, salgo de la ducha y descubro que ha dejado ropa en la encimera del baño: una camiseta gris suave y unos pantalones de chándal con cordón en la cintura. Me quedarán enormes, pero es mejor que volver a ponerme la ropa de ayer.

Enrollo las perneras del pantalón y aprieto bien la cintura antes de dirigirme a la cocina, guiada por el aroma del café y el sonido de música suave que sale de altavoces ocultos. Nathaniel está junto a los fogones, batiendo huevos en un bol.

—¿Mejor? —pregunta, alzando la vista cuando entro.

—Mucho mejor. Gracias por la ropa.

—Te queda bien —dice con una sonrisa que me revuelve el estómago—. ¿Café?

Señala una taza ya llena que me espera en la encimera. Solo, como me gusta. Se ha fijado en ese detalle.

—Perfecto —doy un sorbo y me acomodo en un taburete de la isla de la cocina para verlo cocinar—. Tengo que admitir que no te imaginaba preparándote el desayuno.

—¿Qué te imaginabas?

—¿Chef personal? ¿Servicio de entrega de comidas? No lo sé.

Se encoge de hombros mientras vierte los huevos batidos en una sartén.

—Vivo solo. Parece ineficiente contratar a alguien solo para el desayuno.

—Eficiencia. Muy de CEO —bromeo.

Me mira con ojos divertidos.

—Tengo una asistenta que viene tres veces por semana. Y sí, pido comida a domicilio para cenar la mayoría de las noches. Pero el desayuno me lo puedo hacer yo.

Lo observo moverse con soltura por la cocina mientras añade queso y verduras a la tortilla. Hay algo íntimo en este vistazo a su vida privada, más incluso que nuestra intimidad física de anoche.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Cocinas?

—Puedo seguir una receta cuando estoy motivada. Pero mi cocina es del tamaño de tu ducha, así que las comidas elaboradas quedan descartadas.

Desliza una tortilla perfectamente doblada en un plato y lo coloca frente a mí, luego empieza a preparar otra para él. Tiene una pinta y un olor deliciosos.

—Está buena —digo después de dar un bocado—. Muy buena. Talentos ocultos, señor Creed.

—Contengo multitudes, señorita Monroe —se sienta conmigo en la isla con su plato—. Bueno, sobre lo de anoche...

Ya está. La conversación del día después, la que teníamos que tener pero que tanto temía.

—Ya tenemos un acuerdo —digo, con la vista fija en mi plato—. Profesionales en el trabajo, discretos fuera de él.

—Hablaba en serio —afirma—. Pero quiero dejar clara una cosa: esto no es solo físico para mí, Mina.

Levanto la vista y me encuentro con su intensa mirada.

—Para mí tampoco.

—Bien —alarga la mano por encima de la isla para coger la mía—. Porque hablaba en serio cuando dije que quiero ver adónde nos lleva esto. No me interesa algo casual ni pasajero.

La declaración debería aterrarme. En cambio, siento una calidez que se extiende por mi pecho.

—A mí tampoco.

Terminamos el desayuno, ambos asimilando la importancia de lo que acabamos de reconocer. Esto no es una aventura de una noche. Es el comienzo de algo: algo complicado y potencialmente arriesgado, pero también potencialmente maravilloso.

Después de fregar los platos juntos, pasamos a su salón y nos acomodamos en el sofá con café recién hecho. Recojo las piernas

debajo de mí, cómoda con su ropa, que me queda enorme.

—Cuéntame algo de ti que no esté en tu currículum —dice, con el brazo extendido sobre el respaldo del sofá, detrás de mí.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Algo que la mayoría de la gente no sepa.

Me lo pienso.

—Casi me hice bailarina. Ballet. Iba en serio hasta los dieciséis.

Arquea las cejas, sorprendido.

—¿Qué pasó?

—La realidad —me encojo de hombros—. Era buena, pero no excepcional. Mi profesora se sentó conmigo y me dijo la cruda verdad sobre mis perspectivas. En su momento fue devastador, pero ahora le agradezco su honestidad.

—Eso explica tu forma de moverte —dice pensativo.

—¿A qué te refieres?

—Tienes una... gracia. Precisión. Lo noté aquel primer día en mi despacho.

La observación me pilla desprevenida.

—¿Y tú? ¿Qué no aparece en tu biografía oficial?

Se queda callado un momento.

—Solía escribir. Poesía, sobre todo. Cosas horribles, pero me ayudaron a superar algunos de los hogares de acogida más duros.

Intento imaginar a Nathaniel adolescente, garabateando poemas en cuadernos, y se me encoge un poco el corazón.

—¿Todavía escribes?

—No. Hace años que no —parece casi avergonzado de haberlo confesado—. Te toca. ¿Primera relación?

Pasamos la hora siguiente intercambiando historias y preguntas, conociéndonos de formas que no tienen nada que ver con el trabajo. Su color favorito (verde oscuro, como mis ojos, dice). Mi sueño de niña de tener un caballo. Su amor secreto por las películas antiguas en blanco y negro. Mi voz espantosa para cantar, que hizo que me echaran del coro en cuarto de primaria.

Es fácil, este juego de conocernos. Más fácil de lo que debería, teniendo en cuenta lo que somos el uno para el otro en lo profesional. Me descubro relajada, riendo más de lo que he reído en meses.

Cuando su móvil vibra con un mensaje, la intrusión del mundo exterior resulta chocante. Lo mira frunciendo el ceño.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Solo James, preguntando por el asunto Henderson —teclea una respuesta rápida—. Le he dicho que lo solucionamos.

La mención del trabajo me devuelve de golpe a la realidad.

—Probablemente debería irme —digo a regañadientes—. Tengo que poner lavadoras, hacer recados...

Asiente, aunque capto un destello de decepción en sus ojos.

—Claro. Te acompaño al coche.

—No hace falta que...

—Quiero —dice, y ya se mueve para coger mi bolso—. A no ser que prefieras ir sola.

Niego con la cabeza. La idea de poner aunque sea unos metros más entre nosotros ahora mismo me resulta imposible.

Me cambio y me pongo la ropa de ayer, doblando la prestada con cuidado sobre su cama. Me duele el cuerpo de la mejor manera posible: un dolor bajo y pulsante entre los muslos, un recordatorio sordo y delicioso de todo lo que acaba de hacerme. Todavía siento su boca sobre mí, sus dedos dentro de mí. Cada paso aviva el recuerdo, lo hunde más en mi piel.

Cuando salgo del dormitorio, me espera junto a la puerta, llaves en mano, la mirada tierna siguiendo cada uno de mis movimientos. Bajamos en el ascensor en silencio, pero no es un silencio incómodo, solo cargado de todo lo que no decimos.

Me acompaña hasta mi coche y abre la puerta del conductor como un caballero, pero hay calor en la forma en que me mira. Un hambre que sigue intacta.

Me vuelvo hacia él, con el corazón desbocado.

—Gracias otra vez... por todo.

Levanta una mano hacia mi rostro y me acaricia la mandíbula con los dedos.

—Te veo mañana. En la oficina.

—Cierto. Donde somos totalmente profesionales.

—Completamente —murmura, aunque su mirada baja hasta mi boca.

Ni siquiera intento resistirme. Un último beso, me digo. Solo uno antes de irme.

Pero en el momento en que nuestros labios se tocan, explota: ardiente, profundo, hambriento. Su mano se enreda en mi pelo y me aprieto contra él como si me muriera por más, aferrándome a su pecho. Mi cuerpo se enciende de nuevo, como si ya hubiera olvidado cómo me dejó de deshecha. Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos entrecortadamente.

—Esto no va a ser fácil —susurro.

—No. Pero nada que valga la pena lo es nunca —me acaricia la mejilla con el pulgar—. Vete. Antes de que mande al diablo las

consecuencias y te lleve de vuelta arriba.

Sonrío, temblorosa pero segura, y le aprieto la mano.

—Hasta mañana, señor Creed.

—Hasta mañana, señorita Monroe —dice con voz grave y cargada de promesas.

Me deslizo en el asiento del conductor, con el pulso aún acelerado, las piernas doloridas de un modo que me hace sonrojar mientras me acomodo. Él cierra la puerta, rozando el marco con los dedos, y retrocede cuando arranco.

El trayecto a casa es silencioso. Mi cuerpo vibra con los últimos coletazos del placer; cada pequeño movimiento despierta ecos de lo que me hizo.

Solo he estado con un hombre antes, idas y venidas durante años, hasta que por fin lo dejé el año pasado. Incluso en los mejores momentos, aquello no fue nada parecido a esto. No tan profundo. No tan intenso. Nathaniel no solo me tocó. Me destrozó.

Ya no hay vuelta atrás.

9

Nathaniel

Clavo la mirada en las proyecciones trimestrales de mi escritorio, pero no consigo concentrarme. Han pasado tres días desde que Mina pasó la noche en mi casa, tres días manteniendo una fachada profesional en el trabajo mientras intercambiamos miradas ardientes cuando nadie nos ve. Tres días recordando cómo se sentía debajo de mí, a mi alrededor, los sonidos que hacía cuando se corría.

Suena el intercomunicador y me devuelve a la realidad.

—Señor Creed, la señorita Monroe está aquí con las actualizaciones del contrato del local.

—Que pase —respondo, con voz firme a pesar de que el pulso se me acelera de inmediato.

Mina entra con una falda lápiz gris ajustada y una blusa esmeralda que resalta sus ojos. Lleva el cabello recogido en un moño elegante, la viva imagen de la profesional consumada. Solo yo sé las marcas que mi boca dejó en la cara interna de sus muslos, ocultas bajo ese exterior recatado.

—El gerente del local por fin envió el contrato revisado —dice mientras cierra la puerta tras ella. Profesional. Correcta. Exactamente lo que acordamos.

—¿Algún problema? —pregunto al coger la carpeta que me tiende.

—Nada importante. Querían cobrar extra por ampliar el tiempo de montaje, pero lo negocié a la baja hasta dejarlo en la mitad de lo que pedían.

Asiento y hojeo el contrato, muy consciente de su aroma: algo ligero y cítrico que me recuerda a la mañana del domingo en mi cocina.

—Buen trabajo —digo mientras firmo donde ha colocado las pestañas adhesivas—. ¿Qué sigue en la agenda?

—El florista necesita la aprobación final de los diseños de los centros de mesa —dice. Saca la tableta y rodea mi escritorio para ponerse a mi lado—. Las he reducido a estas tres opciones.

Se inclina sobre mi hombro, tan cerca que siento el calor que irradia su cuerpo. La pantalla muestra elegantes arreglos florales, pero no consigo concentrarme. Solo puedo pensar en la curva de su cuello, tan cerca de mis labios.

—¿Qué opinas? —pregunta, y apenas un ligero temblor delata su voz.

Giro la cabeza para mirarla, nuestros rostros a centímetros de distancia.

—Creo que estamos fracasando estrepitosamente en lo de ser profesionales.

El rubor le sube por el cuello.

—Lo intento.

—Yo también —admito—. Pero solo pienso en volver a tenerte a solas.

Sus pupilas se dilatan ligeramente.

—Nathaniel...

—Lo sé. No aquí. No ahora —vuelvo la vista a la tableta y me obligo a concentrarme—. Me gusta el tercer diseño. Sencillo.

Asiente y toca la pantalla para marcar la selección.

—Confirmaré con el florista.

Hace ademán de retroceder, pero le sujeto la muñeca.

—Mina.

Se queda inmóvil, con la mirada fija en mi mano sobre su piel.

—¿Sí?

—¿Estás libre esta noche?

Sus ojos se encuentran con los míos y esa chispa de conexión se enciende entre nosotros.

—Sí.

—Bien —digo mientras le suelto la muñeca—. Tengo algo planeado.

—¿Algo planeado? —una pequeña sonrisa le asoma a los labios—. ¿Te importaría dar más detalles, señor Creed?

Me recuesto en la silla y disfruto viendo cómo la curiosidad le ilumina la expresión.

—Eso arruinaría la sorpresa, señorita Monroe.

Cruza los brazos.

—No me van mucho las sorpresas.

—Esta te gustará —prometo—. Ponte algo informal. Paso a recogerte a las ocho.

Levanta una ceja, desafío y emoción entremezclados en su mirada.

—Eres muy seguro de ti mismo.

—Lo soy —coincido sin apartar la mirada—. En cuanto a lo que quiero.

La tensión entre nosotros se espesa, eléctrica e innegable. Se humedece los labios y me sorprendo con la mirada fija en su boca, evocando su sabor, su calor.

—Nathaniel —dice en voz baja mientras da medio paso hacia mí—. No deberíamos...

Pero incluso mientras lo dice, se inclina hacia mí, atraída por la misma fuerza magnética que yo siento. Me pongo de pie y cierro la última distancia entre nosotros. Estamos tan cerca que siento su aliento en mis labios.

—Solo una vez —murmuro—. Luego volveremos a ser profesionales.

Cierra los ojos mientras le tomo el rostro con una mano y le inclino la barbilla hacia arriba. El primer roce de nuestros labios es suave, tentativo, pone a prueba nuestra determinación. Pero luego profundizo el beso y la atraigo contra mí mientras sus manos se aferran a mi camisa. Se abre a mí de inmediato, su lengua encuentra la mía con igual hambre. La arrincono contra mi escritorio, mis manos se deslizan hacia su cintura, sus caderas, quiero tocar cada centímetro de ella.

La puerta se abre sin previo aviso.

—Nate, la junta quiere adelantar el...

Nos separamos al instante, pero es demasiado tarde. James se queda paralizado en el umbral, los ojos muy abiertos por la sorpresa, que enseguida se entornan con ira y decepción.

El rostro de Mina se tiñe de un carmesí intenso. Se alisa la falda con manos temblorosas.

—Debería... Enviaré esas confirmaciones de inmediato, señor Creed.

Pasa junto a James sin mirarlo a los ojos.

El silencio tras su marcha es ensordecedor. James cierra la puerta con cuidado deliberado, cada movimiento controlado, como si se

contuviera para no dar un portazo.

—Dime que no acabo de ver lo que creo que he visto —dice.

Me enderezo la corbata y me niego a parecer culpable.

—No es lo que parece.

—¿En serio? —suelta una risa áspera—. Porque parece exactamente que te estabas enrollando con una empleada en tu despacho. Otra vez.

—Esta vez es diferente.

—¿Diferente? —se pasa una mano por el pelo, irradiando frustración —. Joder, Nate. ¿En serio vas a hacer esto otra vez? ¿Después de lo de Victoria?

Vuelvo a situarme detrás de mi escritorio.

—Mina no es Victoria.

—¿No? ¿Y cómo lo sabes? ¿Cuánto hace que la conoces, tres semanas?

—Estuve dos años con Victoria y aun así no vi cómo era en realidad —repliqué—. El tiempo que lleves conociendo a alguien no significa nada.

James iba y venía frente a mi escritorio.

—La junta por fin empieza a confiar en ti otra vez. La empresa apenas se recupera del último escándalo. ¿Y ahora lo arriesgas todo por otra aventura de oficina?

—No es una aventura —dije.

James se detuvo y me escrutó con renovada intensidad.

—Joder. Va en serio lo tuyo con ella.

No respondí, lo que ya era respuesta suficiente.

—Eso es aún peor —gimió—. Las emociones nublan el juicio. Tú, más que nadie, deberías saberlo.

—Sé lo que hago, James.

—¿Ah, sí? —metió la mano en la chaqueta, sacó un periódico doblado y lo arrojó sobre mi escritorio—. Entonces explica esto.

Lo desdoblé y encontré una columna de cotilleos con una foto borrosa en la que Mina y yo salíamos de Akira. El titular rezaba: «¿Nuevo romance de Creed? El CEO, visto con una misteriosa morena».

—Eso fue un almuerzo de negocios —dije con desdén—. Estábamos tratando lo de la gala.

—¿En tu mesa privada en Akira? ¿La misma mesa a la que llevaste a Victoria? —James negó con la cabeza—. La junta ya me ha preguntado al respecto. Discretamente, claro, pero te están

vigilando, Nate. Y ahora entro y te pillo comiéndole la boca. ¿Qué se supone que les diga?

—Nada —dije con firmeza—. Esto es mi vida privada.

—Dejó de ser solo tu vida privada cuando la nombraste ejecutiva de tu empresa —dijo James—. Cuando tus decisiones personales afectan al valor de las acciones, la junta tiene todo el derecho a preocuparse.

Me levanté, sintiendo cómo me invadía la ira.

—Construí esta empresa de la nada. Sin mí, no existe Creed Enterprises.

—Y sin la confianza de la junta, podrías perder el control —contraatacó James—. ¿Recuerdas la reunión de emergencia tras el escándalo de Victoria? Estuviste a un voto de que te obligaran a dimitir como CEO.

El recordatorio me golpeó como un puñetazo. Las semanas posteriores a que saliera a la luz la traición de Victoria fueron las más oscuras de mi vida profesional. La junta, furiosa por la filtración de información confidencial, se planteó seriamente destituirme. Solo la defensa apasionada de James y mis maniobras desesperadas me mantuvieron en el cargo.

—Esto no es como aquello —dije, bajando la voz—. No hay conflicto de intereses. Mina no tiene acceso al tipo de información que tenía Victoria.

—Da igual —insistió James—. Basta con que parezca irregular. Tienes que cortar esto ya, antes de que se haga público.

Volví a sentarme, tamborileando con los dedos sobre el escritorio.

—No puedo hacer eso.

James me miró incrédulo.

—¿No puedes? ¿O no quieres?

—Ambas cosas —le sostuve la mirada—. Conozco los riesgos, James. Estoy dispuesto a asumirlos.

—No es solo tu carrera la que está en juego —me recordó—. También la mía. Y el empleo de todos los que trabajan aquí.

Sentí una punzada de culpa, pero la aparté.

—Sé lo que hago.

—No paras de decir eso —James suspiró con pesadez—. Pero tiene toda la pinta de que estás repitiendo el mismo error esperando resultados distintos.

—Esto no es un error —dije con más seguridad de la que sentía.

James me observó un buen rato y luego negó con la cabeza.

—Espero que tengas razón, Nate. Por el bien de todos —se volvió para irse, pero se detuvo en la puerta—. Solo... sé más listo esta vez. Nada de besos en la oficina con la puerta sin echar. Nada de citas en tus sitios de siempre. Actúa de otra manera.

—Lo haremos —prometí—. Y, James... gracias.

Arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Por no ir directamente a la junta con esto.

Un destello de dolor le cruzó el rostro.

—Somos amigos desde antes de que existiera Creed Enterprises. Siempre te he cubierto las espaldas, incluso cuando pienso que te estás comportando como un idiota —su expresión se suavizó un poco—. Pero estás jugando con fuego, Nate. No te vuelvas a quemar.

Cuando se marchó, me recosté en la silla y solté el aire lentamente. La confrontación con James era inevitable, supongo. Me conoce demasiado bien para no haber notado el cambio en mi comportamiento con Mina.

Miré la foto de la columna de cotilleos. Estaba borrosa, tomada desde lejos, pero había algo en cómo la miraba que me hizo parar. Me veía... diferente. Menos cauteloso de lo que había estado en años.

El móvil vibró con un mensaje de Mina.

«Quizá deberíamos cancelar lo de esta noche».

Respondí de inmediato: *«Ni hablar. James no dirá nada. A las 8, ponte vaqueros».*

Aparecieron tres puntos, desaparecieron y volvieron a aparecer. Por fin: *«¿Seguro que es buena idea?».*

«No. Pero lo haré igualmente. Nos vemos a las 8».

Dejé el móvil y me volví hacia el ordenador, obligándome a concentrarme en las proyecciones trimestrales que llevaba descuidando. Pero mi mente no paraba de irse hacia Mina, hacia lo turbada que parecía cuando salió corriendo de mi despacho.

Tenía que hacer algo para tranquilizarla, algo que le demostrara que lo que había entre nosotros merecía el riesgo.

Tras una hora de trabajo distraído, cogí el móvil de nuevo e hice una llamada.

—¿Michael? Soy Nathaniel Creed. Necesito el helicóptero esta noche —miré el reloj—. Listo a las 8:30. Y necesitaré lo otro que hablamos —escuché un momento y luego sonreí—. Perfecto. Gracias.

Colgué, sintiendo crecer la anticipación. Esta noche aliviaría las preocupaciones de Mina. Esta noche le demostraría que lo que estaba surgiendo entre nosotros no era un simple romance de oficina.

Esta noche la llevaré a un lugar donde nadie nos reconozca, donde podamos ser simplemente Nathaniel y Mina, no el CEO y la directora de eventos.

10

Mina

La oficina está casi vacía mientras recojo mis últimas cosas. No puedo dejar de revivir la escena bochornosa de antes. La expresión de sorpresa de James. Cómo Nathaniel se ajustó la corbata como si nada hubiera pasado. Mi huida poco digna.

He pasado el resto del día evitando a todo el mundo, refugiada entre correos electrónicos y llamadas con proveedores, tratando de fingir que mi carrera no está a punto de irse al traste. Apenas he hablado con Nathaniel desde entonces.

—¿Señorita Monroe? ¿Tiene un minuto?

Levanto la cabeza de golpe y me encuentro a James apoyado en el marco de la puerta de mi despacho, con una expresión indescifrable. Se me cae el alma a los pies.

—Por supuesto, señor Wilson —le señalo la silla frente a mi escritorio, tratando de aparentar profesionalidad a pesar del rubor que me sube por el cuello.

Cierra la puerta antes de sentarse, lo que solo aumenta mi ansiedad.

—Creo que deberíamos hablar de lo que vi antes.

Enderezo la espalda.

—Fue poco profesional y no volverá a ocurrir.

—Eso es lo que intento determinar —me mira con ojos evaluadores, calculadores—. ¿Entiende la posición en la que se encuentra Nathaniel ahora mismo?

—Yo...

—La junta directiva estuvo a punto de obligarlo a dimitir el año pasado —continúa James, sin esperar mi respuesta—. Después de que Victoria vendiera información confidencial a ComTech. Cuestionaron su criterio a todos los niveles.

Me erizo ante la comparación con Victoria.

—Yo nunca...

—Victoria era su asistente ejecutiva de confianza antes de que se liaran —vuelve a interrumpirme James—. Todo el mundo pensaba que era leal. Dedicada. Enamorada de él —su énfasis en las últimas palabras me pone la piel de gallina—. Resultó que la había colocado allí nuestro mayor competidor.

—No soy una espía corporativa —digo con la voz tensa de rabia.

James se inclina hacia delante.

—Demuéstrelo. ¿Cuáles son exactamente sus intenciones con Nathaniel?

—No creo que eso sea asunto suyo.

—Todo lo que afecta a Creed Enterprises es asunto mío. Soy el director de operaciones. Mi trabajo es proteger esta empresa —entrecierra los ojos—. Y proteger a Nathaniel, incluso de sí mismo.

—¿Cree que lo estoy usando?

—Me resulta muy conveniente que dejara claro en su entrevista que quiere montar su propia empresa. Que está usando Creed Enterprises para hacer contactos —se encoge de hombros—. Y ahora se está acostando con el director ejecutivo, a las tres semanas de llegar. Tiene que admitir que resulta sospechoso.

Estallo de rabia.

—No planeé esto. Simplemente... pasó.

—Las cosas no pasan sin más con Nathaniel Creed —dice James, suavizando ligeramente el tono—. Es calculador. Deliberado. Excepto cuando se trata de mujeres, por lo visto.

—Mire, entiendo sus preocupaciones —digo, esforzándome por mantener la voz baja—. Pero lo que hay entre Nathaniel y yo es personal.

—Dejó de ser personal en el momento en que se convirtió en su empleada —James se pasa una mano por el pelo—. ¿Sabe lo que pasará si la junta directiva se entera? O la despiden a usted o lo obligan a él a terminar con esto. Quizá ambas cosas.

Se me retuerce el estómago.

—¿Es eso lo que quiere?

—Lo que quiero es que esta empresa tenga éxito. Que Nathaniel no pierda todo lo que ha construido porque no es capaz de quitarle las manos de encima a su directora de eventos —la franqueza de James me hace estremecer—. Así que dígame: ¿vale usted ese riesgo para él?

La pregunta me golpea con fuerza. ¿Lo valgo? Apenas hace un mes que nos conocemos. La atracción es innegable, pero ¿basta para justificar arriesgarlo todo?

—Eso es decisión suya —digo finalmente.

—¿Y qué pasa con su carrera? ¿Con sus planes de empresa? ¿Cree que alguien la tomará en serio cuando se sepa que se acostó con alguien para conseguir contactos?

—Eso no es justo —espeto, y me levanto bruscamente—. Estaba cualificada para este trabajo. Soy buena en lo que hago.

—Nada de eso importará. Créame.

Agarro el bolso, demasiado enfadada para continuar con esta conversación.

—Si me disculpa, tengo que irme.

—Le importa usted —dice James, y me detiene en la puerta—. Lo veo. Pero sea lo que sea esto que hay entre ustedes, no puede

ocurrir aquí. No en esta oficina. No donde la gente pueda verlo.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Es eso una amenaza?

—Es un consejo. De alguien que tuvo que recoger los pedazos la última vez —su expresión es sombría—. Tenga cuidado con él, Mina. No es tan invencible como parece.

Sin responder, paso junto a él y me dirijo al ascensor. Mis tacones repiquetean furiosos contra el suelo de mármol. Una vez dentro, me apoyo en la pared e intento calmar la respiración.

Saco el móvil y llamo a Eliza en cuanto llego al vestíbulo.

—¿Qué pasa? —responde de inmediato, porque ha notado la angustia en mi simple «hola».

—James nos pilló besándonos en el despacho de Nathaniel —suelto de golpe mientras cruzo las puertas giratorias hacia el aire de la tarde.

—¿Qué? —su chillido me hace apartar el móvil de la oreja—. Espera. ¿Ahora te estás acostando con tu jefe?

Abro el coche y me deslizo en el asiento del conductor.

—Simplemente pasó. El sábado por la noche.

—¿El sábado? ¿Y me lo cuentas ahora?

—Acordamos no contárselo a nadie —explico mientras me incorporo al tráfico y veo la ciudad desdibujarse tras el parabrisas—. Pero James nos vio hoy y acaba de acorralarme con un montón de acusaciones y advertencias.

—¿Qué tipo de acusaciones?

Suspiro.

—Básicamente insinuó que soy otra Victoria, la ex que vendió secretos de la empresa. Como si solo estuviera usando a Nathaniel para hacer contactos.

—¿Lo estás? —pregunta Eliza directamente.

—¡No! Dios, Liz. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Me detengo, sin saber cómo definir lo que está pasando entre nosotros. —Es... intenso. Diferente. Cuando estamos juntos, es como si... no sé. Como si todo lo demás desapareciera.

—Ay, cariño —la voz de Eliza se suaviza—. Te estás enamorando de él.

—No puede ser —protesto—. Es demasiado pronto. Demasiado complicado.

—El amor rara vez llega en el momento oportuno.

—¿Quién ha hablado de amor? —le suelto, y enseguida me arrepiento—. Perdona. Estoy estresada. Nathaniel viene a buscarme a las ocho y no tengo ni idea de qué decirle sobre todo esto.

—¿Qué pasa a las ocho?

—Una sorpresa. Me dijo que me pusiera vaqueros.

La risa de Eliza tiene un tono de incredulidad. —¿Estás en plena crisis profesional y te preocupas por lo que ponerte para la cita?

—Ya sé cómo suena.

—Parece que estás muy pillada. —Hace una pausa—. Y entonces, ¿qué vas a hacer?

Suspiro, mirando el cielo que oscurece. —No lo sé. James cree que la junta me despedirá u obligará a Nathaniel a dejarlo si se enteran.

—¿Y tú qué piensas?

—Creo... —vacilo, me cuesta admitir la verdad—. Creo que no quiero renunciar a él. Pero tampoco quiero ser la razón de que pierda todo lo que ha conseguido.

—Entonces quizá tengas que ser tú la fuerte —sugiere Eliza con suavidad—. Si él no va a dejarlo por su propio bien...

—Lo sé —susurro, con un nudo en el pecho—. Hablaré con él esta noche.

Después de colgar, paso el resto del trayecto perdida en mis pensamientos. Las advertencias de James resuenan en mi cabeza, mezclándose con recuerdos de las caricias de Nathaniel, su sonrisa tan poco frecuente, cómo me miraba desde el otro lado de la mesa de su cocina.

En casa, me ducho y me pongo unos vaqueros oscuros y un jersey suave mientras ensayo lo que voy a decir. Cuando suena el timbre a las ocho en punto, ya lo tengo decidido: tengo que acabar con esto antes de que sea demasiado tarde. Antes de que él lo arriesgue todo por algo que quizá ni siquiera dure.

Mi determinación casi se viene abajo cuando lo veo en el portal, guapísimo con vaqueros y una camisa gris oscuro que se le ciñe a los anchos hombros. Se le iluminan los ojos cuando me ve.

Mina

—Estás preciosa, Mina —dice, y se inclina para besarme en la mejilla.

—Nathaniel, tenemos que hablar —empiezo. El discurso ensayado ya pugna por salir de mis labios.

—En el coche —dice mientras me guía hacia la salida, donde espera su Range Rover—. Vamos con el tiempo justo.

Ya en marcha, me giro para mirarlo.

—Sobre lo de hoy…

—James fue a verte, ¿verdad? —Nathaniel aprieta la mandíbula—. ¿Qué te dijo?

—Lo suficiente para darme cuenta de que esto es un error —me duele decirlo—. Estamos arriesgando demasiado. Tu empresa, mi carrera…

—¿Es eso lo que quieres? —me interrumpe. Aparta la vista de la carretera para mirarme a los ojos—. ¿Terminar con esto antes de que haya empezado de verdad?

—Lo que yo quiera no importa. La realidad es que…

—La realidad es que no me he sentido así en… quizá nunca —su voz es baja, intensa—. Y no pienso renunciar a esto porque James esté preocupado o porque algunos miembros de la junta puedan cotillear.

—Nathaniel…

—Solo… espera hasta después de esta noche —dice, y alarga la mano para coger la mía—. Si después sigues queriendo dejarlo, respetaré tu decisión. Pero dame esta noche.

Algo en su voz —una vulnerabilidad que asoma bajo la seguridad— me hace asentir.

—De acuerdo. Esta noche.

Me aprieta la mano antes de volver a ponerla en el volante.

—Gracias.

Espero que vayamos a un restaurante, pero en lugar de eso nos dirigimos a un aeródromo privado en las afueras de la ciudad. Debo de tener cara de desconcierto, porque Nathaniel sonríe mientras aparca.

—Pensé que podríamos ir a algún lugar más… privado —dice.

Al salir del coche, veo un elegante helicóptero negro que espera en la pista, con las aspas ya en movimiento.

—¿Hablas en serio? —digo, aunque mi voz apenas se oye con el zumbido.

—Totalmente —me pone la mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia delante—. ¿Has montado alguna vez en helicóptero?

Niego con la cabeza, tan aterrada como emocionada.

—¿Es seguro?

—Completamente. Michael es el mejor piloto del estado —señala a un hombre alto con cazadora de aviador que nos saluda con la mano —. Además, jamás permitiría que te pasara nada.

Lo dice con tanta naturalidad, como si mi seguridad fuera lo más importante, que siento un aleteo en el pecho.

Michael nos ayuda a subir y enseguida estamos abrochados, con auriculares que nos permiten hablar pese al ruido ensordecedor del rotor. El helicóptero se eleva con suavidad y se me encoge el estómago un instante mientras ascendemos hacia el cielo del atardecer.

—¿Adónde vamos? —pregunto, sin poder disimular la emoción pese a mis propósitos de antes.

Nathaniel sonríe, con esa sonrisa auténtica que le transforma la cara.

—Ya lo verás.

Volamos hacia el norte siguiendo la costa; las luces de la ciudad se van quedando atrás. Abajo, el paisaje pasa de la masa urbana a colinas boscosas y, finalmente, a acantilados escarpados sobre el océano. Justo cuando el crepúsculo da paso a la noche, el helicóptero inicia el descenso hacia lo que parece una plataforma de aterrizaje privada en el borde de un acantilado.

Cerca de la plataforma hay una pequeña estructura moderna de cristal de la que emana una luz cálida. Más allá, el océano se extiende hasta el infinito y los últimos rayos del sol tiñen el agua de oro y carmesí.

—¿Qué es este lugar? —pregunto mientras aterrizamos.

—Mío —responde Nathaniel con sencillez—. O lo será. La casa principal todavía está en obras, pero la de invitados ya está terminada.

Michael nos ayuda a bajar del helicóptero, le hace un gesto a Nathaniel y vuelve al asiento del piloto. El helicóptero vuelve a despegar y nos deja en una quietud repentina y apacible, rota solo por el rumor de las olas contra las rocas.

—¿Estás construyendo una casa aquí? —pregunto mientras contemplo la vista impresionante.

—Es algo que llevo años queriendo. Un lugar lejos de todo —me guía hacia la casita de cristal—. La casa principal no estará lista en meses, pero pensé…

Se interrumpe al abrir la puerta y deja a la vista un interior impresionante. La pared frontal es toda de cristal y ofrece vistas al océano. Un salón pequeño pero elegante tiene un sofá mullido, una chimenea ya encendida y una mesa puesta para dos. Hay velas por todas partes que proyectan un cálido resplandor sobre la escena.

—¿Pensaste…? —lo animo a continuar, demasiado atónita para decir más.

—Pensé que te gustaría verlo. Estar en un sitio donde no tengamos que preocuparnos de que nos vean, nos fotografíen o nos interrumpan —me busca la mirada—. Un sitio donde podamos ser simplemente nosotros.

El gesto es tan inesperadamente romántico que me quedo sin palabras. Este no es el CEO calculador que el mundo empresarial conoce. Esto es algo completamente distinto: un hombre que se ha desvivido por crear un momento perfecto.

—¿Cómo has organizado todo esto? —pregunto por fin, y señalo las velas, la mesa puesta con porcelana fina.

—Tengo una encargada que vive cerca. Ella se ocupó de los detalles —se acerca más y me coge las manos—. ¿Te gusta?

—Es increíble —admito. Mi determinación de acabar con esto flaquea peligrosamente—. Pero Nathaniel, todo esto no cambia el hecho de que…

—¿Que James cree que estoy cometiendo un error? ¿Que la junta podría desaprobarlo? —sus pulgares me acarician las palmas en círculos—. Mina, me he pasado la vida entera luchando por lo que

quiero. Construí algo de la nada. No he llegado hasta aquí dejando que otros dictaran mis decisiones.

—No se trata solo de ti —le recuerdo—. Mi carrera también está en juego.

—Lo sé —su expresión se vuelve seria—. Y si de verdad quieres alejarte, lo entenderé. Pero necesitaba que vieras que lo que hay entre nosotros no es algo casual para mí. No es un lío de oficina ni una atracción pasajera.

—¿Entonces qué es? —pregunto. Necesito que lo defina.

Sus ojos azules me sostienen la mirada con firmeza. —Algo por lo que estoy dispuesto a luchar. Alguien por quien estoy dispuesto a luchar.

La sinceridad de su voz me oprime el pecho. Ningún hombre me ha mirado nunca como Nathaniel me mira ahora, como si fuera algo valioso y único.

—Tengo miedo —admito, y por fin dejo escapar la verdad—. Miedo de que esto queme con tanta intensidad que no pueda durar. De que cuando termine, haya sacrificado todo para nada.

—¿Y si no termina? —me desafía, y se acerca tanto que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. ¿Y si esto es solo el principio?

Su cercanía me impide pensar con claridad. —Hace tres semanas, ni siquiera sabías que yo existía.

—Y ahora no puedo imaginar mi vida sin ti. —Me acaricia la mejilla —. Sé que es rápido. Sé que es complicado. Pero ¿puedes decirme de verdad que tú no lo sientes también?

Cierro los ojos y me abandono a su caricia. —Lo siento.

Sus labios rozan los míos, suaves, como una pregunta. A diferencia de nuestros encuentros anteriores, cargados de pasión, este beso es tierno, casi reverente. Cuando nos separamos, veo algo en sus ojos que nunca había visto: vulnerabilidad, esperanza y algo más profundo que ninguno de los dos está preparado para nombrar.

—Cenemos —dice en voz baja—. Y hablemos. Hablemos de verdad. Sin esquivar las preguntas difíciles.

Eso hacemos, mientras cenamos marisco perfectamente preparado y vino blanco fresco. Hablamos de límites en el trabajo, de planes de contingencia por si la junta se entera, de cómo equilibrar lo profesional y lo personal.

Cuando terminamos el postre, ya he tomado una decisión. No puedo dejarlo ir.

—¿Todavía quieres terminar con esto? —pregunta después, mientras estamos junto al borde del acantilado, con su brazo rodeándome los hombros, protegiéndome de la brisa del mar.

Lo miro, observo cómo la luz de la luna resalta los ángulos marcados de su rostro. —No —admito—. Pero tenemos que ser más listos. Se acabaron los besos en la oficina.

—De acuerdo. Aunque eso va a poner a prueba mi autocontrol. —Su sonrisa seductora me hace apretar los muslos.

—Y necesitamos un plan mejor para aparecer en público —digo.

—Estoy pensando en ascenderte —dice, y me sorprende—. A vicepresidenta de Proyectos Especiales. Pasarías a formar parte del equipo directivo, respondiendo ante la junta en lugar de directamente ante mí.

Me aparto para mirarlo. —¿Eso es ético?

—Es un puesto que ya estábamos considerando crear. Estás cualificada. Resolvería el problema de la dependencia directa.

—Lo has pensado bien.

—No he pensado en otra cosa —admite—. Quiero que esto funcione, Mina. Cueste lo que cueste.

Su teléfono suena e interrumpe el momento. Mira la pantalla y suspira. —Es James.

—¿A estas horas? Debe de ser importante.

Asiente y se aparta para atender la llamada. Espero junto al borde del acantilado, viendo la luz de la luna bailar sobre las olas mientras intento procesar todo lo que ha sucedido. Esta mañana estaba segura de que estábamos cometiendo un error. Ahora estoy en el refugio secreto de Nathaniel, planteándome de verdad un futuro en el que esta conexión loca e intensa podría funcionar.

Cuando vuelve, tiene la expresión tensa. —Lo siento. Hay un problema con la adquisición de Wilson. James necesita que revise unos documentos esta noche.

—Por supuesto —digo, y lo entiendo enseguida—. Deberíamos volver.

El helicóptero vuelve a los pocos minutos de la llamada de Nathaniel y nos lleva de vuelta a la ciudad en un silencio cómodo. Su mano no suelta la mía en todo el vuelo.

Cuando llegamos a mi apartamento, me acompaña hasta la puerta a pesar de lo tarde que es y del trabajo que le espera.

—Gracias por esta noche —digo, con las llaves en la mano—. Ha sido... perfecta.

—Esto solo ha sido el principio —promete, y se inclina para besarme con suavidad—. Te veo mañana en la oficina, señorita Monroe.

—Buenas noches, señor Creed —respondo con una pequeña sonrisa, siguiéndole el juego.

Su mano se demora en mi mejilla un momento antes de darse la vuelta para marcharse; el deber lo reclama de vuelta en su imperio. Lo observo alejarse, preguntándome cómo ha podido cambiar todo tanto en una sola noche.

Ya en mi apartamento, me quito los zapatos y me dejo caer en el sofá. Me da vueltas la cabeza. El viaje en helicóptero. La cabaña junto al acantilado. La cena a la luz de las velas. Parece sacado de una película, no de la vida real. Desde luego, no de mi vida.

Y sin embargo, ha sucedido. Nathaniel es alguien de quien podría enamorarme perdidamente.

Quizás ya lo haya hecho.

Solo pensarlo debería aterrarme. Tres semanas no son nada. Esto todavía podría estallar de forma espectacular y llevarse mi carrera y mi corazón por delante. Pero esta noche, al ver hasta dónde está dispuesto a llegar Nathaniel por tener siquiera una oportunidad de que esto funcione... parece que merece la pena arriesgarse.

Cojo el teléfono y dudo con el dedo sobre el contacto de Eliza antes de decidir no llamar. Algunas cosas son demasiado nuevas, demasiado valiosas para compartirlas todavía. En su lugar, le escribo un mensaje a Nathaniel:

«Gracias de nuevo por esta noche. Ha significado más de lo que imaginas».

Su respuesta llega segundos después: *«Duerme bien, Mina. Sueña con el océano».*

Me quedo dormida con su mensaje brillando en la pantalla del teléfono. Sueño con vistas desde acantilados y el sonido de las aspas del helicóptero cortando el aire nocturno. Sueño con un hombre por el que, contra todo pronóstico y toda razón, quizás merezca la pena arriesgarlo todo.

Nathaniel

La sala de juntas del piso cuarenta y dos parece más pequeña de lo habitual mientras encaro a los cuatro hombres con poder para decidir sobre el ascenso de Mina. He convocado esta reunión con el pretexto de discutir la reestructuración ejecutiva, pero todos sabemos de qué va esto en realidad.

—Caballeros —comienzo, de pie a la cabecera de la larga mesa de caoba, con las manos entrelazadas a la espalda—. Quiero hablar de crear un nuevo puesto: Vicepresidente de Proyectos Especiales.

Richard Henderson, el miembro más veterano de la junta a sus sesenta y ocho años, se ajusta las gafas de montura metálica y se reclina en la silla de cuero.

—Continúa, Nathaniel.

—El puesto supervisaría eventos corporativos a gran escala, alianzas estratégicas e iniciativas especiales. Respondería directamente ante la junta, sin pasar por los canales departamentales —me acerco a la pantalla de presentación y paso a la primera diapositiva que preparé

—. Dada nuestra expansión a nuevos mercados, necesitamos a alguien dedicado a estos proyectos de alta visibilidad.

Thomas Mitchell, el miembro más joven de la junta a sus cincuenta y dos años, golpetea el bolígrafo Mont Blanc contra el bloc de notas. Su cabello oscuro muestra hebras plateadas en las sienes, y sus ojos marrones brillan con suspicacia.

—Esto parece muy repentino. ¿A qué viene esta necesidad de reestructuración?

—La Gala de la Fundación Creed ha puesto de manifiesto lagunas en nuestra estructura actual —respondo con soltura—. Necesitamos a alguien que pueda gestionar estas iniciativas sin quedar atrapado en las operaciones del día a día.

William Crawford, un hombre corpulento de cabello castaño ralo y ceño permanentemente fruncido, se remueve en la silla. A sus cincuenta y nueve años, lleva en la junta más tiempo que nadie excepto Henderson.

—Y supongo que ya tienes a alguien en mente para el puesto.

—Así es. Mina Monroe, nuestra actual Directora de Eventos.

La temperatura en la sala parece descender diez grados. Henderson se quita las gafas y las limpia lentamente mientras los otros tres intercambian miradas.

—La señorita Monroe lleva en la empresa, ¿qué?, ¿seis semanas? —pregunta David Park, el cuarto miembro de la junta. A sus cincuenta y cinco años, es el más discreto del grupo, pero su voz tranquila

tiene peso. Su cabello negro está veteado de gris, y sus ojos oscuros no dejan escapar nada.

—Siete semanas —corrijo—. Pero su rendimiento ha sido excepcional. Salvó el acuerdo de patrocinio de la Fundación Henderson y tiene contactos en todo el sector.

Crawford se inclina hacia delante y tamborilea con los dedos gruesos sobre la mesa.

—Siete semanas, Nathaniel. Eso apenas es tiempo suficiente para demostrar que es digna de un puesto de vicepresidenta.

—Gestionó una situación de crisis con profesionalidad y resultados —contraataco, sin alterar el tono de voz—. La planificación de la gala va adelantada, y todos los proveedores con los que ha trabajado han elogiado su competencia.

Mitchell deja el bolígrafo y me presta toda su atención.

—Hablando de la señorita Monroe, había una foto interesante en la sección de negocios. Te vieron saliendo de Akira con una morena. Parecía bastante íntimo.

Aprieto la mandíbula, pero mantengo la expresión neutral.

—Tengo muchas reuniones de negocios en Akira. Es un sitio práctico.

—¿Pero en tu mesa privada? —la voz de Henderson suena despreocupada, aunque no lo es, mientras se vuelve a poner las gafas—. ¿La misma mesa donde solías reunirte con los principales inversores? Resulta extraño para una empleada nueva.

—Soy el director ejecutivo de esta empresa —digo, y mi voz adquiere un tono cortante—. Puedo hacer negocios donde y como me parezca. Fue una reunión el sábado por la tarde para hablar de requisitos de locales y relaciones con patrocinadores.

Crawford frunce aún más el ceño.

—Sake del sábado por la tarde con una empleada nueva. ¿Así es como lo llamas?

—Eso es lo que fue —paso a la siguiente diapositiva, que muestra la formación académica y el porfolio de Mina—. La señorita Monroe ha gestionado eventos con presupuestos superiores a los tres millones de dólares. Su propuesta para la gala fue innovadora y estratégica.

Park interviene en voz baja, y sus palabras cortan la tensión.

—Nathaniel, circulan rumores sobre ti y una empleada. Dado lo que pasó con Victoria...

La mención de mi exprometida hace que cierre los puños a la espalda.

—La señorita Monroe no tiene nada que ver con Victoria. La comprobación de antecedentes fue exhaustiva, sus referencias impecables.

—No estamos cuestionando su competencia —dice Henderson, en tono diplomático pero firme—. Estamos cuestionando el momento. Siete semanas, ¿y quieres ascenderla al nivel ejecutivo? Queda mal.

Mitchell asiente.

—La imagen que da es terrible, Nathaniel. Después del escándalo de Victoria, no podemos permitirnos otra situación en la que tu vida personal afecte a las decisiones empresariales.

—Esta es una decisión empresarial —insisto, apartándome de la pantalla para encararlos directamente—. Basada en el rendimiento y las necesidades de la empresa.

Crawford suelta una risa áspera.

—Vamos, Nathaniel. No nacimos ayer. La forma en que la mirabas en esa foto, el comedor privado, estas prisas repentinas por ascenderla... es obvio que estás liado con ella.

—Mi vida personal es asunto mío.

—No cuando afecta al valor de las acciones —responde Henderson con brusquedad—. No cuando pone en riesgo a la empresa.

La puerta se abre y James entra con la tableta y una pila de carpetas. Su expresión es de estudiada neutralidad, pero puedo ver la tensión en sus hombros mientras evalúa el ambiente.

—Caballeros —dice, asintiendo a cada miembro de la junta—. Tengo los informes trimestrales que solicitaron.

—Llegas en el momento justo, James —dice Mitchell—. Estábamos hablando del puesto de vicepresidenta propuesto para la señorita Monroe.

Los ojos de James se cruzan con los míos, y una pregunta silenciosa pasa entre nosotros. Deja los materiales sobre la mesa y carraspea.

—Si me permiten sugerir, quizás deberíamos posponer esta conversación hasta después de la gala. Así podríamos evaluar mejor las capacidades de la señorita Monroe bajo presión.

—De acuerdo —dice Park de inmediato—. Veamos cómo se desenvuelve en el evento de la fundación antes de tomar cualquier decisión sobre el ascenso.

Henderson asiente lentamente.

—Una sugerencia sensata. La gala será la verdadera prueba de sus habilidades.

Quiero protestar, insistir más, pero veo que no hay nada que hacer. Cuatro contra uno, con James intentando encontrar un punto medio.

—Bien. Retomaremos esto después de la gala.

—Excelente —dice Crawford, poniéndose de pie y abrochándose la chaqueta del traje—. Creo que a todos nos interesa ver cómo se desenvuelve la señorita Monroe cuando hay mucho en juego.

Los demás empiezan a recoger sus cosas, pero Henderson se rezaga. —Nathaniel, un consejo de alguien que ha estado en tu lugar: no dejes que las emociones te nublen el juicio. Ya vimos lo que te costó la última vez.

Cuando se marchan, James y yo nos quedamos solos en la sala de juntas. Cierra la puerta y se vuelve hacia mí con expresión sombría.

—Ha ido tan bien como esperaba —dice, aflojándose la corbata—. Sospechan, Nate. Y francamente, no los culpo.

—Se merece ese ascenso.

—Puede que sí. ¿Pero siete semanas? —James niega con la cabeza —. Vas demasiado rápido. Parece exactamente lo que creen que es.

—¿Y qué es?

—Que estás ascendiendo a tu novia para que deje de estar bajo tu mando directo —James se deja caer en una de las sillas—. No son estúpidos, Nate. Yo tampoco.

Me acerco a las ventanas y contemplo la ciudad allá abajo. —¿Y qué quieres que haga? ¿Que les deje dictarme la vida personal?

—Que fueras más listo con esto. Conócela mejor. Deja que yo la conozca mejor. Ahora mismo estoy intentando defender a alguien que apenas conozco basándome solo en tu palabra —dice.

—¿No confías en ella?

—No la conozco —corrige James—. Que no es lo mismo. Después de lo de Victoria, no pienso fiarme de nadie tan pronto.

Me vuelvo hacia él. —Mina no es Victoria.

—Demuéstralo. Deja que ella lo demuestre. Pero no acelerándole la carrera —James se levanta y recoge sus papeles—. La junta lo está vigilando todo. Cada interacción, cada decisión que tenga que ver con ella será examinada con lupa.

Mientras James se dirige a la puerta, me hundo en mi silla a la cabecera de la mesa. El peso de la situación me cae sobre los

hombros. Pensé que podía proteger a Mina con maniobras corporativas, crear un espacio seguro para explorar esta conexión. Pero la resistencia de la junta me demuestra lo ingenuo que fui.

La puerta se abre de nuevo y levanto la vista esperando ver a James, pero no hay nadie. Entonces oigo el suave repiqueteo de tacones sobre mármol, que se aleja. A través de la pared de cristal de la sala de conferencias, vislumbro a Mina caminando deprisa por el pasillo, con la cabeza gacha y los hombros rígidos.

Mierda. Lo ha oído.

Voy hacia la puerta y la llamo. —Mina.

Se detiene, pero no se vuelve enseguida. Cuando lo hace, tiene el rostro perfectamente controlado, aunque el dolor asoma en sus ojos verdes.

—¿Necesitaba algo, señor Creed? —Su voz suena profesional, distante.

—¿Has oído...? —Echo un vistazo alrededor y reparo en los pocos empleados que hay en el pasillo—. ¿Podríamos hablar en privado?

—Lo siento, tengo una llamada con el florista en cinco minutos —se aprieta la carpeta contra el pecho como si fuera una armadura—. ¿Había algo concreto sobre los preparativos de la gala?

Me acerco y bajo la voz. —Mina, si has oído algo de esa conversación...

—No he oído nada —dice deprisa—. Solo pasaba para llevar estos contratos al departamento legal.

Pero sus ojos dicen otra cosa. Ha oído lo suficiente.

—Que sepas que no estás causando ningún problema —digo en voz baja, deseando estar en cualquier sitio menos en este pasillo.

Su sonrisa es frágil. —Eso espero.

Se da la vuelta y se aleja antes de que pueda responder; sus tacones repiquetean con ritmo constante contra el mármol. Me quedo en la entrada de la sala de conferencias, viéndola alejarse. El vestido entallado azul marino que lleva se ciñe a sus curvas a la perfección, y a pesar de todo —la resistencia de la junta, las complicaciones, los riesgos profesionales— solo puedo pensar en cuánto la deseo.

Cuánto deseo seguirla hasta su despacho, cerrar con llave y mostrarle exactamente lo que significa para mí. Cuánto deseo arrancarle esa fachada profesional y ver a la mujer que se ha derretido en mis brazos estas últimas siete semanas. Cuánto deseo hundirme en ella hasta que el resto del mundo desaparezca.

Pero no puedo. No aquí. No ahora. No cuando observan y diseccionan cada movimiento que hacemos.

Me obligo a apartar la mirada de ella mientras se aleja por el pasillo, pero el dolor de desearla —desearla a pesar de todo, quizá precisamente por todo— me acompaña de vuelta a la sala de conferencias.

Esto no ha terminado. Puede que la junta haya ganado esta ronda, pero no construí un imperio rindiéndome ante el primer obstáculo. Si no puedo proteger a Mina por los cauces corporativos, encontraré otra forma.

Tengo que hacerlo.

Porque perderla no es una opción que esté dispuesto a contemplar.

13

Mina

Siete semanas.

Siete semanas desde aquel viaje en helicóptero a su casa junto al acantilado, y aún no logro entender cómo me convertí en esta persona: la mujer que mantiene una profesionalidad impecable durante las reuniones de la junta mientras todavía le duelen los muslos de haberlos tenido enroscados en la cintura de su jefe la noche anterior.

—Vuelves a brillar —dice Eliza, deslizándose en el reservado frente a mí en nuestro lugar habitual de los miércoles—. Te lo juro, Mina, parece que te estés tirando al tío de tu vida, y además con regularidad.

Noto cómo me sube el calor por el cuello.

—¿Puedes bajar la voz?

—¿Me equivoco? —Levanta una ceja mientras remueve el té helado con deliberada lentitud—. Porque la semana pasada mencionaste

algo de no dormir mucho, y la anterior te presentaste a tomar café con auténticas marcas de mordiscos en la clavícula.

Me llevo la mano al cuello instintivamente, recordando cómo sentí los dientes de Nathaniel contra mi piel hace dos noches, cuando me empotró contra la encimera de su cocina después de que me pasara a darle novedades sobre la gala. Lo que empezó como una reunión de trabajo acabó con él subiéndome a la encimera de granito y hundiendo la cara entre mis muslos hasta que grité su nombre.

—Hemos estado... pasando tiempo juntos —admito mientras doy un sorbo al vino.

—Pasando tiempo —Eliza sonríe—. ¿Así lo llamamos ahora? Porque, cariño, «pasar tiempo» no te da ese brillo de recién follada que llevas luciendo semanas.

—¡Eliza!

—¿Qué? Solo digo que, sea lo que sea lo que Nathaniel Creed te esté haciendo, funciona. Tienes cara de satisfecha como nunca te había visto —Se inclina hacia delante y baja la voz con aire cómplice —. ¿De cuántas veces estamos hablando?

Jugueteo con la servilleta.

—Casi todas las noches. Cuando conseguimos que no nos vean.

—¿Casi todas las noches? —Abre los ojos como platos—. Dios, Mina. No me extraña que vayas por ahí como si acabaras de descubrir para qué sirve tu cuerpo.

No se equivoca. Estas siete semanas han sido un baile delicado entre la contención profesional durante el horario de trabajo y la pasión desatada a puerta cerrada. En la oficina somos el señor Creed y la señorita Monroe: educados, distantes, volcados por completo en la gala que se avecina. Pero en cuanto nos quedamos a solas, ya sea en su ático, en mi apartamento o como aquella noche memorable en su coche en un aparcamiento vacío, no podemos quitarnos las manos de encima.

He aprendido cosas de mi cuerpo que nunca supe. Cómo me arqueo cuando me recorre el interior del muslo con la lengua. Cómo gimo cuando me agarra de las caderas y me atrae hacia él. Los sonidos que hago cuando me susurra exactamente lo que quiere hacerme con esa voz ronca y grave que me hace flaquear las piernas.

—Es complicado —digo, aunque la palabra se queda corta para lo que está pasando entre nosotros.

—El buen sexo suele serlo —Eliza me escudriña el rostro—. Pero no pareces contenta. ¿Qué pasa?

Suspiro y dejo la copa de vino.

—La reunión de la junta de ayer. Oí lo suficiente para saber que piensan que soy otra Victoria.

—¿Quién es Victoria?

—Su exprometida. Trabajaba para él, vendió secretos de la empresa a la competencia. Casi destruyó todo lo que él había construido —Las palabras me saben amargas—. Ahora me miran como si fuera una cazafortunas intrigante que sedujo a su CEO en beneficio propio.

—Eso es una mierda.

—¿Lo es? —La miro a los ojos—. O sea, me estoy acostando con él. Sí que quería este trabajo por los contactos. Puede que no se equivoquen al desconfiar.

—Para ya —La voz de Eliza suena firme—. Te ganaste ese puesto antes de que pasara nada personal entre vosotros. Y por lo que me has contado, él te persiguió tanto como tú a él.

—Más —admito—. Él fue quien sugirió que intentáramos que lo nuestro funcionara. Él fue quien me llevó a aquella casa, quien sigue buscando excusas para que trabajemos hasta tarde y luego ir a su piso.

—Entonces, ¿por qué tienes cara de estar esperando que pase algo malo?

Porque lo estoy. Porque cada mirada ardiente que cruzamos en el pasillo, cada vez que me roza al pasar en la sala de juntas, cada momento que pasamos fingiendo que no hay nada entre nosotros parece acercarnos a una explosión inevitable. La gala es en una semana, y la presión es asfixiante.

—James no confía en mí —digo al fin—. El mejor amigo y socio de Nathaniel piensa que voy a traicionarlo. La junta vigila cada uno de mis movimientos, esperando a que demuestre que soy exactamente lo que creen. Y odio que una mujer a la que ni siquiera conozco siga afectando a mi vida.

—¿Victoria?

—No la soporto. Lo que le hizo, cómo consiguió que dudara de sí mismo, de su propio criterio con la gente. Ahora todos me miran y ven su sombra —Me paso las manos por el pelo, frustrada—. Estoy pagando por su traición, y no es justo.

Eliza alarga la mano por encima de la mesa y me aprieta la mía.

—¿Nathaniel te ha dado algún motivo para dudar de sus sentimientos?

Pienso en el fin de semana pasado, cuando pasamos todo el sábado en su cama. Cómo me abrazó después, dibujándome formas en el hombro desnudo mientras me hablaba de sus planes para la fundación. La forma en que me miró cuando creyó que estaba dormida, como si fuera algo precioso que temía perder.

—No —susurro—. Cuando estamos solos, es... real. Intenso. Como nada que haya vivido antes.

—Pues entonces que les den a los demás. Sois dos adultos que resulta que trabajáis juntos y que resulta que estáis locos el uno por el otro. No es tan complicado.

Pero lo es. Porque en menos de dos horas tengo que estar en la revisión final con los proveedores de la gala, fingiendo que no sé exactamente qué se siente cuando las manos de Nathaniel me agarran los muslos. Fingiendo que no tengo aún su sabor en la lengua desde que me desperté en sus brazos esta mañana.

—Debería irme —digo mientras miro el reloj—. La reunión en el local empieza a las tres.

—Mina —Eliza me agarra de la muñeca cuando me levanto—. Pase lo que pase con la gala, con la junta, con lo que sea, no dejes que te hagan sentir poca cosa. Eres brillante en lo que haces. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Le aprieto la mano, agradecida por su apoyo inquebrantable, y recojo el bolso para volver a la oficina. El recorrido por las instalaciones es el último repaso antes de la gala de la semana que viene: floristas, catering, técnicos de iluminación, seguridad, todos los que harán posible el éxito de la velada. Debería ser rutinario.

No lo es.

Estoy revisando los horarios de montaje con el director de iluminación cuando ella entra. Alta, rubia, con un traje burdeos perfectamente entallado. Se mueve con esa seguridad que solo dan años de conseguir siempre lo que una quiere.

—Disculpen el retraso —dice, con esa calidez ensayada en la voz que no le llega a los ojos—. Victoria Winters, de Prestige Catering Solutions.

Mina

Se me hiela la sangre. Victoria. La exprometida de Nathaniel, la mujer cuya traición sigue acechando cada una de mis interacciones profesionales, está a tres metros de mí, con su mano manicurada extendida hacia el encargado del lugar como si tuviera todo el derecho a estar aquí.

—Señorita Winters, excelente —dice el encargado mientras le estrecha la mano—. Justo estábamos revisando el cronograma final.

Me obligo a respirar con normalidad, a mantener la compostura profesional aunque todo mi ser me grita que me vaya. ¿Cómo ha pasado esto? Prestige lleva meses siendo nuestro proveedor de catering. ¿Cómo es posible que nadie supiera que ella trabajaba allí?

—Usted debe de ser Mina Monroe —dice Victoria, y clava en mí esos ojos azul pálido—. He oído hablar mucho de usted.

—Señorita Winters. —Mantengo la voz serena, profesional—. No sabía que trabajaba con Prestige.

—Adquisición reciente. —Su sonrisa no flaquea—. Traje varios clientes de alto nivel conmigo cuando me incorporé. Incluidos algunos de los antiguos socios de Nathaniel.

La manera en que pronuncia su nombre —casual, familiar, como si aún tuviera derecho a hacerlo— me hace apretar la mandíbula.

Continuamos con la inspección, pero no puedo dejar de ser consciente de la presencia de Victoria. Hace comentarios sutiles durante todo el recorrido, pequeñas observaciones que parecen inocentes pero con matices que no puedo ignorar.

—A Nathaniel siempre le han gustado los espacios íntimos —dice mientras revisamos la disposición del salón—. Le gusta que sus eventos importantes sean... personales.

Cuando estamos revisando el área de recepción VIP: —Es muy selectivo con quién tiene acceso a sus espacios privados. Muy cuidadoso con a quién le da su confianza.

Y finalmente, cuando estamos terminando: —Es maravilloso lo mucho que apoya al nuevo talento. Siempre ha sido tan... generoso con sus empleadas.

El énfasis en «empleadas» me eriza la piel, pero me niego a darle la satisfacción de ver una reacción.

—El cronograma parece sólido —digo al grupo mientras cierro mi carpeta—. Enviaré los correos de confirmación antes de que acabe el día.

—Señorita Monroe, ¿podría hablar un momento con usted? —La voz de Victoria me detiene en la puerta—. Solo quiero aclarar algunos

detalles del cronograma del catering.

Aunque sé que no debería, espero mientras los demás salen y nos dejan solas en el salón vacío.

—No es lo que esperaba —dice mientras me estudia con esos ojos calculadores.

—Yo no esperaba conocerla en absoluto.

Se ríe, un sonido como de cristal al romperse. —Estoy segura de que Nathaniel nunca mencionó que yo podría tener relación con los proveedores de la gala. Probablemente no le pareció que valiera la pena.

—¿Por qué iba a hacerlo? Sus contactos profesionales no tienen nada que ver con nuestra relación laboral.

—¿No? —Ladea la cabeza—. Quiero decir, aquí estamos, dos mujeres que han... trabajado estrechamente con Nathaniel Creed. Pensé que tendríamos mucho de qué hablar.

—Pues no.

—¿No? —Se acerca más y baja la voz hasta un susurro cómplice—. Dime, ¿ya te ha llevado a Akira? ¿Al comedor privado? Es toda una experiencia.

Una oleada de calor me recorre —ira, vergüenza, algo más visceral que ambas—. —No sé qué pretende...

—Intento ayudarte a no cometer los mismos errores que yo. —Su expresión cambia y se vuelve casi compasiva—. Nathaniel tiene patrones, Mina. Es encantador, intenso, te hace sentir como si fueras la única mujer en el mundo. Pero se aburre. Pasa página. Normalmente con una generosa indemnización para suavizar la transición.

—Miente.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? ¿Dos meses? ¿Tres? Justo lo suficiente para dejarte atrapar por la fantasía. —Se examina las uñas, perfectamente arregladas—. Yo duré dos años antes de que decidiera que era... prescindible.

—Usted vendió secretos de la empresa. Le traicionó.

La máscara de Victoria se resquebraja por un instante y deja entrever algo crudo y desesperado debajo. —Cometí errores. Pero no al principio. Al principio era igual que tú: ambiciosa, capaz, completamente enamorada de un hombre que parecía demasiado bueno para ser real.

—Esta conversación se ha acabado. —Me dirijo hacia la puerta, pero sus siguientes palabras me paran en seco.

—Los paseos en helicóptero. El ático. Las promesas sobre tu futuro. Se le da muy bien hacer que las mujeres se sientan especiales, ¿verdad? Hasta que la novedad se esfuma.

Me doy la vuelta, con la furia ardiendo en mi interior. —No sabe nada de lo que hay entre nosotros.

—Sé que lo ha hecho antes. Sé que lo volverá a hacer. —Se encoge de hombros con elegancia—. Solo intento ahorrarte el sufrimiento que pasé cuando me di cuenta de que no era más que otra en una larga lista de entretenimientos pasajeros.

—Lárguese. —Me tiembla la voz de rabia—. Lárguese antes de que llame a seguridad para que la echen.

Pasa junto a mí hacia la salida y se detiene en la puerta. —Buena suerte con la gala, Mina. Espero que sea todo lo que esperas.

Cuando se marcha, me quedo sola en el salón vacío, con el corazón latiéndome tan fuerte que casi puedo oírlo rebotar en las paredes. Cada palabra venenosa que ha plantado da vueltas en mi cabeza, se mezcla con mis dudas y mis miedos hasta que apenas puedo respirar.

Necesito ver a Nathaniel. Ya.

Veinte minutos después, estoy plantada frente a su despacho, con las manos temblorosas mientras llamo a la puerta.

—Adelante.

Está en su escritorio, sin chaqueta, con las mangas remangadas, guapísimo bajo la luz de la tarde que entra por las ventanas. Cuando me ve, su expresión se transforma de inmediato en preocupación.

—¿Mina? ¿Qué ocurre?

—Victoria estaba en la visita al local.

Se le queda la cara blanca. —¿Qué?

—Ahora trabaja para Prestige Catering. Por lo visto, a nadie se le ocurrió mencionarlo cuando los contratamos. —Cierro la puerta tras de mí porque necesito intimidad—. Quería hablar.

Nathaniel se levanta despacio, con los puños apretados.

—¿Qué te ha dicho?

—Que siempre haces lo mismo. Que solo soy otra empleada con la que te diviertes hasta que te aburres —las palabras me salen atropelladas, dejando al descubierto todos mis miedos e inseguridades—. Que ya lo has hecho antes y lo volverás a hacer.

—¿Y la has creído? —su voz suena peligrosamente calmada.

—¡No sé qué creer! —la confesión me sale desgarrada—. Todo el mundo piensa que te estoy utilizando, y ahora ella me dice que eres tú quien me utiliza a mí, y ya no sé qué es real.

Cruza el despacho en tres zancadas y me acorrala contra la puerta. Me enmarca el rostro con las manos, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Mírame —ordena—. Mírame de verdad.

Lo hago, y veo la furia en sus ojos, pero también algo más profundo. Algo que parece dolor.

—¿Crees que lo que hay entre nosotros es mentira? —pregunta mientras me acaricia los pómulos con los pulgares—. ¿Crees que

solo estoy jugando contigo?

—Yo...

—Porque si eso es lo que crees, quizá Victoria tenga razón. Quizá deberíamos acabar con esto antes de que se complique más.

Solo pensar en perderlo, en volver a un mundo donde sea únicamente mi jefe y nada más, me atenaza el pecho de pánico.

—No. No quiero que esto termine.

—Entonces confía en mí —apoya la frente contra la mía—. Confía en lo que sientes cuando estoy dentro de ti. Confía en lo que ves en mis ojos cuando te hago correr. Confía en esto.

Su boca se estrella contra la mía, desesperada y exigente. Le devuelvo el beso con la misma fiereza, necesito demostrarles a ambos que lo que tenemos es real, que el veneno de Victoria no puede tocarlo.

—Ven a casa conmigo —murmura contra mis labios—. Deja que te demuestre lo real que es esto.

Asiento, sin palabras, y dejo que me guíe fuera del despacho hacia el ascensor que nos llevará a su ático. Hacia la intimidad donde pueda borrar cada duda que Victoria sembró, donde pueda recordarme con sus manos, su boca y su cuerpo que, sea lo que sea esto entre nosotros, es nuestro.

Y merece la pena luchar por ello.

Tiene dos áticos, pero esta noche me lleva al que está sobre la oficina: el más cercano, el más privado, el más peligroso.

El trayecto en ascensor hasta su ático se hace interminable. Nos quedamos en extremos opuestos, manteniendo la distancia profesional por si alguien vigila las cámaras de seguridad, pero la tensión entre nosotros es tan densa que podría cortarse. Sus ojos no se apartan de los míos, oscuros, cargados de promesas y algo que parece desesperación.

En cuanto la puerta de su ático se cierra tras nosotros, me tiene contra ella, su boca sobre la mía con un hambre que me deja sin aliento. Esta no es la pasión controlada que solemos compartir: esto es puro instinto.

—Te ha afectado —dice contra mis labios mientras me desabrocha la blusa—. Se te nota en los ojos.

—Nathaniel...

—Voy a follarte hasta que se te olviden todas las dudas —gruñe mientras me quita la blusa de los hombros—. Voy a hacer que grites mi nombre hasta que recuerdes a quién perteneces.

Sus palabras me provocan una oleada de calor entre las piernas. Intento quitarle la camisa, desesperada por sentir su piel contra la mía, pero me atrapa las muñecas y me las inmoviliza por encima de la cabeza, contra la puerta.

—No —dice con firmeza—. Esta noche va de ti. Esta noche va de demostrarte que esto —presiona las caderas contra las mías para que sienta lo duro que está— no es mentira. No es temporal. No va a ninguna parte.

Me suelta las muñecas el tiempo justo para quitarme la falda, el sujetador, las bragas, hasta dejarme completamente desnuda y vulnerable ante él. Entonces se arrodilla y se echa una de mis piernas sobre el hombro.

—Nathaniel, ¿qué estás...? Oh, Dios.

Su boca está sobre mí, la lengua hundiéndose en mi interior, y tengo que agarrarme a su pelo para mantenerme en pie. Me devora como si estuviera hambriento, como si no se saciara nunca, con las manos aferrándome los muslos con tanta fuerza que sé que mañana tendré moratones.

—Dime que esto es mentira —exige, apartándose solo lo justo para hablar antes de volver a sumergirse—. Dime que tu cuerpo miente cuando me responde así.

No me salen las palabras. Apenas puedo respirar. El placer crece y crece hasta que grito, con las caderas embistiendo contra su boca mientras el orgasmo me atraviesa.

Pero no se detiene. Me lleva a su dormitorio y me tumba en su enorme cama con una delicadeza que contrasta con el hambre feroz de sus ojos.

—No he terminado contigo —dice mientras se quita la ropa con movimientos eficientes—. Ni de lejos.

Cuando está desnudo, alargo la mano hacia él, necesito tocarlo, saborearlo, darle el mismo placer que me está dando a mí. Pero otra vez me detiene.

—Esto va de ti —repite mientras se sube encima de mí y se acomoda entre mis muslos—. De demostrarte que no eres una empleada más. Que no eres una mujer más.

Entra en mí despacio, observándome el rostro mientras me llena por completo. La conexión es tan intensa que resulta casi abrumadora: no solo física, sino emocional, como si estuviera reclamando cada parte de mí.

—Mírame —ordena cuando intento cerrar los ojos—. Mírame cuando estoy dentro de ti. Mira lo que me haces.

Lo miro, y lo que veo me deja sin aliento. Este no es el CEO controlado ni el hombre de negocios calculador. Es un hombre completamente deshecho, vulnerable, real.

Se mueve despacio al principio, cada embestida deliberada y profunda, tocando puntos dentro de mí que me hacen arquearme y jadear. Sus manos están por todas partes: en mis pechos, en mi garganta, enredadas en mi pelo.

—¿Lo sientes? —pregunta con la voz ronca de deseo—. Esto no es mentira, Mina. Esto no es algo que pudiera fabricar o repetir con nadie más.

El ritmo aumenta, se vuelve más desesperado. Me está reclamando, marcándome, asegurándose de que entienda que todo lo que dijo Victoria era veneno para destruir lo que tenemos.

—Di mi nombre —exige mientras desliza la mano entre nosotros hasta encontrar mi clítoris—. Dilo para que sepa que recuerdas quién te hace sentir así.

—Nathaniel —jadeo, a punto de llegar otra vez.

—Otra vez.

—¡Nathaniel!

El orgasmo me arrolla con la fuerza de un tren, tan intenso que veo estrellas. Siento que él me sigue, su cuerpo estremecido contra el mío mientras pronuncia mi nombre como si fuera una oración.

Después, yacemos enredados, los dos sin aliento. Me atrae hacia su pecho y me envuelve con los brazos en un gesto protector.

—Intentó sabotearnos —dice por fin, con voz serena pero mortalmente seria—. Que Victoria apareciera hoy no fue casualidad. Trabaja con Prestige porque sabía que iban a encargarse del catering de la gala.

—¿Por qué haría eso?

Se le tensa la mandíbula.

—Porque está resentida. Porque nunca volví con ella después de que me traicionara. Se disculpó como un mes después de que todo saliera a la luz, quería que nos reconciliáramos, pero para mí se había acabado. No pudo aceptarlo.

—Dijo que siempre haces lo mismo. Que esto lo haces con todas tus empleadas.

—Mírame —me levanta la barbilla para que lo mire a los ojos—. Eres la primera mujer con la que he estado desde Victoria. La primera

mujer con la que he querido estar. No hay ningún patrón, Mina. Solo existes tú.

La sinceridad de su voz, la vulnerabilidad de sus ojos, borran de mi mente los últimos restos del veneno de Victoria.

—Te creo —susurro.

—Bien. Porque tengo algo más que decirte —su expresión se ensombrece—. Creo que Victoria está planeando algo. Que esté aquí, trabajando con nuestros proveedores, es demasiada casualidad. Trama algo, y creo que tiene que ver con la gala.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué tipo de algo?

—Aún no lo sé. Pero debemos andarnos con cuidado. La gala es demasiado importante —para la fundación, para mi reputación, para nosotros— como para dejar que la sabotee.

Asiento, consciente de la gravedad de la situación. Pero aquí tumbada entre sus brazos, todavía encendida por sus caricias, me siento más fuerte. Preparada para enfrentarme a lo que Victoria nos eche encima.

Porque lo que Nathaniel y yo tenemos es real. Y que me condenen si dejo que ella lo destruya.

15

Nathaniel

La Gala de la Fundación Creed es perfecta.

Estoy en un extremo del salón de baile, observando a quinientas de las personas más influyentes de la ciudad que se mezclan bajo arañas de cristal y una iluminación suave que transforma el espacio en algo mágico. El Muro del Legado de la Fundación Henderson brilla en el centro de la sala, con pantallas interactivas que muestran historias de éxito de jóvenes que estuvieron en acogida y recibieron becas educativas. Cada detalle que Mina planificó ha salido a la perfección.

Se mueve entre la multitud como si hubiera nacido para esto: saluda a patrocinadores, dirige al personal con gestos sutiles, se asegura de que cada invitado se sienta bienvenido e importante. Su vestido verde esmeralda le ciñe las curvas a la perfección, y cuando sonríe a los donantes, siento esa oleada familiar de orgullo y posesión.

Hace ocho semanas, entró en mi oficina como organizadora de eventos independiente en busca de contactos. Esta noche, orquesta un evento que recaudará más de dos millones de dólares para niños

que crecieron como yo. Niños que necesitan que alguien crea en su potencial.

—¡Tío Nate! —la voz de Zoe interrumpe mis pensamientos. Me giro y veo a Emma que se acerca con Rob y mi sobrina de cinco años, que lleva un elegante vestido azul marino y parece un poco abrumada por la multitud.

—Hola, princesa —digo mientras me agacho a su altura—. Estás preciosa.

—Mamá dijo que esta es tu fiesta importante —dice con seriedad—. Para ayudar a los niños a ir a la universidad.

—Así es. Niños que no tienen familias que los ayuden, como yo no la tenía.

Asiente solemnemente, luego se anima.

—¿Está aquí tu amiga Mina? ¿La que ayudó con las decoraciones?

—Está aquí —digo mientras me pongo de pie—. De hecho, ella es quien planificó todo este evento.

—Debe de ser muy inteligente —declara Zoe.

—Lo es —coincido, y recorro la sala con la mirada hasta que localizo a Mina cerca de la mesa de registro, atendiendo algún problema.

—Ahí está —dice Emma, siguiendo mi mirada—. ¿La morena de verde? Es preciosa, Nate.

Antes de que pueda responder, James aparece a mi lado.

—Nathaniel, tenemos que empezar el programa en cinco minutos. El sistema de presentación está listo.

Asiento mientras compruebo el reloj. Las ocho y media en punto. El cronograma de Mina ha sido preciso al minuto durante toda la velada.

—Debería subir —le digo a Emma—. El discurso de apertura.

—Estaremos escuchando —dice, y me aprieta el brazo—. Estoy orgullosa de ti por hacer esto.

Me dirijo al pequeño escenario en la parte delantera del salón de baile y acepto el micrófono del técnico de audiovisuales. La multitud se calla mientras las luces se atenúan ligeramente y centran la atención en mí.

—Buenas noches a todos. Gracias por estar aquí esta noche.

Mi voz llega con claridad a través del sistema de sonido. Veo a los miembros de la junta directiva dispersos entre la multitud: Henderson cerca del Muro del Legado, Mitchell en una mesa alta con su esposa, Crawford probando los aperitivos, Park de pie con un grupo de donantes de la fundación.

—Hace quince años, salí del sistema de acogida sin nada más que un diploma de secundaria y determinación. Fui uno de los afortunados: encontré mentores, oportunidades, formas de construir algo de la nada. Pero por cada historia de éxito como la mía, hay docenas de jóvenes que se quedan en el camino.

Hago una pausa, dejando que eso cale. La sala está completamente en silencio, cada persona concentrada en mis palabras.

—Esta noche, estamos aquí para cambiar eso. La Fundación Creed existe para proporcionar becas educativas, programas de mentoría y servicios de apoyo para adolescentes que salen del sistema de acogida. Cada dólar recaudado esta noche va directamente a estos programas.

Los aplausos llenan la sala, cálidos y genuinos. Capto la mirada de Mina al otro lado de la multitud. Está de pie cerca del fondo, radiante de orgullo, y siento esa opresión familiar en el pecho: el sentimiento que se ha ido intensificando cada día.

—Quiero agradecer a nuestros increíbles patrocinadores, empezando por la Fundación Henderson, cuyo Muro del Legado ven detrás de mí, donde se muestran los logros de nuestros becarios.

Más aplausos. Henderson asiente con aprobación desde su posición cerca de la exposición.

—Pero lo más importante, quiero agradecer a la mujer que hizo posible esta noche: nuestra Directora de Eventos, Mina Monroe, cuya visión y dedicación han creado algo verdaderamente especial.

El foco encuentra a Mina, y ella saluda con elegancia, claramente incómoda con la atención pero manejándola a la perfección. Observo a varios miembros de la junta directiva que se giran para mirarla, y la ven no como la supuesta novia de Nathaniel Creed sino como la profesional que orquestó este éxito.

—Ahora, me gustaría invitar a algunos de nuestros becarios a compartir sus historias.

Retrocedo mientras tres jóvenes adultos toman el micrófono: un estudiante de medicina, un recién graduado en ingeniería y un profesor que creció en siete hogares de acogida diferentes. Sus historias son poderosas, conmovedoras, exactamente lo que Mina imaginó cuando planificó este segmento.

La multitud está cautivada. Veo lágrimas en los ojos de varias personas, talonarios de cheques que ya aparecen mientras el impacto emocional hace efecto. Esto es lo que Mina entendió y otros organizadores de eventos pasaron por alto: la gente no dona a causas, dona a personas.

Cuando los testimonios concluyen y comienza el servicio de cena, me muevo entre la multitud, agradeciendo a los patrocinadores y conversando. Todo transcurre exactamente según lo planeado hasta que la veo.

Victoria está cerca de la entrada con un impresionante vestido negro, del brazo de alguien que reconozco: Marcus Webb, un empresario tecnológico que recibió una invitación a través de la fundación de su empresa. Es su acompañante, lo que explica cómo pasó la seguridad.

Nuestros ojos se encuentran al otro lado de la sala. Sabía que la vería. Quería que la viera.

Me excuso de la conversación con un miembro de la junta directiva de la fundación y me dirijo hacia James, que está de pie cerca de la mesa de registro.

—Victoria está aquí —digo en voz baja.

Su expresión se ensombrece de inmediato.

—¿Cómo?

—Acompañante de Marcus Webb. Webb Industries donó veinticinco mil.

—Mierda —James recorre la multitud con la mirada hasta que la localiza—. ¿Qué quieres hacer?

—Nada, por ahora. Quizás solo esté aquí para dejarse ver. Pero vigílala.

—Ya me encargo.

Vuelvo a trabajar la sala, pero no puedo dejar de notar la presencia de Victoria. Se mezcla con elegancia, interpretando a la acompañante perfecta, pero la sorprendo observando a Mina varias veces con ojos calculadores.

La subasta comienza a las nueve y media, y Mina sube al escenario para presentar los artículos. Está segura de sí misma, encantadora, y consigue ser profesional y cercana a la vez mientras dirige las pujas. Un fin de semana en mi cabaña junto al acantilado se adjudica por cincuenta mil. Una cata privada de vinos alcanza los treinta mil. El último lote —el derecho a dar nombre a la beca del próximo año— se vende por setenta y cinco mil dólares.

El total supera en un cuarenta por ciento lo que esperábamos recaudar. Es un triunfo, y veo la satisfacción en el rostro de cada miembro de la junta a medida que suben las cifras.

—Lo logramos —dice Mina en voz baja al volver a mi lado tras la subasta. Tiene las mejillas encendidas y los ojos le brillan de satisfacción.

—Lo lograste tú —la corrijo, sin desear otra cosa que estrecharla entre mis brazos y besarla delante de todos. Pero seguimos manteniendo nuestra fachada profesional, seguimos fingiendo que no hay nada entre nosotros.

—Nathaniel.

La voz de Victoria atraviesa el momento como un cuchillo de hielo. Aparece a nuestro lado, con Marcus Webb detrás, visiblemente desconcertado.

—Victoria —respondo con frialdad—. Marcus, gracias por el apoyo de su fundación esta noche.

—Por supuesto —dice Webb—. Victoria me comentó que te conocía y le pareció buena idea venir. Una gran causa.

—Lo es —coincido, sin apartar los ojos de Victoria—. No sabía que se conocían.

—Nos conocimos en una subasta benéfica el mes pasado —dice Victoria con voz suave—. Cuando vi la invitación, no pude resistirme. Siempre es un placer ver el... trabajo de Nathaniel.

La pausa antes de «trabajo» es deliberada, cargada de insinuaciones. Mina se tensa a mi lado, pero mantiene una expresión perfectamente profesional.

—Señorita Monroe —continúa Victoria, y clava esos fríos ojos azules en Mina—. Qué evento tan impresionante. Aunque debo decir que la elección del lugar es interesante. Muy similar a la fiesta de compromiso que Nathaniel y yo celebramos aquí hace dos años.

El comentario es como una bofetada, calculado para recordar a todos los presentes nuestra relación pasada y sugerir que Mina no hace más que seguir los pasos de Victoria.

—Elegí este lugar por su acústica y distribución —responde Mina—. El espacio se adapta perfectamente a las necesidades de la fundación.

—Por supuesto. Qué... profesional de tu parte —la sonrisa de Victoria no flaquea—. Debe de ser difícil trabajar tan de cerca con Nathaniel. Puede ser bastante... exigente con sus empleadas.

El énfasis en «empleadas» es inconfundible. Intenta reducir a Mina a una más de mi plantilla, restarle mérito a sus logros.

—Los estándares del señor Creed me parecen apropiadamente altos —responde Mina, pero detecto un ligero filo en su voz—. La excelencia requiere un liderazgo exigente.

Victoria se ríe, y su risa resuena en el relativo silencio que nos rodea. Varias conversaciones cercanas se interrumpen y la gente se vuelve para ver qué pasa.

—Oh, querida, aún no has visto lo que es exigente. Espera a que pase la novedad y se espere de ti que ofrezcas servicios más allá de la organización de eventos.

La insinuación es clara, repugnante y completamente inaceptable. Noto cómo la rabia me sube por el pecho, pero antes de que pueda responder, Victoria continúa.

—Aunque supongo que las oportunidades de ascenso compensan. ¿De freelance a ejecutiva en cuánto, dos meses? Eso tiene que ser

un récord.

Ahora habla lo bastante alto como para que vea a los miembros de la junta volverse hacia nosotros. Henderson frunce el ceño, Mitchell se ha acercado para oír mejor, y el rostro de Crawford se ensombrece de desaprobación.

Esto es exactamente lo que Victoria quería: montar una escena, hacer pública nuestra relación de la forma más dañina posible, insinuar que Mina consiguió su puesto con favores sexuales y no por su valía.

—Ya basta —digo, con la voz cargada de la autoridad que empleo en las adquisiciones hostiles—. Tienes que marcharte.

—¿Marcharme? —Victoria abre mucho los ojos con fingida inocencia —. Pero si la velada se está poniendo interesante. Solo estaba felicitando a la señorita Monroe por su rápido ascenso profesional. Es inspirador, de verdad, lo rápido que puede subir una mujer cuando está dispuesta a...

—Cuando es brillante en su trabajo —la interrumpo y doy un paso al frente—. Cuando tiene la visión y la capacidad de convertir una gala benéfica corriente en el evento más exitoso de la historia de esta fundación.

El salón se ha quedado notablemente más silencioso. Más gente mira ahora, oliendo el drama. Veo cómo levantan discretamente los móviles: en treinta segundos, esto estará en las redes sociales.

La máscara de Victoria se resquebraja ligeramente y deja entrever la amarga ira que hay debajo.

—Qué romántico. Aunque recuerdo elogios parecidos cuando yo calentaba tu cama y me ocupaba de tus...

—Basta —mi voz corta el aire como un látigo—. Traicionaste a esta empresa, me traicionaste a mí, y ahora intentas destruir a una mujer cuyo único delito es ser mejor en su trabajo de lo que tú lo fuiste nunca en el tuyo.

El silencio es absoluto. Quinientas personas observan esta confrontación, incluidos todos los miembros de la junta, todos los grandes donantes, todas las personas cuya opinión podría afectar el futuro de mi empresa.

Podría intentar resolver esto en privado, llevarme a Victoria aparte, minimizar los daños. Eso es lo que haría un CEO prudente y cauteloso.

Pero tomo una decisión que lo cambia todo.

Me vuelvo hacia la multitud, y mi voz resuena clara en el silencioso salón.

—Damas y caballeros, quiero hablar de algo abiertamente, ya que parece que de todas formas se va a comentar esta noche.

Todas las miradas de la sala se clavan en mí. Veo a James cerca del fondo, con el rostro pálido de preocupación. Emma y Rob se han quedado paralizados junto a su mesa. Los miembros de la junta observan con expresiones que oscilan entre la fascinación y el horror.

—Mina Monroe y yo mantenemos una relación. Llevamos varias semanas juntos. Ella no consiguió su puesto más que por su

excepcional competencia, como el éxito de esta noche demuestra claramente.

Jadeos y murmullos recorren la multitud. Levanto la mano para pedir silencio.

—Entiendo que esto complica las percepciones, pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras una exempleada resentida insinúa que una profesional brillante consiguió sus logros por algo que no fuera su mérito. La señorita Monroe organizó un evento que superó en un cuarenta por ciento nuestros objetivos de recaudación. Coordinó a docenas de proveedores, gestionó una logística que habría puesto a prueba a profesionales veteranos, y creó una experiencia que honra a los jóvenes a quienes estamos aquí para apoyar.

Miro directamente a cada miembro de la junta mientras continúo.

—Si a alguien le preocupa mezclar lo profesional con lo personal, lo entiendo. Pero no voy a disculparme por reconocer un talento excepcional, ni por haberme enamorado de una mujer excepcional.

El silencio se prolonga durante varios instantes. Luego, inesperadamente, empiezan los aplausos: dispersos al principio, pero van creciendo. Henderson es el primero, con sus manos curtidas que aplauden lenta pero deliberadamente. Park se suma, después otros, hasta que la mayor parte de la sala aplaude.

El rostro de Victoria palidece y luego enrojece. Su sabotaje, tan cuidadosamente orquestado, le ha estallado en la cara de forma espectacular. Marcus Webb, visiblemente mortificado, la toma del brazo.

—Creo que deberíamos irnos —dice en voz baja.

Victoria recorre la sala con la mirada: la multitud aplaudiendo, los miembros de la junta asintiendo con aprobación, Mina erguida y digna a mi lado.

—Esto no ha terminado —dice, pero su voz suena vacía.

—Sí, ha terminado —respondo con firmeza—. Seguridad la acompañará a la salida.

Mientras Victoria y Webb se marchan, me vuelvo hacia la multitud.

—Bien, volvamos a lo importante: celebrar a estos jóvenes increíbles y los futuros prometedores que estamos ayudando a construir.

El murmullo de la sala recupera su nivel habitual; las conversaciones se reanudan con renovada energía tras el drama que acaban de presenciar. Pero aún queda trabajo por hacer. Necesito hablar con los miembros de la junta de inmediato.

Henderson es el primero en acercarse, con expresión indescifrable.

—Bueno —dice con sequedad—. Desde luego, ha sido muy directo.

—Richard, yo...

Levanta la mano.

—Nathaniel, en cuarenta años de negocios, he visto muchos escándalos de directores ejecutivos. Aventuras, malversación, uso de información privilegiada. Lo que acabo de ver ha sido a un hombre

que defendía la reputación profesional de su empleada y sus decisiones personales con una honestidad admirable.

Siento que la tensión en el pecho se alivia un poco.

—La junta...

—Se reunirá el lunes para tratar esto formalmente —continúa Henderson—. Pero a título personal, la señorita Monroe ha manejado esa confrontación con elegancia bajo presión. Si es capaz de lidiar con personalidades hostiles y el escrutinio público sin perder la compostura, sin duda puede asumir responsabilidades ejecutivas.

Mitchell aparece a mi lado.

—Estoy de acuerdo. Esa mujer, Victoria, estaba claramente intentando sabotearos a los dos. La reacción de la señorita Monroe demostró verdadera clase.

—Y lo más importante —añade Crawford, uniéndose al grupo—: el evento habla por sí solo. Dos millones cuatrocientos mil recaudados, cada detalle perfecto, los proveedores deshaciéndose en elogios. Los resultados importan más que los cotilleos.

Park asiente en silencio.

—Las presentaciones de los becarios fueron especialmente eficaces. Quien es capaz de crear ese tipo de conexión emocional entiende de qué va realmente esta fundación.

Siento que algo parecido al alivio me inunda.

—Caballeros, les agradezco...

—No nos des las gracias todavía —dice Henderson con una leve sonrisa—. Aún tendremos que formalizar el puesto de vicepresidenta del que hablamos. Pero después de esta noche, creo que podemos seguir adelante con eso.

Cuando los miembros de la junta se alejan, por fin me quedo a solas con Mina. Ha permanecido en silencio durante todo el intercambio, manteniendo su compostura profesional incluso cuando nuestra relación ha quedado expuesta públicamente.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

—Eso debería preguntártelo yo a ti —responde—. Acabas de anunciar nuestra relación ante quinientas personas y todas las revistas de negocios importantes de la ciudad.

—No podía dejar que te destruyera para llegar a mí.

Sus ojos verdes se suavizan.

—Podrías haberlo perdido todo. La junta, tu reputación, el control de la empresa.

—No todo —digo, tomándola de la mano por primera vez en público —. No podía perder lo que más me importa.

Me aprieta los dedos y veo lágrimas asomando en las comisuras de sus ojos.

—La gala —dice—. ¿Al menos ha sido un éxito?

Recorro el salón con la mirada: los donantes que firman cheques, los becarios que aún comparten sus historias con simpatizantes interesados, el Muro del Legado rodeado de gente que descubre las historias de éxito de jóvenes tutelados.

—Mina —digo, atrayéndola hacia mí—. Hemos superado todos los objetivos. Dos millones cuatrocientos mil dólares para niños que lo necesitan. Y lo has conseguido tú. Tu visión, tu planificación, tu ejecución.

—Nuestra ejecución —me corrige—. Lo hemos hecho juntos.

A medida que la velada llega a su fin y los últimos invitados van marchándose, observo a Mina coordinar la recogida con la misma eficiencia que ha aportado a todos los demás aspectos de la noche. El personal de catering, los encargados del local, los decoradores: todos elogian su profesionalidad y organización.

James se acerca mientras reviso las cifras finales de donaciones.

—La prensa ya está llamando —dice—. Tres revistas de negocios quieren entrevistas sobre esta noche. No sobre el drama sentimental, sino sobre el éxito de la recaudación y los planes de expansión de la fundación.

—Bien —digo—. Coordínalas con Mina. Si quieren hablar de lo de esta noche, que hablen con los dos.

James asiente.

—La reunión de la junta del lunes...

—Formalizará su ascenso a vicepresidenta de Proyectos Especiales —concluyo—. Después de esta noche, no pueden decir que no ha demostrado su valía.

—¿Y vuestra relación?

Miro hacia el otro lado de la sala, donde Mina guarda con cuidado los materiales del Muro del Legado y trata cada foto de los becarios con reverencia.

—Ya no es un secreto. Lo que significa que podemos dejar de fingir que no existe.

Por primera vez en semanas, no tengo que ocultar lo que siento por ella. No tengo que mantener las distancias ni preocuparme por quién pueda vernos juntos.

Victoria intentó destruirnos esta noche, pero lo que ha conseguido es liberarnos.

La gala ha sido perfecta. La recaudación ha superado todas las expectativas. La junta apoya el ascenso de Mina.

Y la mujer que amo es, por fin, oficial e innegablemente mía.

Mina

Seis meses después…

Las aspas del helicóptero zumban sobre nuestras cabezas mientras despegamos del helipuerto de la azotea; la ciudad se extiende a nuestros pies, bañada por la luz dorada de la tarde. Aún se me encoge el estómago de emoción cada vez que hacemos este viaje, aunque ya se ha convertido en nuestro ritual de fin de semana: escapar a la casa de Nathaniel en el acantilado siempre que necesitamos respirar.

—Estás sonriendo —dice Nathaniel a través de los auriculares, y me busca la mano mientras sobrevolamos la costa.

—Siempre sonrío cuando venimos aquí —le aprieto los dedos mientras contemplo el paisaje familiar que se extiende bajo nosotros —. Es nuestro lugar.

Seis meses desde la gala. Seis meses desde el espectacular fracaso de Victoria y el inicio público de nuestra relación. Seis meses desde que me convertí en vicepresidenta de Proyectos Especiales y

Nathaniel dejó de preocuparse por quién supiera que estábamos juntos.

La casa aparece a la vista, encaramada en su espectacular acantilado con las olas rompiendo contra las rocas de abajo. Pero hoy hay algo diferente. Hay furgonetas de obreros en el camino de entrada, equipo de jardinería esparcido por los terrenos.

—¿Qué es todo eso? —pregunto mientras descendemos hacia la plataforma de aterrizaje.

—Ya lo verás —dice, con esa sonrisa misteriosa bailándole en los labios. La misma sonrisa que tenía cuando me trajo aquí por primera vez, cuando me convenció de apostar por algo que parecía imposible.

Aterrizamos suavemente, y me sorprende ver que los trabajadores nos saludan con la mano y empiezan a recoger su equipo. Sea lo que fuera que estuvieran haciendo, han terminado justo a tiempo para nuestra llegada.

—Nathaniel, ¿qué está pasando? —exijo mientras me ayuda a bajar del helicóptero.

—Paciencia, señorita Monroe. Hay cosas que merecen la pena.

Me conduce hacia la casa, pero en lugar de entrar por la puerta principal como siempre, se detiene en el porche y saca un juego de llaves que no había visto nunca. Cuelgan de un llavero con forma de helicóptero diminuto, delicado y claramente caro.

—¿Llaves nuevas? —pregunto.

—Nueva propietaria —dice simplemente, y me las pone en la mano.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—La casa es tuya, Mina. Completamente, legalmente, oficialmente tuya.

Me quedo mirando las llaves en mi mano; pesan más de lo que deberían, como si su significado les añadiera peso.

—Nathaniel, no puedo aceptar...

—Sí, puedes. Y lo harás —su voz es firme pero dulce—. Porque la hice renovar para ti. Porque cada fin de semana que pasamos aquí, te veo tomar nota mentalmente de lo que cambiarías, de cómo organizarías las cosas. Porque mereces un lugar que sea enteramente tuyo.

Abre la puerta principal y me hace pasar, y se me escapa un grito ahogado al ver lo que hay dentro.

La casa ha sido completamente transformada, pero no con esa frialdad impersonal de los diseñadores. Cada detalle refleja mi gusto, mis preferencias, conversaciones que hemos tenido durante perezosas mañanas de domingo sobre qué hace que un espacio sea un hogar.

El salón ahora luce el sofá verde esmeralda intenso que admiré en una revista, colocado en el lugar perfecto para disfrutar tanto de la vista al mar como de la chimenea. Las paredes están pintadas en ese tono crema suave que mencioné que me encantaba, y hay

estanterías empotradas a ambos lados de la chimenea: exactamente lo que dije que faltaba en el diseño original.

—¿Cómo has recordado todo esto? —susurro, pasando los dedos por la repisa que ahora exhibe pequeñas fotos enmarcadas de nosotros juntos, mezcladas con fotos de mi familia y amigos.

—Lo recuerdo todo de ti —dice, llevándome hacia la cocina.

La cocina me deja sin aliento. Los armarios han sido renovados en el verde salvia que señalé en un programa de decoración que vimos juntos. Hay un fregadero rústico como el que mencioné que quería, estanterías abiertas para exhibir la vajilla vintage que me encanta coleccionar, y un pequeño huerto de aromáticas visible a través de la ventana que él mismo plantó con albahaca, romero y tomillo: las hierbas que siempre uso cuando cocino para él.

—Nathaniel —exhalo, abrumada por el cuidado puesto en cada detalle.

—Hay más —dice, llevándome hacia las escaleras.

El dormitorio principal ha sido rediseñado en torno a una preciosa cama con dosel y cortinas blancas vaporosas. Las paredes están pintadas en el azul más pálido —el color del cristal de mar, le dije una vez— y hay un rincón de lectura junto a la ventana con un sillón de cuero e iluminación perfecta. El baño contiguo tiene una bañera con patas en la que ya me imagino sumergida mientras contemplo la puesta de sol.

—La habitación de invitados está preparada como tu despacho —explica, guiándome por el pasillo—. Con el escritorio elevable que

mencionaste que querías y esa silla ergonómica ridículamente cara que llevas tiempo deseando.

Echo un vistazo al despacho y veo todo exactamente como lo habría elegido yo: luz natural, espacio de almacenaje bien organizado, un tablero de inspiración ya colgado en la pared. Sobre el escritorio hay una única rosa roja y un sobre con mi nombre escrito en su inconfundible caligrafía.

—¿Qué es esto? —pregunto, cogiendo el sobre.

—La escritura —dice simplemente—. Es tuya, Mina. Sin condiciones, sin ataduras. Tuya.

Me dejo caer en la silla del escritorio; el sobre me tiembla en las manos.

—No entiendo. ¿Por qué ibas a...?

—Porque hace seis meses, apostaste por algo que parecía imposible. Confiaste en mí cuando todos te decían que no lo hicieras. Te quedaste a mi lado cuando habría sido más fácil marcharte —se arrodilla junto a la silla y me coge la mano libre—. Porque has transformado cada parte de mi vida, y quería darte algo que fuera completamente tuyo. Algo que nadie pueda quitarte ni cuestionar ni menospreciar jamás.

Las lágrimas me nublan la vista mientras miro a mi alrededor, contemplando una habitación que refleja tan perfectamente quién soy que podría haberla diseñado yo misma. Pero no hizo falta, porque él me conoce lo bastante bien para hacerlo por mí.

—La reunión de la junta de esta mañana —digo de repente—. Dijiste que tenías asuntos que atender. Estabas aquí, ¿verdad? Supervisando los últimos detalles.

Sonríe.

—James me cubrió. Les dijo que estaba ocupándome de asuntos de la fundación. Técnicamente, era verdad.

Me río entre lágrimas, abrumada por la magnitud de lo que ha hecho.

—Nathaniel, esto es demasiado.

—No —dice con firmeza, y se pone de pie mientras me levanta con él—. No es suficiente. Nunca será suficiente para compensar lo que me has dado.

Me lleva de vuelta al piso de abajo y salimos a la terraza, donde el sol poniente pinta el mar en tonos dorados y rosados. Los jardineros han colgado guirnaldas de luces sobre nuestras cabezas y han plantado mis flores favoritas en los arriates junto a la barandilla: peonías, lavanda y rosas que irán floreciendo a lo largo de las estaciones.

—Cada fin de semana que venimos aquí —dice, rodeándome con sus brazos desde atrás mientras observamos las olas—, consigues que esto se sienta como un hogar. No mi hogar, no un lugar que me pertenece, sino nuestro hogar. El primer hogar que he tenido y que de verdad siento como tal.

Me recuesto contra su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón.

—Siempre fue nuestro hogar. Incluso antes de esto.

—Ahora es oficial. Y cuando estés aquí sola, trabajando en asuntos de vicepresidenta o simplemente porque necesitas espacio para pensar, sabrás que todo lo que te rodea fue elegido porque te amo. Porque te conozco. Porque quiero que tengas justo lo que te hace feliz.

Me giro entre sus brazos y miro a este hombre que hace seis meses era solo un poderoso director ejecutivo con una sonrisa peligrosa. Ahora es la persona que nota que prefiero la luz de la mañana para leer, que recuerda que me encanta el olor a lavanda, que pasó meses planeando una sorpresa que demuestra lo bien que me conoce.

—Te quiero —le digo, y las palabras pesan más que nunca—. No por esto, no por lo que me has dado, sino por quién eres cuando estamos solos. Por cómo miras a esos becarios como si fueran tus propios hijos. Por defenderme incluso cuando te cuesta algo.

—Nunca me ha costado nada —dice mientras me acaricia el pómulo con el pulgar—. Quererte solo me ha hecho más rico.

El sol desciende y lo tiñe todo de luz dorada, y me doy cuenta de que este es el momento que quiero recordar para siempre. No solo la casa, no solo el increíble regalo, sino esto: estar de pie en nuestra terraza, en el lugar que siempre se ha sentido mágico, sabiendo que, vengan los desafíos que vengan, los enfrentaremos juntos.

—Hay champán en la nevera —me susurra al oído—. Y puede que haya llenado la cocina con todo lo que necesitas para preparar ese plato de pasta que tanto me gusta.

—¿El de las hierbas?

—El de las hierbas —dice con una sonrisa suave, íntima—. Pensé que podríamos cocinar juntos. Estrenar la cocina como es debido.

Pienso en el jardín de hierbas que se ve desde la ventana de la cocina, en la iluminación perfecta y en cómo ha pensado en todo. En la escritura que está arriba y que convierte esto en legalmente mío, pero más importante aún, en el hombre que me regala cosas no porque pueda permitírselas, sino porque quiere que sea feliz.

—Más tarde —digo, y me alzo para besarlo mientras las primeras estrellas aparecen en el cielo—. Ahora mismo, solo quiero quedarme aquí contigo y contemplar nuestro hogar.

Nuestro hogar. Las palabras suenan perfectas, completas, como la pieza que faltaba de un rompecabezas que no sabía que estaba armando.

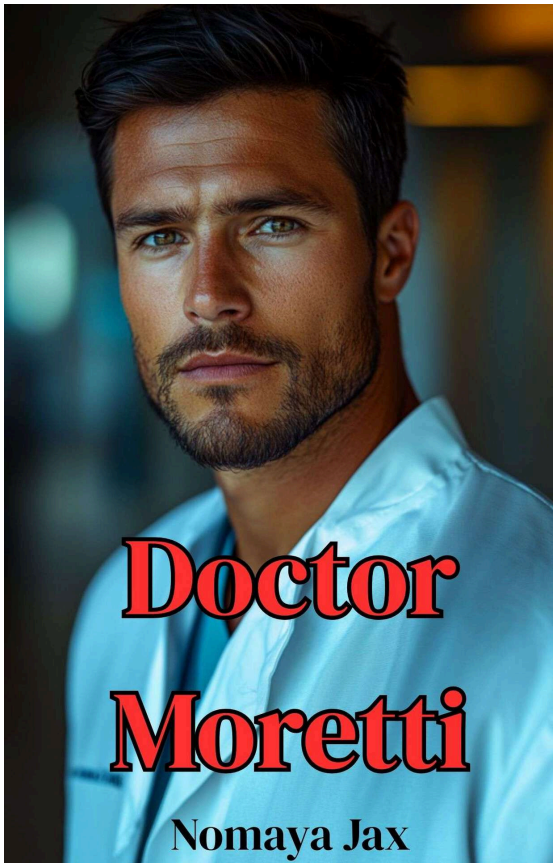
Hace seis meses, pensé que solo estaba organizando un evento. No tenía ni idea de que estaba planeando una vida.

El helicóptero descansa en silencio sobre la plataforma de aterrizaje, listo para llevarnos de vuelta a la ciudad cuando queramos. Pero esta noche no vamos a ninguna parte. Esta noche estamos exactamente donde debemos estar.

¡Gracias por leer!

¿Te ha gustado esta historia sobre Mina y Nathaniel? Entonces te encantará mi novela corta,

Doctor Moretti



Me criaron para odiar el apellido Moretti, pero nada me preparó para la electricidad que recorre mi cuerpo cuando las manos de Cole se apoderan de mí en la oscuridad de su despacho.

Sus caricias exigentes me deshacen por completo y me hacen olvidar que la enemistad de mi padre con su familia podría destruirnos a ambos. Cada noche prohibida, Cole toma el control de formas que me dejan temblando, y mi cuerpo se rinde aunque mi mente me advierta de las consecuencias.

Entre confesiones susurradas contra piel ardiente y un placer tan abrumador que destroza mis defensas, me estoy enamorando del único hombre que tengo prohibido desear.

Ahora mi padre ha descubierto nuestro secreto, y debo elegir: la familia que ha controlado mi vida o el hombre que ha despertado en mí deseos que ni sabía que existían.

¡Lee ahora! https://mybook.to/FFAC



Capítulo 1 – COLE

El vapor se arremolina a mi alrededor, denso y caliente contra mi piel, mientras el agua golpea mi espalda.

Las paredes de mármol de la ducha relucen húmedas y oscuras bajo la iluminación empotrada, piedra italiana importada que costó más de lo que me apetece admitir. Cierro los ojos y dejo que el chorro abrasador me martillee los hombros, liberando la tensión.

Las manos de Jessica se deslizan alrededor de mi cintura desde atrás, su cuerpo desnudo apretándose contra el mío, suave donde yo soy duro.

—¿Hay sitio para una más? —murmura con los labios rozándome el omóplato.

Me giro y la contemplo: el agua goteando sobre su piel bronceada, el cabello castaño oscuro pegado al cuello, los ojos color chocolate cargados de deseo. Es hermosa. Todas lo son. Ese es el punto.

—Siempre —respondo, y la hago retroceder contra la pared de mármol.

Su respiración se entrecorta cuando la piedra fría se encuentra con su piel cálida. Le agarro las muñecas y se las inmovilizo sobre la cabeza con una mano mientras la otra traza un camino por su cuerpo. Jessica se arquea hacia mi contacto y un pequeño gemido escapa de sus labios cuando mis dedos encuentran su centro.

—Cole —jadea, moviendo las caderas contra mi mano—. Dios, te necesito.

Mi polla se contrae en respuesta, ya dura.

—Dime exactamente qué necesitas.

Esto es lo que quiero: el control, el poder de hacerla desmoronarse mientras yo permanezco entero. Intacto. Imperturbable. Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo.

Le suelto las muñecas y la hago girar para que quede de cara a la pared, con las palmas planas contra el mármol. El agua cae en cascada sobre nosotros mientras me aprieto contra ella desde atrás y mi polla se desliza entre sus muslos.

—Por favor —suplica, apretándose contra mí.

Le agarro el pelo y tiro lo suficiente para hacerla jadear, dejando al descubierto la elegante línea de su cuello.

—Ya que lo pides tan amablemente.

Me hundo en ella y observo cómo sus dedos se curvan contra el mármol mientras grita. La ducha se llena con los sonidos de nuestros cuerpos al encontrarse, el agua golpeando la piedra, sus gemidos rebotando en las paredes. Le agarro las caderas con la

fuerza suficiente para dejar marcas: prueba de que estoy aquí, ahora, dentro de ella.

Pero no de verdad.

Nunca de verdad.

Jessica se corre con un estremecimiento y mi nombre en los labios, apretándose a mi alrededor, atrayéndome más adentro. La sigo momentos después, y la liberación me recorre: física, satisfactoria y completamente vacía.

Lo que viene después es siempre igual. Los cuerpos que se separan, la realidad que se reafirma, la breve conexión que se disuelve como vapor en el aire.

—Eso fue increíble —susurra Jessica, y se gira para mirarme con una sonrisa.

Alcanzo el champú sin mirarla a los ojos. —Siempre lo es.

Me rodea la cintura con los brazos y apoya la mejilla contra mi pecho. Me pongo rígido; el gesto es demasiado íntimo, demasiado cercano a algo que no estoy dispuesto a dar. Después de tres meses, ya debería conocer los límites.

—Cole —dice en voz baja—, ¿podemos hablar?

Esas palabras. Siempre llegan tarde o temprano.

Me libero de su abrazo y me concentro en lavarme el pelo. —¿Sobre qué?

—De nosotros. —Me toca el brazo; su expresión es abierta, esperanzada. Vulnerable—. Llevamos meses con esto, y yo solo... quiero más.

Aprieto la mandíbula. —No hay ningún «nosotros», Jessica. Ya hemos hablado de esto.

—Sé lo que dijiste al principio, pero las cosas cambian. Las personas cambian. —Se acerca más; el agua le corre por la cara como si fueran lágrimas. *Quizás lo son*—. Me estoy enamorando de ti, Cole.

La frialdad familiar se instala en mi pecho; el muro que construí ladrillo a ladrillo después de lo de Carly vuelve a alzarse con firmeza. —No lo hagas.

—¿Que no haga qué? ¿Que no sienta? ¿Que no me importe? —El dolor destella en sus ojos—. Así no es como funciona esto.

—Es exactamente como funciona. —Salgo de la ducha y cojo una toalla del toallero calefactado—. Nos divertimos. Sexo genial. Sin complicaciones.

Me sigue; el agua forma charcos a sus pies sobre el mármol. —¿Entonces eso es todo? ¿Solo soy un cuerpo para ti?

La miro entonces, de verdad la miro: la mujer que lleva noventa y tres días en mi cama, cuya bebida favorita es el tequila sunrise, que tiene una pequeña cicatriz en la rodilla izquierda de cuando se cayó de la bici a los doce años. Detalles que he ido absorbiendo sin querer.

—Firmaste el acuerdo de confidencialidad, Jessica —digo, y las palabras me salen más duras de lo que pretendía—. Sabías lo que

era esto.

Su cara se descompone por un momento antes de endurecerse. —El acuerdo de confidencialidad era sobre privacidad, no sobre tratarme como si fuera desechable.

—Nunca te prometí nada más.

—¡No tenías que hacerlo! Pasamos noches juntos, hablamos, reímos...

—Follamos —la interrumpo—. Eso es todo. Es lo único que ha sido siempre.

Retrocede como si la hubiera abofeteado. —¿Por qué eres así? ¿Qué pasó para que te volvieras tan frío?

El rostro de Carly me cruza la mente: sus disculpas entre lágrimas en mi puerta al volver de las Bahamas, el iPhone aún en la mano con las fotos virales de ella y un desconocido en un club de playa. Los titulares que siguieron. Las miradas de lástima de los colegas.

Prometida de cirujano cardíaco pillada engañándole durante despedida de soltera.

Cinco años después, y el recuerdo todavía quema.

—No pasó nada —miento mientras me enrollo la toalla en la cintura —. Así soy yo. Lo tomas o lo dejas.

Jessica me mira fijamente, desnuda y chorreando en el suelo de mi baño, con algo que se rompe detrás de sus ojos. —Estás mintiendo.

Algo te rompió. Alguien.

—Deberías irte —digo, y me doy la vuelta.

—¿Sabes cuál es tu problema, Cole? —Su voz tiembla de rabia ahora —. Crees que mantener a todos a distancia te protege, pero lo único que hace es dejarte solo.

Me río. —Nunca estoy solo a menos que elija estarlo.

—Eso no es lo mismo, y lo sabes. —Coge la bata del gancho de la puerta y se envuelve en ella—. Un día vas a conocer a alguien que atraviese todos esos muros, y te va a aterrorizar.

—¿Has terminado? —pregunto.

Niega con la cabeza, ahora con lágrimas en los ojos. —¿Sabes qué? Siento lástima por ti. Y por quien se enamore de ti después. Porque también le vas a romper el corazón.

—Ya basta, Jessica.

—La verdad duele, ¿eh?

Mi teléfono suena desde el dormitorio: el tono específico que he configurado para el hospital. Salvado por la tecnología moderna.

—Tengo que coger eso —digo, y paso junto a ella sin mirarla.

La risa de Jessica es amarga. —Por supuesto que sí. Siempre una vía de escape.

La ignoro y cojo el teléfono de la mesita de noche. —Doctor Moretti.

—Cole, soy Richardson. Te necesitamos en el hospital. Disección aórtica, viene en helicóptero.

—Estaré allí en veinte minutos —respondo. Ya estoy cambiando mentalmente al modo cirujano; la presencia de Jessica se desvanece hasta convertirse en ruido de fondo.

Cuando cuelgo y me doy la vuelta, ella está de pie en la puerta, completamente vestida y con el bolso al hombro.

—No te preocupes —dice con la voz tensa—. Ya sé salir sola. Conozco el protocolo.

No la detengo. No digo nada mientras atraviesa mi dormitorio; el taconeo resuena contra el suelo de madera del pasillo y se va apagando hasta que oigo la puerta principal abrirse y cerrarse.

De nuevo solo en mi ático, respiro con más facilidad. Así es como debe ser. Limpio. Simple. Bajo control.

Me visto rápido: vaqueros de diseñador, jersey de cachemira, botas de cuero italiano. Mi reloj es un Patek Philippe, el regalo de graduación de mi padre cuando terminé la carrera de Medicina. A veces me pregunto qué pensaría de mí ahora. Probablemente sentiría decepción por todo excepto por mis habilidades quirúrgicas.

Antes de salir, veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero junto al armario. Treinta y dos años, metro ochenta y ocho, pelo negro aún húmedo por la ducha, ojos color avellana que las mujeres han llamado fascinantes. Yo no veo nada de eso. Solo a un hombre que ha aprendido sus lecciones por las malas.

Nunca confíes. Nunca te abras. Nunca dejes que nadie se acerque lo suficiente como para herirte.

Mientras cojo las llaves del cuenco de cristal en la mesa del recibidor, me vibra el móvil con un mensaje de Jessica:

«No puedes huir para siempre».

Lo borro sin responder y entro en el ascensor privado que me bajará sesenta y dos plantas, hasta el garaje privado donde espera mi Maserati.

Jessica se equivoca. No estoy huyendo.

Estoy sobreviviendo.

¡Lee ahora! https://mybook.to/FFAC

¡Gracias por leer!